

Carmen Amoraga

Algo tan parecido al amor



Lectulandia

Amelia, Amparo, Ana y Silvana: cuatro mujeres que aman, pero no son correspondidas como ellas quieren. Amelia es una cincuentona que siempre ha vivido bajo la presión de una madre posesiva que ha borrado su juventud, ahora se siente sola y necesitada de alguien que la ame, pero encontrar a la persona ideal a esta edad es complicado; Amparo es la amante de Vicente, un hombre casado que no piensa abandonar a su mujer por ella, lo que desemboca en la angustia constante de una mujer anhelante de pasión; Ana sufre el mismo problema que Amparo, es la amante de Juan Carlos, otro hombre machista que quiere jugar a dos bandas, haciendo sufrir a ella y a su mujer sin importarle demasiado los sentimientos de ambas; Silvana está casada desde hace unos años por obligación materna, después de que su actual marido la dejara embarazada por accidente cuando eran adolescentes, y los matrimonios forzados no suelen funcionar, por lo que tarde o temprano, las astillas salen por algún lado. Todas se conocen, son amigas, y todas sufren por amor.

La autora se pregunta cuántos tipos de amor pueden haber, y cuál es el preferible. ¿El de la esposa abnegada? ¿El de la amante despechada? ¿El de la adúltera? ¿El de la compañera, la cómplice, la amiga? ¿Cuál de ellos da la felicidad? Y sobre todo, ¿somos capaces de reconocer la felicidad una vez que la encontramos?

Lectulandia

Carmen Amoraga

Algo tan parecido al amor

ePub r1.0
Titivillus 11.09.15

Título original: *Algo tan parecido al amor*

Carmen Amoraga, 2007

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para Carlos, que cambió el argumento de esta novela.
Y de mi vida*

*Como la luz de un sueño,
que no raya en el mundo pero existe,
así he vivido yo
iluminando
esa parte de ti que no conoces,
la vida que has llevado junto a mis pensamientos.*

Amelia Madrid siempre se había dedicado a su trabajo, desde que era una niña que soñaba con vestidos blancos para llevar al altar. Todas sus muñecas tenían varios trajes de novia diseñados, cosidos y rematados por la propia Amelia, que recreaba con ellas las bodas que soñaba para sí misma. Y en el fondo, acertó: corrieron su suerte y tampoco encontraron al muñeco de su vida, porque a Amelia ninguno le parecía suficiente. Todos se le antojaban demasiado sosos para sus niñas. Y no eran manías de cría repelente, porque era un hecho objetivo que absolutamente todos tenían defectos físicos insalvables para consumir el casamiento. A uno se le saltó un ojo al segundo día de estar en su casa, a otro los mechones de pelo se le quedaron pegados en los dedos como si estuviera enfermo, y como estos, todos. El menos malo fue el último, tal vez porque Amelia ya empezaba a intuir que se le estaba consumiendo el tiempo de jugar a las casitas y sus niñas acabarían quedándose solas por haber tenido una dueña demasiado exigente, pero, aunque no puso trabas a la relación, tampoco cuajó porque el muñeco desapareció sin dejar rastro. Años más tarde, supo que su prima Manuela se encaprichó de él y se lo quitó un día, después de la merienda de pan con chocolate que su madre les preparaba de mala gana porque no le gustaba convidar a nadie, sin importarle en absoluto la soledad en la que dejó sumida a su novia de plástico.

—Mejor —les decía para animarlas mientras las peinaba o les cambiaba el vestido para volver a dejarlas sobre la cama—. Es mejor que no os caséis, así podréis venir siempre conmigo. Y, además, vuestra boda hubiera sido una birria, porque no sé coser para los chicos.

Era sincera: sólo tenía buena mano para los vestidos de mujer, por eso cuando se hizo mayor y montó una tienda de trajes de novia tuvo que buscarse a alguien que se encargase de los futuros maridos y de los hombres de sus familias. Para entonces, ya sabía lo del robo de su prima Manuela y algunas cosas más, y semejante sobredosis de información le avinagró el carácter y desmigajó la fantasía que tanta compañía le hizo de cría. Se enteró de que su padre se entendió durante años con la madre de su prima, ladrona la madre y ladrona la hija, y lo peor de todo, ya sabía que su propia madre consintió todo aquel tiempo esa relación, no porque quisiera a su marido, sino para que la dejaran importunar a placer, a ellos, y a cualquiera que se le pusiera por delante con la intención de ser feliz, como era el caso de Amelia.

Porque Amelia no tenía más propósito que ese, la felicidad, pero su madre la consideraba parte del mundo del que había que vengarse, y bien que se vengó. Ninguno de sus novios fue de su agrado, y acabó por espantarlos a todos a base de enfermedades. Cada vez que Amelia tenía una cita le daba un ataque, uno cualquiera, a discreción de la inspiración que le viniera ese día: apendicitis, lumbago, gota, corazón, y eso cuando no eran todos a la vez. Ellos se cansaban de esperar en el patio de Amelia para ir al cine, al baile, a pasear, y al final siempre daban con otra más dispuesta para acompañarles. Más guapa o más fea, pero disponible al fin y al cabo.

Cuando Amelia quiso darse cuenta tenía cuarenta años, varias muñecas con veinte

vestidos de novia para cada una, y una madre de sesenta y siete, más enferma, más enojada, más malcarada que nunca, postrada en el salón de su casa. Estaban solas. Su padre y la madre de la prima Manolita llevaban años muertos y enterrados, y los demás, más listos o más rápidos que ella, se habían alejado de aquella casa que apestaba a soledad.

Al morir su madre, las cosas no fueron mejor. Se sentía demasiado vieja para encontrar a nadie que le acomodase. Los hombres de verdad eran como los muñecos: les faltaban ojos, se les caía el pelo, desaparecían. Ella misma era tuerta, calva, ausente. Invisible para cualquiera que no entrase en su tienda a encargarse el traje para su boda. Por eso no hacía otra cosa que trabajar, todos los días, todas las horas. Le gustaba imaginar que era otra persona, que tenía otra vida esperándola en otra parte; fantaseaba con la idea de que en algún lugar dormían dos hijos en dos camas gemelas, que un marido todavía conservaba el regusto de su beso en los labios y que en un dormitorio aún resonaban sus palabras: «Me voy a la tienda, que aquí no se puede trabajar». En su quimera, le gustaba tomarse un café en una taza roja pensando en esa familia inventada y al mismo tiempo real, y sentir el humeante olor apoyada en su mesa de delineante donde esbozaba los trajes, aunque ahora ya no fuera como antes. Antes, los hacía todos ella, sin estudios, «eh, sin estudios ni nada, que no me han hecho falta», y decía la verdad: Amelia había logrado una fama, merecida y trabajosa, por la calidad de sus vestidos. El boca a boca la había convertido en una de las modistas de más renombre de Pinelló, cuando todavía cosía en casa de su madre y, a veces, hasta le llegaban clientas de la mismísima Valencia que habían ido de convidadas a bodas punteadas de cabo a rabo por ella; por eso, cuando ahorró lo suficiente tuvo la idea de montar su propio negocio. Al principio, barajó la posibilidad de abrir la tienda en la ciudad, pero los locales del centro eran demasiado caros y los de las afueras no merecían la pena.

—Pero si tú no sabes hacer nada. No tienes ni idea y te crees que va a ser lo mismo que hacer cuatro batas para las cuatro viejas roñosas que no son capaces ni de ir a la capital a comprarse un vestido —le advirtió su madre.

—Yo no coso sólo para viejas. También coso para jóvenes que si me encargan a mí la ropa es porque les sale mucho más barata y es de mejor calidad —protestó.

—¡Bastante sabrán ellas! Si me hicieran caso, otro gallo les cantarían. Menos mal que sólo se casan una vez, porque si quisieran volver a ponerse tus trajes, ¡quién! Es lo que yo digo: que no sabes hacer nada de provecho, que no tienes ni idea. Por no tener, no tienes ni marido.

—Pues me buscaré ayuda, contrataré a gente que sí sepa hacerlo —le replicó.

—Pero a encontrar marido no te van a enseñar, no.

En eso tuvo razón: no la enseñaron a encontrar marido, pero sí que sirvieron para todo lo demás; para llevar las cuentas, para encargarse de los pedidos, de los proveedores, de los pagos, de los cobros, de los clientes, de los trajes de hombre y hasta de la Empieza, sólo para fastidiar a su madre, que no concebía que otra mujer

fuese limpiando la porquería que generaba su hija. Amelia se encargaba de dibujar, y de cortar, y de hilvanar, y de probar y de coser los trajes de las hijas y de las primas y de las sobrinas y de las hermanas de las mujeres a las que ya les había dibujado y cortado e hilvanado y probado y cosido antes sus trajes. Le fue tan bien que al poco tiempo tuvo que contratar a cinco costureras y tres dependientas más y dejó de coser ninguna otra cosa que no fueran trajes para bodas y otras fiestas.

—¿Ves como todo el mundo no pierde tanto el tiempo como tú? —le reprochó la madre—. Te pasas el santo día trabajando y trabajando y haciendo para las otras los trajes que tú nunca podrás llevar. Qué lástima de vida la tuya.

En eso también tuvo razón. Ella, que siempre iba hecha un pincel, que se guardaba los mejores cortes de todas las telas que llegaban al taller; ella, que era la envidia de todas las señoras porque tenía negocio propio y cierto atractivo, estaba condenada a no lucir en su vida el único traje que hubiera querido ponerse. Y eso que no era fea, porque no era fea. Tenía ya los cincuenta más que cumplidos y todavía conservaba intacto el brillo del pelo y la firmeza de las caderas, como si fuera una adolescente, lástima que sólo ella pudiera verlo, con lo suave que mantenía la piel ahí donde se le juntaban los muslos y ese pliegue tan gracioso, como de muñeca, que se le formaba en el pompis, en el pompis justamente, porque a ella no le gustaba la palabra culo. Y no tenía colgajos ni en el cuello ni en los brazos, y no como algunas madres, e incluso algunas hijas, que pasaban por la tienda para probarse sus creaciones. Amelia estaba de buen ver, y lo sabía. Ese era su consuelo: su lozanía, su exuberancia oculta bajo las blusas de seda y las faldas de *tweed*, escondida tras los diseños calcados de Chanel, o de Christian Dior, o de Courrèges, sus favoritos. Iba siempre hecha un figurín, pero no servía de nada, porque cada noche aquellas telas preciosas se quedaban igual que ella misma, colgadas, solas, rechazadas, tristes.

Su clase era tan indiscutible que incluso las más chismosas le perdonaron que fuera lo que era, una solterona, y habían hecho correr bulos que la salvaban de la desgracia de no tener a un hombre al lado. Le inventaron amantes y cursos de corte y confección en el mismísimo París, donde habría conocido a pintores, poetas y otros hombres de probada vida nocturna que la condujeron a un mundo de lujuria y perdición del que, por suerte, la pobre Amelita supo zafarse para volver a casa a cuidar de su madre enferma.

Amelia les estaba agradecida por esos embustes porque en el fondo de su corazón le hubiera gustado que su pasado se hubiera escrito justo con aquellas letras; le hubiera gustado tener a alguien al lado, a quien fuese, lo mismo le daba. Se sentía sola. Por eso, algunas noches, se entretenía jugueteando con el vello de su pubis, al principio con cierto descuido y al cabo de un rato con plena conciencia de sus gestos. Sus dedos, rápidos, hábiles, acostumbrados a cortar sin vacilación metros de tela de valor incalculable, recorrían con la seguridad de un cirujano su sexo inexplorado por cualquier otra caricia y acostumbrado a las suyas, a su pesar. A veces pensaba en los maridos de las clientas pero casi siempre dejaba la mente en blanco, o fantaseaba con

los hombres que habría conocido en su supuesta vida en París. Y cuando todo terminaba, con la respiración todavía entrecortada, se echaba a llorar de pura soledad. «Que me tenga que ver así», pensaba entre sollozos. «Que yo me tenga que ver así, con los pretendientes que he tenido... Me cago en mi madre», musitaba apretando con fuerza las sábanas, y aquella era la prueba irrefutable de su tremenda derrota, porque ella, que no decía una palabrota en todas las horas del día se abocaba a la noche con una ordinariéz semejante. Tomaba aire, pesarosa. Pero luego se arrepentía de aquel arrepentimiento. «Que Dios me perdone», decía, «Que Dios me perdone... pero me cago en mi madre». Así le pasaba la vida: los días cosiendo, las noches cagándose en su madre después de masturbarse. Aunque eso no era exactamente así. Había un día, siempre el mismo, que a pesar de su invariable repetición rompía la monotonía de Amelia: todos los viernes de final de mes invitaba a cenar a sus empleadas, una costumbre que se remontaba a los tiempos en los que trabajaba en la salita de su casa y se tuvo que inventar aquella cita para escaparse de la letanía de protestas y reproches de su madre. Entonces cenaba sola en un restaurante pequeño que no tuvo suerte y que acabó cerrando por falta de clientes, que era precisamente lo que a Amelia le atraía de él, que nadie podía fijarse en ella, sentada, solitaria, en una mesa alejada y tratando ridículamente de hacerse pasar por una emigrante parisina que pedía milhojas de queso y vino de la Borgoña.

Amelia sabía que muchas acudían a las cenas por obligación, pero prefería mil veces aquella certeza que tener que soportar un segundo más de soledad. Bebía más de la cuenta y se pasaba la mitad de la noche aconsejando a las dependientas solteras para que se casaran a toda prisa, no fuera a pasarles como a ella. «No os podéis figurar lo mala que es la soledad. Casaos», les decía entre trago y trago. «Casaos», insistía, «que el traje lo pongo yo». A Ana, la más joven de sus empleadas y la única que no tenía pareja, la regañaba por haber roto con Juan Carlos, su novio de toda la vida. «Tan buen chico que era», le reprendía. «Dios le da pan a quien no tiene dientes: unas rechazan lo que otras quisieran». Las que tenían marido le respondían que era ella la que no apreciaba su suerte, sin nadie a quien aguantar, sin ronquidos que soportar ni ropa que lavar.

—Las solteras no os dais cuenta de que el día que metes en la lavadora el primer calzoncillo sucio has firmado la sentencia de muerte del amor.

La envidiaban, le decían, sin compromisos ni obligaciones, sin miedo a que conozcan a otra más joven, más guapa, mejor. Y puestas a confesar acababan confesando, medio achispadas también, que su vida sexual tampoco era para tirar cohetes porque a los hombres, reían, se les va la fuerza por la boca.

—Y cuando no se les va, piensan que cuando ellos acaban ya se ha terminado la fiesta.

Ni por esas Amelia se convencía. Vivía instalada en su propia desgracia, pero que se hubiera acoplado con aparente comodidad no significaba que se resignase a ella.

—Algún día voy a hacer una barbaridad —decía Amelia Madrid.

Y la hizo, un viernes de final de mes, al volver de cenar. Estaba en su dormitorio, desnudándose. Aún no se había quitado el maquillaje y se paseaba por el cuarto con una combinación de satén color berenjena cuando sonó el timbre.

Amelia ya sabía quién era cuando fue a abrir, enfadada.

—¿Otra vez usted? —le dijo desde el telefonillo—. Ya le he dicho mil veces que esta no es su casa, que usted vive en el patio diez, que este es el patio ocho, por Dios. No debería beber si no sabe aguantar la bebida...

Iba a continuar diciéndole que la tenía harta, que esas no eran horas, que la había despertado y que despertaría a todos los vecinos, cuando oyó unos golpes en la puerta.

—Abre, mujer —susurró el hombre, al otro lado. Se rio antes de seguir hablando—. Abre, que tengo una cosita para ti.

Amelia se asomó a la mirilla por curiosidad. Hacía años que aquel individuo se confundía de piso cada vez que se emborrachaba y la despertaba en plena noche, pero normalmente llamaba desde el patio y ella le convencía por el interfono de que se fuera a su casa. Nunca le había visto la cara porque sólo iba a su piso para dormir, pero lo sabía casi todo de él: se llamaba Domingo Dalmau pero le decían el *Chuchi* por su incuestionable parecido a los perros pequineses, se dejaba la vida en los chatos de vino, trabajaba sólo de vez en cuando, no tenía ni hijos ni una buena relación porque los gritos de Asunción Piquer, la Susi, su mujer, se colaban por el deslunado casi todas las noches y algunas veces, hasta la oía llorar. Pero no le daba pena; pena sentía sólo por ella misma. Por eso se acercó a la puerta, sigilosa, sin hacer ruido, empujada por la chismosa borracha que llevaba dentro y porque era un viernes de final de mes. Porque si no hubiese sido precisamente ese día, ni se le hubiera ocurrido ladear la chapa de cobre y curiosear.

El *Chuchi*, en el rellano, ajeno a su equivocación, se atusaba el pelo y se recomponía el nudo de la corbata. En una mano llevaba un ramo de flores medio deshecho, recogido del primer contenedor que le hubiese pillado de paso y que aún conservaba restos de basura, y con la otra mantenía pulsado el interruptor de la luz. Era bajo, estaba medio calvo y lucía una sonrisa bobalicona que hubiera hecho reír a cualquier mujer que no fuese virgen y que no hubiera estado sola y todavía borracha. Amelia dudó un segundo. Uno solo. Después, abrió la puerta.

Amelia apagó la luz, por si acaso, y abrió unos centímetros, los justos para que Domingo Dalmau se colase en su casa y en su vida. Le besó allí mismo, en el recibidor, casi con violencia, con hambre atrasada de tantos años de ayuno. Le mordió los labios, le atrapó la lengua entre los suyos, le desabrochó la camisa, le arrancó los pantalones y tiró las flores que fueron a parar, desparramadas, a un rincón del salón. Cogió las manos del *Chuchi*, que a esas alturas estaba más desconcertado que ebrio, y le guio por su cuerpo; por sus pechos, que dejaron de ser pechos y se convirtieron en tetas cuando él se las tocó, por sus caderas, por su entrepierna, húmeda y palpitante.

—Pero mujer, ¿qué te pasa? —le preguntó, tan confundido que pareció haberse recuperado de la borrachera—. Enciende la luz, anda.

Amelia no le hizo caso. Todo lo contrario, lo llevó al sofá y le preparó un buen *whisky*, que le hizo beber a oscuras, y luego otro, y después otro más que el hombre, vencido al fin, terminó bebiéndose directamente en la piel de Amelia. La penetró con suerte y esfuerzo, porque con tanto alcohol apenas podía mantener la erección, pero a Amelia, que no había visto otra en su vida, aquella le bastó.

Acostumbrada a actuar en un monólogo sombrío, esa madrugada Amelia se volvió voluptuosa, sensual, desvergonzada, caliente, se comportó como si verdaderamente hubiera estudiado en París, y de no haber sido porque temía que su voz delatase su engaño, le hubiera dicho a su vecino cosas que hasta ella misma le daba vergüenza pensar. Pero, sobre todo, tomó conciencia de su desgracia: el sexo a solas ya nunca volvería a ser lo mismo. Y entonces sí que se cagó en su madre, en silencio, impotente, indefensa.

Cuando se le pasó el sofoco y comprobó que dormía como un tronco, lo vistió y lo arrastró hasta su casa verdadera. Llamó al timbre y se escondió entre los coches, hasta que su auténtica mujer bajó a recogerlo. Tenía el pelo enredado y las huellas de las sábanas estaban marcadas en su cara, que mostraba una evidente expresión de enfado. No la podía oír, pero imaginó lo que le estaría diciendo: «otra vez, me vas a matar a disgustos», «encima me despiertas para que te abra», «no sé por qué sigo casada contigo». Sonrió. Mientras le hablaba, la Susi se ajustó la bata, una bata triste, estampada de flores gastadas, y se metió las manos en los bolsillos. Tendrá frío, pensó Amelia. A ella misma le entró frío, un frío intenso que se le coló tan adentro de su cuerpo que le dolieron los huesos. Como Domingo no reaccionaba, su mujer tuvo que sacar las manos, lo que le provocó más fastidio. Lo cogió de los sobacos y olisqueó su camisa. Torció el gesto. Olerá a mí, pensó Amelia, y se olfateó a sí misma con una mueca parecida a la de la esposa, y en ese momento se dio cuenta de lo que había pasado, de lo que había hecho, en lo que se había convertido, porque estaba convencida de que mientras el destino no le pusiese en su camino a un hombre sobrio y dispuesto a amarla, ella seguiría abriéndole la puerta al marido borracho de aquella mujer cada vez que se equivocase de casa.

Le pareció tan absurdo que le entraron ganas de reír, pero al levantar de nuevo la mirada para espiar a su amante le asaltó por sorpresa el reflejo de una vieja despeinada y con el carmín corrido que la observaba desde el cristal del coche que le servía de escondite. En ese momento sí que tuvo frío, frío de vivir la vida que le esperaba. Y entonces se echó a llorar.

*... esa parte de ti que no conoces,
la vida que has llevado junto a mis pensamientos...*

*Y aunque tú no lo sepas, yo te he visto
cruzar la puerta sin decir que no,
pedirme un cenicero, curiosear los libros,
responder al deseo de mis labios
con tus labios de whisky,
seguir mis pasos hasta el dormitorio.*

También hemos hablado...

El amor de Amparo

*«Bésame mil veces, después cien,
después otras mil y otra vez cien,
otras mil, y aún después cien más.*

*Luego, cuando hayamos sumado muchos miles,
embarullemos la cuenta para olvidar
y para que ningún envidioso sepa
que nos hemos dado tantos besos».*

CATULO

El final es el principio. Sólo el principio. Nada más que el principio. Los sentimientos no terminan, no acaban, no mueren. ¿Cuánto tiempo llevo repitiéndome eso mismo? ¿Horas? ¿Días? ¿Cuánto tiempo? Tengo la sensación de haber perdido la noción de la realidad. Tampoco sé cuánto hace que no salgo de la cama. Las persianas bajadas, las cortinas corridas, la luz apagada. Ojalá no me hubieran convencido de que dejara de fumar.

Si fumara, al menos habría algo de luz de vez en cuando. Pero si lo que quiero es luz, no tengo más que encenderla. La tengo aquí, aquí mismo, en la mesita, esta lámpara tan moderna que me costó un ojo de la cara. Recuerdo cuando la compré: un fin de semana, en Londres. Fuimos a pasar el puente de la Constitución, «es más barato irnos que quedarnos aquí», me dijo Vicente con los billetes en una mano y el talonario del hotel en la otra.

—He encontrado una oferta de vuelos cojonuda, y además, con los bonos, el hotel te sale baratísimo. Además, Sol se va a pasar unos días a casa de su hermana con los críos, y como mi cuñado y yo no nos podemos ni ver, tengo la excusa perfecta para quedarme.

Eso fue lo que me dijo. Todavía me parece estar oyéndolo. Es más, es hoy y no entonces, es aquí y no allí, cuando realmente le estoy oyendo. Más barato irnos que quedarnos. Eso me dijo. Pero no fue eso lo que oí. Yo escuché cómo me proponía ir a Londres, nada menos, lejos de esta ciudad que se nos quedaba tan pequeña, donde todo el mundo podía conocernos, donde todo era sospechoso, donde la vida entera estaba en nuestra contra. A Londres, llena de teatros, de óperas, de musicales y cines en los que comprar entradas sin importarnos la obra ni la película, sólo para sentarnos en la oscuridad y meternos mano como adolescentes, sin miedo a que nadie nos descubriera. A Londres, repleta de museos, de restaurantes, de tiendas, de mercadillos y de calles para pasear cogidos del brazo, como las parejas de verdad. Eso fue lo que entendí, ni más ni menos. Lo malo de las expectativas es que ellas mismas encierran la esencia de la desgracia: esperas mucho, fracaso; no esperas nada, éxito. Así es la vida, en términos absolutos. Nada. Todo. Poco. Mucho.

Ojalá fumara. Tengo la sensación de que con un cigarro entre mis dedos sería menos duro; yo tendría más mundo, si fumara. Me lo acercaría a los labios, con cierto desdén, y con el ademán de la calada demostraría a las cuatro paredes de mi habitación que su abandono me importa una mierda, porque con ese gesto las cosas pueden dejar de importarte. Pero sin ese gesto, todo se vuelve doloroso. Tú eres vulnerable, como una herida abierta, sangrante, desgarrada. Sin ese cigarro, Londres te convierte en una estúpida, te devuelve el recuerdo de lo que realmente fuiste: una turista mojada y sola, sin dinero y sin paraguas y sin entender ni una palabra en inglés. Eso me pasó en Londres, por haber dejado de fumar, seguramente. Vicente no quiso meterme mano en ningún cine a oscuras, ni le hizo ilusión entrar en ningún museo. Sólo quiso beber y follar, follar y beber que, al fin y al cabo, es lo mismo que hacíamos aquí cada vez que podíamos, es decir, cada vez que su mujer tenía algo que

hacer sin él. O sea, que sus planes también fracasaron: no resultó más barato que nos fuésemos. De hecho, nos hubiera salido mucho más rentable pelearnos en casa. Al menos a mí, porque me compré esta lámpara carísima en una tienda de antigüedades de Portobello en un absurdo arrebató de orgullo después de que él amenazara con romper conmigo en medio de una discusión absurda cuya causa nunca he sido capaz de recordar.

Salí de la habitación sin paraguas, sin abrigo, sin dinero y con el corazón encogido de miedo. El pánico me paralizaba las piernas. No podía creer que Vicente fuera a dejarme, y encima en Londres. Qué cabrón. Caminé durante horas por las calles, sin rumbo, perdida. Llovía. Hacía frío. Y yo no sabía qué hacer para no volver arrastrándome a la habitación, así que me compré la lámpara más cara que encontré, como si el diseño y el precio pudieran demostrarle que su abandono no me afectaba en absoluto. Con un cigarro hubiera sido distinto, y sé por qué lo digo: cuando volví al hotel y lo encontré tumbado en la cama, fumando con indolencia, yo supe que *realmente* era a él a quien lo nuestro no le importaba, así que hice lo que se espera que el amante haga en estos casos: suplicar al amado. Y supliqué y lloré y lloré y supliqué hasta que Vicente se apiadó de mí.

—No voy a dejarte, Amparo —dijo con *un* cigarro, uno distinto del anterior, entre los dedos.

Y cumplió su promesa. No me dejó, al menos en esa ocasión. Hemos estado juntos dos años más desde entonces, dos años jalonados por otras tantas amenazas como aquella, en lugares más asequibles pero igualmente dolorosos. Hasta ayer. O hasta hoy, que es cuando tengo la sensación de estar escuchando todas las cosas que de verdad me ha dicho, y no las que yo quería creer que me estaba diciendo.

—No sé cómo decirte esto, Amparo...

Esta mañana me ha citado en su despacho, en la productora. Me ha citado su secretaria, para ser más exactos, y eso ya me ha dado mala espina.

—No sé cómo decirte esto... —ha repetido.

Ha carraspeado y se ha ajustado el nudo de la corbata. Y cuando ha encendido el cigarrillo, me he puesto en lo peor.

—Lo nuestro tiene que terminar. Tenemos que dejar de vernos, Amparo. Mi mujer está embarazada.

Hace horas que quiero morirme. Pero no voy a hacerlo. Lo sé. Uno no se muere cuando quiere y todavía no tengo claro si eso es bueno, o malo. También hace horas que quiero llorar hasta quedarme sin lágrimas. Y hace horas que quiero pedirme explicaciones. ¿Cómo es posible que haya sido tan idiota durante todos estos años? ¿Cómo es posible que haya creído todas las cosas que me ha dicho, que su matrimonio era una mierda, que hacía años, años, que no tocaba a su mujer? ¿Cómo es posible, Amparo? Quiero pedirme todas las explicaciones del mundo, pero no quiero molestarme. Ahora no es el momento. Ahora me duele hasta respirar. Respirar me duele. Me duele la piel. Así que voy a dejarme tranquila. No voy a presionarme a

hablar, ni a fumar. Voy a dejarme dormir, un rato. Después, ya veremos. Al fin y al cabo, mañana será otro día también para mí, aunque esto no sea una novela de esas que tanto le gusta leer a Silvana, en la que todo acaba bien.

Al fin y al cabo, el final es el principio.

Mi nombre es Amparo, y lo odio. Mi hermana también se llama Amparo, Mampa, le dicen a ella, que es peor. Eso tampoco ayuda mucho, no porque nos llamemos igual, sino por el por qué nos llamamos igual: cuando yo tenía tres años y mi madre estaba embarazada de ella, estuve tan enferma que me dio por perdida y pensó que lo mejor sería que lo que venía, el último trabajo de mi padre antes de salir de casa para no volver, también se llamase Amparo, el nombre favorito de él. Pero como no me morí, ahí estamos las dos, recordándonos la una a la otra que a ambas nos iría mejor si cada una fuese la única. Mi psicóloga dice que no es así, que debería dominar mi tendencia a dramatizar, y que lo más seguro es que Mampa no piense nada de lo que yo supongo que piensa, pero eso lo dice porque no la conoce.

Ella, Mampa, es una de esas mujeres a las que yo odio, una legítima, una de esas que se cree que porque un día se vistieron con un traje blanco y cortaron una tarta con dos muñecos en lo alto ya lo tienen todo hecho en esta vida. Carmina, mi psicóloga, también me dice que debería dejar de ver como enemigas a todas las mujeres casadas.

—Piensa en Silvana —me dice. Y no sé por qué, siempre que menciona a Silvana saca de un cajón un pequeño frasco de colonia y se perfuma las manos—. Silvana es también una mujer casada y no representa ninguna amenaza para ti.

Silvana es distinta: ella es mi amiga, ella me comprende, ella está conmigo desde el primer momento, sin juzgarme. Nunca me ha dicho ninguna obviedad, como que Vicente está casado, o como que si me quisiera de verdad, como me dice que me quiere, no haría lo que hace y pondría las cosas en su sitio. Hoy mismo, cuando la he llamado y le he contado esto, ni siquiera me ha dicho «ya te lo advertí», y eso que, en algún momento, quizá me lo advirtió.

—Trata de dormir.

Silvana es práctica.

—No puedo.

—Pues tómate algo. ¿No tienes un valium?

—No.

—¿Y un orfidal?

—Que no, que no me queda nada.

—Pues hazte una tila, o fúmate un porro, si es que no te los has fumado ya. — Nos hemos reído—. Trata de dormir; verás como cuando duermas te sientes mejor. Y mañana, comeremos las tres en el chino. Yo llamo a Ana, no te preocupes. Verás como aún no se ha dicho la última palabra.

Esa ha sido nuestra conversación. Silvana me escucha, me consuela, me acoge

cuando Vicente me deja plantada un domingo cualquiera, uno de tantos, que me ha jurado que este sí, «este sí, confía en mí, mujer, que este domingo me escapo con cualquier excusa y vamos al cine», y me presento en su casa porque sé que es la única que está a esas horas de la tarde, y le hace un gesto con la mano a su marido cuando él le pregunta con la mirada «¿pero esta qué hace aquí?». Esa es Silvana. ¿Cómo va a ser mi enemiga?

A veces también voy a casa de Ana. Sé que ella estará como yo, pendiente del móvil por si la llama Juan Carlos, que tampoco querrá salir a tomar algo por si aparece Juan Carlos, que también se sentirá patética por esperar hasta el último momento que Juan Carlos haya sido capaz de mentirle a su mujer para pasar un rato con ella, que terminará burlándose de sí misma, y de mí, como mecanismo de defensa. «Somos lo peor», me dirá. «Cualquier feminista nos haría polvo con dos frases». «Es verdad», le contestaré. «Tenemos trabajo, somos independientes, somos jóvenes... Podríamos ser felices, disfrutar de la vida que tenemos y, en cambio, aquí estamos, como dos gilipollas, despreciando todo lo demás y esperando que nos llamen nuestros amantes». «Qué bien que hayas venido». «¿Para hacerte compañía?» «No, para recordarme que sólo soy una gilipollas y no una hija de puta, como pensarán ellas». «¿Quiénes? ¿Las casadas o las feministas?» «Las dos. Somos idiotas se mire como se mire». Nos reiremos. Luego fantasearemos con dejarles, con irnos lejos, con tirar el teléfono por el balcón o con no cogerlo cuando decidan llamarnos y, al final, abriremos una botella de vino para brindar por nosotras. «Eso», dirá Ana. «Por nosotras, y por las que no sirven ni para romper matrimonios». Esas son mis amigas. Las que no me juzgan. Las que me hacen reír aunque tenga ganas de llorar y las que me recuerdan que sigue habiendo vida, y alegría, más allá de Vicente. Pero las otras, ¿qué pensarían de mí? ¿Qué pensaría cualquier mujer si supiera que soy la amante de un hombre casado, de un hombre que no es el suyo pero que podría serlo? Las cosas funcionan así, aunque Carmina no quiera aceptarlo. Funcionamos por una extraña solidaridad: yo me solidarizo con las amantes, ellas se solidarizan con las esposas. Somos rivales, oponentes, enemigas. Aceptémoslo.

Mampa es el vivo ejemplo de lo que estoy diciendo. Se casó a los veintiún años con su novio de toda la vida. Tuvo una boda por todo lo alto, se quedó embarazada de gemelos durante los quince días que pasaron sin salir del hotel de Cancún, y a su regreso se instaló en su dúplex de noventa metros en la avenida Blasco Ibáñez de Valencia que les regalaron los padres de él y que ellos mismos habían reformado poco a poco, con sus propias manos y por sus propios medios, con paciencia infinita y un espíritu de sacrificio digno de admiración que ella todavía conserva.

Se sacrifica por sus hijos y para que no se sientan distintos a los demás los lleva siempre vestidos con vaqueros de Dolce & Gabbana, con polos de Ralph Laurent o con camisas de Armani, aunque no son más que dos críos que no comprenden por qué su madre les cruza la cara con una bofetada al llegar a casa si se han hecho un siete en el pantalón jugando al fútbol en el parque. Se sacrifica por sus amigas, y para

que no piensen que no las quiere, no se pierde un fin de año en Baqueira ni un mes de agosto en Altea, aunque a sus espaldas la critican porque no pueden comprender cómo una mujer joven que no trabaja y que está casada con el cocinero de una casa de comidas de Manuel Candela puede llevar semejante tren de vida. Se sacrifica por su marido y, para que Damián no piense que se ha abandonado, se deja la piel en el gimnasio y un día a la semana no come más que pomelo, aunque Damián trabaja tanto para darle todos esos caprichos que cuando llega a casa no tiene tiempo ni ganas de mirarla ni de escucharla, ni mucho menos de hacerle el amor. Se sacrifica por su matrimonio, y para mantenerlo hizo la vista gorda cuando le descubrió ese mensaje en el móvil, «Damián, eres la luz de mi vida», que ella no habría sido capaz de escribir porque ni era tan poco ocurrente ni Damián era la luz de su vida. Damián es su marido, el padre de sus hijos. Por eso se sacrifica. Por mí también hace sacrificios. Se esfuerza en aparentar que me quiere. Aunque yo nunca la llamo, de vez en cuando ella marca mi número para preguntarme cómo estoy y después de dos o tres frases de cortesía siempre tiene que colgar porque le entra otra llamada. Cuando es mi cumpleaños, nunca me falta su tarjeta de felicitación, y por Navidad siempre hay un detalle que viene de su casa. Un año, me regaló un libro de Lucía Etxebarria que contaba la historia de tres hermanas con vidas aparentemente distintas que, en realidad, trataban de huir de los mismos problemas. Pensé que Mampa quería decirme algo, y traté de acercarme más a ella pensando que tal vez el encefalograma de mi hermana no estaba plano, tal como siempre había sospechado. Me dejaba caer por su casa sin avisar y le proponía planes diversos, como pasear por la playa, tomar un café o ir a ver una película a los Babel, pero a ella el cine en versión original le daba urticaria y casi siempre tenía cita con la esteticista para darse uvas o hacerse con láser las ingles, o tenía que llevar a sus hijos a Santa Apolonia a la fiesta de cumpleaños de Cucho o de Mafalda, o no podía dejar de ir a la Hípica para ver si se había abierto el plazo de inscripción para las clases de equitación. Con el pretexto de ir al baño, un día le escudriñé el botiquín en un último intento de descubrir si Mampa tenía sangre en las venas, si la ausencia de mi padre la había marcado, si ahogaba sus penas con antidepresivos, si me necesitaba, pero ahí sólo había cremas contra las arrugas, las líneas de expresión y la celulitis, mercromina incolora, tiritas infantiles y varias cajas de protectores de estómago. Desde entonces no he vuelto a pisar su casa y he aceptado que mi hermana es algo así como Victoria Beckham, una especie de eslabón perdido entre el ser humano y la mona.

Debería intentar no obsesionarme con ellos, Carmina me lo dice siempre, pero es porque no tiene que aguantarla, ni a ella ni a sus hijos. Porque también odio a los hijos, en general. No odio a los niños. Es sólo a los hijos. Lo sé. Soy horrible, pero no puedo evitarlo porque ellos también me arrebatan mi felicidad; por culpa de los hijos me quedo sin cenas, sin cines, sin copas, sin días, sin noches de amor. «No puedo quedarme. Mi hijo está enfermo». Eso es lo que Vicente me decía cada vez que le sugería que se quedase un rato más conmigo; él estaba convencido de que no me daba

cuenta de que decía «mi hijo» por no decir «mi mujer», y que la única enfermedad que les afectaba es la misma que nos afectó a nosotras cuando mi padre se marchó para no volver. Bueno, la misma no, porque mi padre se marchó, al fin y al cabo, y Vicente ni siquiera ha sido capaz de eso. Carmina siempre me sugiere que tengo que buscar el lado positivo de las cosas, y en este caso, al menos, hay algo bueno: mi padre, finalmente, ha conseguido ser mi héroe.

Vicente también lo era, mi héroe. Sobre todo, al principio. Todas las alumnas le adorábamos, y bromeábamos diciendo que la que se liase con él no tendría problemas de trabajo. Y eso fue cierto. Nunca he tenido problemas de trabajo, aunque no me lie con él por eso, ni porque le diera un empujón a mi expediente para aquella beca que tanta ilusión me hacía, eso fue cosa suya.

La verdad es que, tantos años después, todavía no sé por qué estoy con Vicente. ¿A quién quiero engañar? Ya no estoy con Vicente: me ha dejado, como tantas otras veces, ya lo sé, pero esta vez es definitivo.

Todavía me parece estar viéndolo: encogido en su sillón de director, con la cabeza gacha y la mirada esquiva, como queriendo esconderse. Lo hace siempre que le disgusta una situación, cuando no piensa ni lo que dice ni lo que escucha, cuando lo único que tiene en el pensamiento es ese deseo inmenso de que todo acabe ya. Cuántas veces nos hemos reído imitando esa actitud y el gesto incómodo de quien tiene enfrente. Cuánto nos hemos burlado. Ahora es lo que más me duele.

—No sé cómo ha podido pasar.

—¿Cómo? ¿De verdad quieres que te lo explique? Porque a mí se me ocurre más de una explicación.

—Amparo, no seas cínica. Sabes que me revienta tu ironía. Es verdad que no sé cómo ha podido pasar, porque hace meses que no nos acostábamos.

—¿Meses? Me habías jurado que eran años. Qué hijo de puta eres, Vicente.

Se lo he dicho como si esa mentira fuera peor que las noticias que me estaba dando en su despacho: un embarazo, una ruptura.

—Esto es el colmo ¿Por qué te pones así? ¿Acaso alguna vez te he dicho que pensaba separarme de mi mujer? —Él mismo se ha contestado, negando con la cabeza—. No. Me siento muy defraudado contigo. Creía que los dos sabíamos a lo que estábamos jugando.

—Es que yo no estaba jugando a nada. Yo...

—¿Qué? ¿No me irás a decir ahora que estás enamorada? Por favor, Amparo. Tú y yo nunca hemos hablado de amor, así que no me vengas con milongas a estas alturas.

No he sabido cómo reaccionar. Él ha continuado hablando.

—No tendría que darte ninguna explicación: no te la debo. Podría dejar de llamarte, sin más, evitarte, romper contigo con una política de hechos consumados,

pero prefiero decirte las cosas como son.

—¿Y cómo son, si puede saberse?

—Desde hace mucho tiempo, lo creas o no, Sol y yo éramos sólo... —Ha buscado la palabra adecuada—. No sé, compañeros de equipo, cómplices, padres, amigos. Pero una noche discutimos y, de pronto, Sol rompió a llorar. Lloró y lloró sin parar, durante horas enteras, y cuando por fin paró y pudo contestarme a lo que yo llevaba esas mismas horas preguntándole —ha sonreído—, es decir, que por qué lloraba tanto, ella me miró a los ojos y me dijo, simplemente, que porque me quería. Eso me dijo. Y a mí, qué quieres que te diga, me conmovió que me quisiera tanto. Me impresionó. No tenía ni la menor idea de sus sentimientos. Creía que estaba conmigo por el mismo motivo que yo seguía con ella, por la rutina, por los hijos, por las facturas, por los amigos comunes, por todas esas cosas pequeñas y miserables que unen a los matrimonios —ha movido las manos, buscando un punto al que aferrarse para seguir—. Y ella no dejaba de llorar. Nunca la había visto llorar tanto. Me pareció tan sensible, tan madura, tan buena, que la abracé. Al principio, sólo quería consolarla, pero luego...

Tan sensible, tan madura, tan buena. He tenido ganas de matarlo allí mismo.

—Yo también he llorado mucho, Vicente, aunque mis lágrimas no han debido de emocionarte tanto.

Me ha interrumpido.

—¡Ya basta! No tengo por qué seguir con esta conversación absurda. Hemos terminado. Te exijo que respetes mi decisión, que respetes a mi mujer y que respetes al hijo que estamos esperando.

Un hijo. Otro hijo. Por eso odio a los hijos.

—Este hijo es un accidente, un hijo no deseado. Ella podría...

Me ha interrumpido bruscamente.

—Ni te atrevas a decir lo que estás pensando. No es un hijo buscado, pero es un hijo querido. No te quepa duda de eso.

—Entonces no es que no puedas hacer otra cosa, es que no quieres hacer otra cosa. —Le he mirado a los ojos y él me ha sostenido la mirada, lo que equivalía a decir: «efectivamente, señorita». Pero yo me he resistido inútilmente a aceptar mi derrota—. ¿Y yo? ¿Qué pasa conmigo ahora? ¿Qué esperas que haga? ¿Cómo quieres que reaccione? He estado seis años contigo, Vicente, seis años... Tenía veinticuatro años y ahora tengo treinta. Era una cría y ahora soy una vieja, por tu culpa, por todo lo que me has hecho sufrir en este tiempo.

Alto. Eso me he dicho. Alto, Amparo. Ya has perdido al hombre, no pierdas también la dignidad.

Me he tragado mis lágrimas.

—No sé quién me da más pena: tú o Soledad —he farfullado justo antes de dar un portazo.

He salido de su despacho. He salido de su productora. He salido de su vida. Así

de sencillo.

Pero las cosas nunca son sencillas. Ojalá lo fueran.

Mi vida, en general, no ha sido fácil, y no por mi culpa. Me faltan referentes, me lo ha dicho Carmina un montón de veces, y puede que tenga razón. Quizá las cosas serían distintas si mi padre no se hubiera marchado, si hubiera estado en casa para ser el padre amoroso que tenían todas mis amigas, ese que te prohibía fumar y beber y salir con chicos, el que te ponía la hora de llegar los sábados por la noche, el que se sentaba delante de la televisión horas y horas y no le hacía caso ni a sus hijos ni a su mujer. Un padre normal, vamos. Uno que de vez en cuando, inesperadamente, se presentara en tu cuarto para preguntarte qué tal te iba la vida, o el instituto, o qué querías ser de mayor. Yo al mío se lo hubiese dicho enseguida: periodista, papá, eso es lo que quiero ser de mayor. Pero nadie me lo preguntó nunca. A mi madre le daba lo mismo. No es que no me quisiera, ojo, es sólo que le daba lo mismo; ella era una ganadora de vocación a la que la pérdida la dejó tan estupefacta que fue incapaz de sentir nada más durante toda su vida. Ahora la comprendo, lo que son las cosas. Hoy, esta noche, la comprendo.

Mi madre siempre estuvo enamorada de mi padre. Siempre. Aun antes de conocerle. De pequeña tuvo un sueño en el que se veía vestida de blanco, camino del altar donde la esperaba un hombre de cierta edad, de pelo negro que empezaba a escasear por la coronilla, alto, delgado, sonriente y con acento catalán. Dibujó al hombre de sus sueños cientos, miles, millones de veces, hasta que al final creyó reconocerlo en un mecánico ambulante de máquinas de coser de Sabadell que se llamaba Jordi Faus y que recorría España entera con dos maletas: una grande, buena, de cuero viejo, llena de piezas de repuesto de máquinas Singer, y otra más pequeña y menos pomposa en la que guardaba una muda de ropa y algunos objetos personales de poca importancia, como una navaja de afeitar que heredó de su padre y un calendario perpetuo con el que se entretenía buscando fechas y refranes las noches que no podía dormir. Él era pobre como una rata, pero a mi madre eso no le importó. Primero, porque ella tampoco guardaba mucho dinero en ningún cajón, y segundo, porque ese hombre tenía lo que hay que tener tal como mi madre había imaginado.

Se conocieron en un bar, justo el día en el que ella había empezado a trabajar en la cocina, ayudando a la mujer del dueño a freír calamares, a hacer tortillas y patatas con ajoaceite, la especialidad de la casa. Entonces llegó él, y pidió callos, mira por dónde, lo único que no tenían. Otra señal del cielo, porque si hubiera pedido cualquiera de las tapas que estaban en el mostrador, ella y la mujer del dueño no hubieran tenido ganas de apartar la cortinilla de la puerta de la cocina para husmear, y nunca le hubiera visto.

Pero le vio: el hombre de sus sueños, nada menos, al otro lado de la barra. Tan cerca de ella, tan lejos de ella, tan fácil de escapársele de entre los dedos.

—No tenemos callos, caballero. Pero mire lo que hay aquí —el dueño hizo un único gesto con la mano, con el que al mismo tiempo le mostró el género y apartó una mosca—. Fíjese qué gambas, que hace tan poco que se han muerto que podríamos decir que están de cuerpo presente —se rio de su chiste. El cliente ni se inmutó—. También hay chipirones, habas con jamón, chorizos, todas las tortillas que quiera, conejo al ajillo, ensaladilla rusa...

—Pues sí que me sabe mal, pero es que hoy me venía de gusto comer callos, no sé por qué —respondió, con un acento tan catalán que a mi madre ya no le cupo ninguna duda.

Salió de la cocina, resuelta a no dejar escapar a ese hombre.

—No se preocupe, señor, que yo misma le llevaré a un bar donde hacen unos callos que están buenísimos. Venga conmigo.

Mi madre perdió su empleo. Jordi Faus se comió sus callos tan contento, y para merendar se dio un festín con el cuerpo joven, virgen, inexplorado, cándido, de una mujer que se llamaba Carmen y que al cabo de nueve meses se convertiría en mi madre.

Todo lo que sucedió a continuación, la prueba de la rana, la boda, los primeros meses de casados, mi nacimiento, fue igual para ambos, pero a la vez diferente, porque cada uno vivió los mismos acontecimientos de forma distinta. Mi madre, con placer; mi padre, con fastidio. Y no es que a él le disgustase la idea de la paternidad, mucho menos la de la familia. Al contrario, ya estaba cansado de tener que pagar por los cuartos y por las fulanas, así que tener una casa a la que regresar, aunque fuera de alquiler, y una mujer que le saliese gratis, aunque le administrase el dinero, no le parecía tan mal plan. Lo que sí fue malo de verdad fue que de aquella primera tarde que pasaron juntos, mi padre sacó algunas conclusiones erróneas: pensaba que Carmen siempre sería así, desvergonzada, dispuesta, generosa, abierta, sensual. Le divirtió estar con ella porque Carmen era, con diferencia, la mujer más guapa con la que se había acostado en toda su vida, y, además, le escuchó todo el tiempo, que fue mucho, como si le interesase de verdad para qué servía cada repuesto, que no es que fuese su tema favorito pero sí el que mejor dominaba, y él se quedó encantado porque nunca había hablado tanto con nadie que no tuviera máquina de coser. Cuando ya no le quedó pieza de la que hablar no tuvo más remedio que hablarle de sí mismo, y le contó lo poco que había que contar, que era huérfano, que era tímido, que era calvo.

—¿Calvo? —le preguntó mi madre, como si no se hubiera dado ni cuenta.

—Sí, sí, calvo del todo. Mira —le dijo.

Se apartó los pelos que le cruzaban la cabeza de derecha a izquierda y dejó al descubierto los dolorosos efectos de una alopecia que empezó a mortificarle cuando aún no había cumplido los veinte años.

—Una desgracia, criatura —le confesó—. No soy el mismo desde que pierdo pelo. Si no fuera por el bigote no sé lo que haría. Ojalá me hubieras conocido antes... antes me comía el mundo a bocados y ahora, ya ves, mecánico de máquinas de coser.

Mi madre se incorporó en la cama, se arrodilló sobre el colchón en una postura que la obligó a colocarle las tetas en la cara y le plantó un beso de amor profundo y sincero en el medio de la coronilla.

—No hay nada de ti que no me guste —dijo mi madre—. No tienes nada de lo que avergonzarte, porque aunque hayas perdido pelo no se te ha ido la fuerza con él. Tú eres un Sansón en cada poro de tu cuerpo.

El pobre hombre se quedó boquiabierto, sin palabras por primera vez en toda la tarde, porque para alguien así, para alguien acostumbrado a peinarse disimulando la calva, encontrar a una mujer que convirtiese en virtud un defecto que tanto le acomplejaba fue como rozar el cielo con las manos. Lo pasó tan bien, pero tan bien, que cuando volvió a verla, mes y medio más tarde, no tuvo la menor tentación de decirle que ese hijo que esperaba, si es que lo esperaba en realidad, podía no ser suyo.

—Ahora tendremos que casarnos —le dijo mi madre.

—Pues nos casamos —le contestó mi padre.

—Y tendrás que dejar de viajar tanto —le dijo mi madre.

—Pues lo dejo, que por aquí también habrá máquinas de coser que necesiten recambios —le contestó mi padre.

Porque mi padre era una persona que no tenía mucho y que, por tanto, se conformaba con poco. Y, por si eso no fuera suficiente, con el recuerdo de aquella tarde memorable en la que pude haber sido engendrada al menos en tres ocasiones, incluso llegó a pensar que la quería. Pero la realidad acabó por imponerse.

Y la realidad de mis padres fue que Jordi Faus era un hombre escaso de energías y falta de entusiasmo, y querer a su mujer le suponía demasiado esfuerzo. Y ella, una vez conseguido el único sueño de su vida, decidió descansar. Se durmió en los laureles y cuando despertó ya era demasiado tarde: él se había marchado, superado por una rutina que no se parecía en nada a lo que había imaginado.

Mi madre tardó meses en aceptar que mi padre se había ido y años en asumir que jamás volvería con ella. Durante todo ese tiempo, mantuvo intacta la esperanza de que él regresaría con nosotras, y así nos lo hacía saber. Más que hacérselo saber, nos lo imponía: todos los domingos nos arreglaba a las dos con un vestido idéntico, uno azul con florecitas blancas en la bastilla, y nos sentaba a una mesa puesta para cuatro personas, cuatro cubiertos, cuatro platos, cuatro vasos, y una soledad inmensa que se instalaba en los garbanzos del cocido, el plato que más le gustaba a mi padre después de los callos, hacia las seis de la tarde, cuando doblaba cuidadosamente la servilleta, se levantaba y retiraba su plato.

—Venga, comeos los fideos, niñas. Parece que vuestro padre no ha podido venir hoy.

Después se encerraba en su cuarto, probablemente a llorar, pero entonces sus lágrimas no me afectaban; lo único que me importaba de todo aquello era que el domingo siguiente volvería a ocurrir lo mismo, inevitablemente.

De aquellas tardes de fideos fríos me quedó un odio inmenso a los domingos, al

cocido y a mi madre, y una certeza absoluta: el amor duele.

Esos son mis referentes.

Tal vez por eso, porque la certeza de que amar causaba dolor me hizo crecer desdeñando el amor, no me fue difícil dejar a un lado todas las señales de alarma que hubieran debido indicarme que me estaba equivocando de camino, y me acosté con Vicente. Me pareció hasta divertido: el profesor más guapo, la alumna más tonta. No dediqué ni un minuto a pensar las consecuencias de lo que iba a hacer.

De hecho, fue bastante sencillo: me gustas, te gusto, fuera la ropa. Ya lo sé. Me acuesto demasiado pronto con todo el que me lo pide. Silvana me lo lleva reprochando toda la vida. Hemos estudiado juntas desde párvulos, cuando las niñas íbamos a la clase de doña Aurora y los niños a la de doña Pilar. Las niñas teníamos suerte; doña Aurora era mejor, seguramente porque tenía marido y eso le afinaba el cutis y le dulcificaba el carácter, y no como doña Pilar, que estaba avinagrada y con la menor excusa cruzaba la cara de cualquier alumno que le importunase sin que nadie rechistara. Separados por un muro, hacíamos básicamente lo mismo: jugar, pintar, cantar, rezar, dormir, y a media mañana nos dejaban estar juntos en el recreo.

Ahí fue donde me enamoré por primera y última vez a pesar de la desastrosa experiencia de mi madre, pero ¿quién se resiste a un niño que te guarda el turno en el columpio y que es el rey del patio porque su hermano sale cantando los domingos por la mañana en «Gente joven», ese programa de la tele que busca nuevos talentos? Yo no, desde luego, y allí mismo, a los pies del columpio que daba vueltas y vueltas, como mi corazón, le juré amor eterno a Currito, mi rey y el rey del patio. Él me acariciaba la mano y me decía que me querría siempre, pero siempre es demasiado tiempo cuando se tienen seis años, y mi Currito no cumplió su promesa: me dejó por otra, una rubia preciosa que hoy es panadera, tiene un culo inmenso y cuatro hijos de un hombre que no es Currito, porque su noviazgo de guardería tampoco prosperó.

Recuerdo un dolor profundo, alrededor del ombligo, la primera vez que vi a mi amorcito acariciándole la mano a otra. Fue en ese momento, lo recuerdo bien, cuando noté que alguien acariciaba la mía. Silvana me sonrió.

—Vamos a jugar —me dijo.

Al poco rato se nos unió Ana, tan rubia y tan guapa que parecía un ángel, tan distinta de nosotras, tan parecida a nosotras, y nos pusimos en la cola del tobogán cogiditas de la mano. Eso es lo que hemos hecho desde entonces: jugar, y consolarnos las unas a las otras cuando el juego no acaba bien, que en mi caso es decir todas las veces.

—Es que te acuestas demasiado pronto con ellos, y así no hay manera.

—¿Así no hay manera de qué?

—Pues de que te respeten, de qué va a ser. ¿No te das cuenta de la fama que te estás creando? —Silvana sabía de memoria lo que me estaba diciendo—. Mi madre

dice que la gente no para de hablar.

—¿Y qué dicen, si puede saberse?

—Pues que eres un poco puta, hija, qué van a decir.

—Pues dile a tu madre que no soy nada puta, ni poco ni mucho, porque nunca le he cobrado a nadie. Y dile a tu madre que debería probar, que si se acostase más veces con tu padre no tendría tantas ganas de hablar de las demás.

Silvana se enfadaba. Lógico. Creo que yo soy la única persona que conozco que no se molesta cuando le mientan a la madre, porque para mí la mía ha sido lo peor. Me faltan referentes, ya lo he dicho muchas veces.

En realidad, la madre de Silvana no era mejor que la mía. Era más convencional, eso sí: cuidaba de su casa, de su marido y de sus hijos, por ese orden, se preocupaba de que no les faltase ni un plato caliente en la mesa ni dinero en los bolsillos; sabía sus colores favoritos, decía sin equivocarse los nombres de sus ídolos, extranjeros incluidos, recordaba las fechas de sus santos y sus cumpleaños sin equivocarse de hijo, lo que ya era mérito teniendo en cuenta que tenía cuatro, y, de cuando en cuando, les conmovía con regalos inesperados o con caricias y besos que no venían a cuento; pero también husmeaba en armarios y cajones de los chicos para averiguar sus secretos, retenía las cartas que un chico de Málaga le enviaba a Nuri, la mayor, porque el muchacho no le gustaba, y devoraba el diario de Silvana como si se tratara de la novela mejor escrita del mundo. Así fue como se enteró de que yo dejé de ser virgen a los quince años, de mi primer aborto, y de que Silvana se había quedado embarazada a los dieciséis. Fue a buscarla a la academia de peluquería con el diario en la mano y lo blandió ante ella como si fuera la mismísima palabra de Cristo, y la llevó literalmente a rastras hasta su casa.

—Te casas. No hay más que hablar.

Eso fue lo que le dije cada vez que Silvana le suplicaba que no la obligase a hacerlo, que no era más que una cría, que quería ser peluquera, que la dejase estudiar al menos, que Ramón no tenía trabajo, que sólo lo habían hecho una vez, que todo tenía remedio. «Te casas, no hay más que hablar». Eso le dije, mil veces, y cumplió su palabra en tiempo récord: pocas semanas después, coincidí con ella en la puerta de la iglesia mientras esperábamos que Silvana entrase en el templo del brazo de su padre.

Aún ahora, que Silvana tiene dos hijos, un negocio propio y un marido que la adora, sigue reprochando a su hija que le hiciera pasar por aquella afrenta, y no hay quien le quite de la cabeza que mi mala influencia fue decisiva a la hora de que su hija creyera que la primera vez que se acostaba con un hombre, con un chico, para ser más exactos, era del todo imposible que se quedara embarazada. Las dos estaban en un error; Silvana por motivos evidentes, y su madre, porque de haber seguido mis consejos hubiera utilizado un preservativo o hubiera abortado cuando se confirmó lo peor. Porque para mí, eso siempre ha sido lo peor: no que me abandonaran, o que me fueran infieles. Lo peor era la idea de que otro niño en este mundo estuviera

condenado a pasarse la tarde entera de un domingo cualquiera frente a un plato de fideos fríos esperando a un padre que nunca llegaba. Ahora ya no lo tengo tan claro.

Si algo he aprendido en esta vida es que hasta la certeza más absoluta pierde fuerza con el paso del tiempo. Las verdades incontestables se resquebrajan de pronto y vuelven absurda toda tu vida de antes: tantas lágrimas, tanto sufrimiento, tanta espera. Todo para esto. Todo para nada. Y no es que hoy no crea que el amor duele, porque sí duele, pero me pregunto si tiene que doler siempre, si siempre tiene que doler de esta manera, si no habré estado equivocada toda la vida y si el que te quiere bien es precisamente quien no te hace llorar.

Me pregunto si en realidad fueron tan duras aquellas tardes, tan amargos aquellos cocidos. Probablemente sí lo fueron, pero no tanto como para que no lo soportase: después de cada domingo, por largo que fuera, siempre venía un lunes, y otro lunes más a la semana siguiente. Sin embargo, en mis recuerdos, los domingos se han encadenado unos a otros, como si no hubiera habido más días, como si todas las horas de mi vida no hubieran sido más que eso: horas de soledad, de abandono, de tristeza infinita.

Ahora me doy cuenta de que no siempre fue así, de que algunos domingos de rebeldía mi madre nos sorprendía con paella de marisco y una jarra de sangría. «Un día de chicas», canturreaba mientras traía la sartén a la mesa. Se sentaba a comer con los labios pintados y un vestido nuevo que se había comprado para la ocasión aunque sabía de sobra que su marido no se lo vería puesto. Parecía feliz, conforme con su mala suerte, y nos dejaba beber en un vaso pequeño pintado con frutas. «No mucho, un poquito nada más», repetía sin dejar de reír cada vez que rellenaba su copa, y después bailábamos las tres encima del sofá y luego nos íbamos al cine Colón, donde mi madre caía rendida en la butaca y roncaba suavemente, como un gatito, mientras en la pantalla todavía no se había borrado el título de la película. A veces también nos apretujaba contra su pecho como si nos quisiera de verdad, y nos llenaba la cara de besos. «Ay, mis niñas, mis niñas», decía. «Lo mejor de mi vida, mis niñas». «Lo único que vale la pena». Me gustaría saber qué haría en su lugar si ahora tuviera dos hijas con el mismo nombre por hacerle la gracia a un hombre que no se lo merecía. Me gustaría saber qué ejemplo sería para mis hijas, si las tuviera. Me gustaría haberla consolado, haberle preguntado cómo soportaba aquel fracaso, y no haber dado por supuesto que lo resistía a fuerza de amargarnos la vida. Mi madre. Pobre mujer.

Un día llamaron a la puerta. Era mi padre, mucho más viejo, mucho más flaco y mucho más calvo. Mi madre le miró como si le costase reconocerle y, al cabo de un rato de sostenerse la mirada en la puerta, le dejó entrar. Como no era domingo, no había ni callos ni sopa ni nada que se pareciera remotamente a sus platos favoritos, pero se sentó igual a comer con nosotras. Apenas probó las lentejas. Apenas nos dirigió la palabra. Pero mientras Mampa y yo recogíamos la mesa y mi madre y él se

quedaban en sus sitios, sin mirarse y sin hablar, él se echó a llorar. Al principio lloraba sin decir nada, pero poco a poco empezó a hacer ruido, a sorber los mocos, a apartarse las lágrimas a manotazos. Respiraba con dificultad. Cuando se calmó alargó su mano hacia la de mi madre, que retiró la suya de inmediato.

—Carmen —la llamó—. He venido a pedirte perdón.

—¿Estás enfermo? ¿Te estás muriendo? ¿Necesitas el divorcio, o dinero?

—No. Sólo quiero pedirte perdón porque me porté como un cabronazo.

—¿No querrás volver conmigo? Conmigo y con las niñas, quiero decir.

Él se encogió de hombros.

—Mujer, volver, volver... No, la verdad. Estoy muy bien como estoy, si me perdonas la expresión.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? ¿Quieres conocer a tus hijas? ¿Darnos algo de dinero para que vivamos mejor y yo pueda dejar de fregar escaleras?

Él se encogió de hombros, otra vez.

—Si te hace falta dinero, te lo doy. Ya sabes que yo no soy hombre de muchos gastos, que soy más bien tirando a agarrado. Tengo algunos ahorros que serán de ellas si les hace falta.

—Muy bien, porque la mayor quiere estudiar. ¿Te las quieres llevar? —ella seguía en sus trece.

—Que no, mujer, que están mejor contigo. Sigo con la vida de antes, viajo por aquí y por allí y vivo en pensiones. Ya no arreglo máquinas de coser, por si te interesa.

—Me da igual lo que hagas.

A él le dio igual que a ella le diese igual.

—Ahora me dedico a la joyería, que da mucho más dinero. No lo sabe nadie, por si me roban. A la gente le sigo diciendo que soy de la Singer. Llevo la misma maleta, mírala —la señaló con la cabeza—. ¿Te acuerdas de ella?

Mi madre guardó obstinado silencio.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo él.

—Mucho. Sí. La mayor tiene ya catorce años, y a la pequeña ni la conociste.

—¿No quieres saber por qué me fui?

Mi madre había pasado años haciéndose esa pregunta, y la respuesta a veces la culpaba a ella y otras, le echaba las culpas a su marido. Ahora que le tenía delante no tuvo dudas: era de él. También había pasado años esperando a que regresara, pero no un hombre como el que tenía enfrente, un hombre mayor, cadavérico, aburrido y calvo. Ella lo que quería ver entrar por la puerta era el mismo Jordi Faus que se marchó un día sin avisar, y no el que la vida le había devuelto.

Ahora fue ella la que se encogió de hombros. Se levantó de la mesa y volvió con una taza de café descafeinado que se puso a beber a sorbos, despacito, sin decir nada. Mi padre se dio por enterado y se levantó. Volvió alguna vez y, cuando llegó el momento, me dio dinero para que siguiera estudiando. Mi madre siguió estando triste

y resentida, pero en mi casa ya no se comieron más fideos. Mi madre. Pobre mujer.

Mi psicóloga dice que mi penosa vida sentimental grita a los cuatro vientos que yo no quiero ser como ella. Dice que por eso me he embarcado adrede en relaciones que nunca llegaban a ningún lugar, me he enganchado a hombres que no valían la pena y he rechazado a cualquiera de quien me hubiera podido enamorar. Pero si es así, si lo único que he querido en la vida es ser distinta de mi madre, no soy capaz de comprender cómo es posible que haya acabado por parecerme tanto a ella. Que haya pasado tantas noches borracha como una cuba, sola en el sofá, bebiendo para olvidar que Vicente le había dado un beso a Soledad delante de mí; para no recordar que Vicente no había podido inventarse una reunión para cenar conmigo; para apartar de mi cabeza que Vicente sólo había sacado tiempo para echarme un polvo en el asiento de atrás del coche y después se había marchado pitando a casa, con su mujer. O esas otras noches, las divertidas, en las que había bebido tanto en cualquier bar que los vecinos me encontraban muerta de frío tumbada en el suelo del rellano, incapaz de abrir la puerta; o esas gloriosas cogorzas a medias con Ana, menuda risa, las dos adúlteras de juerga por la ciudad, que tiemblen las mujeres casadas, no dejaremos títere con cabeza mientras nuestros amantes cenan con sus mujercitas, venga, brindemos por ellos. Qué bien lo pasábamos.

Todas esas noches estaban escritas con tinta de manual: de la risa a la rabia, y de la rabia a la cama, a veces sola, a veces acompañada del primero que pasara por allí, ignorante de que lo único atractivo en él era el triste sabor de la revancha: también nosotras estamos con otros hombres, qué os creéis. Al principio, y cuando digo al principio quiero decir durante los primeros años, esa absurda trampa daba resultado. Me enfrentaba a Vicente con fuerzas renovadas después de cada infidelidad, pero luego aquellas victorias se volvieron pírricas: siempre perdía más de lo que ganaba.

Ana me acompañaba en todo, aunque siempre volvía sola a casa, porque la historia de Ana es muy distinta de la mía, desde el principio hasta el final. Juan Carlos y ella habían sido novios cuando no eran más que unos críos, aunque Ana no se dio cuenta de que estaba enamorada hasta que no se reencontró con él, mucho después de haberle dejado porque no le soportaba ni un día más. Se lo encontró en las páginas de un periódico. Ese día, Juan Carlos lucía una sonrisa luminosa, una camisa clara, lisa, bien planchada, una chaqueta de pana oscura y una expresión de felicidad, de calma, de tranquilidad, que Ana nunca le había visto en los años que salió con él. «Los grandes amores están llenos de sufrimiento», decía Juan Carlos Elson en letras grandes, de titular. Decía sin pudor que *La vida más triste* era la novela que siempre había querido escribir, la que había llevado dentro durante años, la historia de un hombre con el corazón roto. Que nada se paraba, que podrías seguir trabajando, amando, sintiendo. Que al desamor se sobrevivía, decía, pero que nunca nada volvía a ser lo mismo cuando perdías el amor verdadero. Que él sabía muy bien de lo que hablaba. Eso decía.

—Ha escrito sobre nosotros —dijo Ana, con el recorte en una mano y el libro en

la otra—. Siempre me dijo que si le dejaba escribiría una novela para contar nuestra historia.

—No seas tan pretenciosa. No creo que se haya tomado la molestia de escribir trescientas páginas nada más que para reconquistarte —bromeó Silvana.

—Si no aprovecho esta oportunidad no hablaré con él en la vida. En todo este tiempo no hemos vuelto a verle en Pinelló, y eso que su madre sigue viviendo aquí. Además, parece mentira que no le conozcáis: ha hecho justo lo que me dijo que haría, así que pienso ir a verle aunque sólo sea por los viejos tiempos.

—¿Por qué viejos tiempos? ¿Por los viejos tiempos en los que le dejaste con el corazón destrozado?

—Tómalo a risa si quieres, pero esta novela es la prueba de que Juan Carlos no se ha olvidado ni de mí, ni de lo nuestro, y yo creo que vale la pena recuperar parte de esa historia aunque sólo sea en forma de amistad, porque con el tiempo las cosas malas se olvidan y quedan las buenas, y nosotros hemos tenido muchos ratos buenos también.

Puede que Ana estuviera en lo cierto, porque Juan Carlos había escrito la historia de un hombre infeliz, incapaz de superar un desengaño amoroso. Puede que hablase de ellos mismos, aunque dedicase la novela a Cristina, que le había rescatado de la vida más triste, pero ese detalle pareció no importar demasiado a Ana cuando se presentó frente a él, con *La vida más triste* en la mano, el día que Juan Carlos firmaba ejemplares en El Corte Inglés.

—Has escrito una novela preciosa, pero el final es demasiado triste —le reprochó medio en broma cuando le llegó su turno.

—Es que la infelicidad es mucho más literaria que la felicidad, por desgracia. Pero para vivir, prefiero las historias con buen final —contestó él, tan seguro de todo, tan ajeno a ella que la dejó sin aliento.

—Más te vale, porque la de tu libro no termina muy bien.

—Las cosas nunca son como parecen —le sonrió por fin—. ¿Tienes prisa? —Ana dijo que no con la cabeza—. Estupendo. Esto no durará mucho más. Podemos tomar un café, si quieres.

Ana sí quiso tomarse aquel café. Cuando se terminó, pidieron té con menta, y cuando se dieron cuenta, la cafetería estaba a punto de cerrar. Para entonces, Ana ya sabía que Juan Carlos se había casado hacía tres años con Cristina, una profesora de literatura con la que tenía tantas cosas en común que fue inútil resistirse. Juan Carlos rio mientras simulaba llevar puestas unas esposas en sus muñecas. Se rio y lo repitió: fue inútil resistirse.

Eso mismo debió de sucederle a Ana: fue inútil que se resistiera. Sólo dos semanas después ya sabía mucho más de él, como que Juan Carlos tenía razón y que las cosas pocas veces eran como parecían. Ya sabía que no había escrito ese libro para encontrarla sino para escapar de ella, para conjurar su recuerdo y sacárselo de dentro, porque estaba tan dentro de él, tan escondido, que muchos días le dolía hasta respirar.

Ya sabía que Juan Carlos había tratado desesperadamente de olvidarla con todas las armas que se encontró en el camino: ciudades, países, continentes enteros, trabajos, proyectos, mujeres e incluso un hombre, una noche de excesos. Todo fue inútil. La memoria era tenaz y tramposa. Recordaba los olores, los lugares, los sabores, y su cabeza se los devolvía más intensos, más amables, más dulces de lo que habían sido en realidad. Porque la realidad era amarga: Ana ya no le quería, nunca volvería a besarla, nunca la tendría entre sus brazos, nunca sentiría que estaba en el centro mismo de la tierra, Ana, principio y fin de todas las cosas. Nunca, de pronto, la palabra más odiosa del mundo. Ya sabía que en todos los años que pasó sin ella no hubo una noche en que no la soñara, ni un día en que no sintiese que había enloquecido, sin ella, ni un momento en que no la maldijera una, diez, cien, mil veces por haberle abandonado.

Juan Carlos creyó estar loco durante mucho tiempo, y en cierta forma, enloqueció. Se acostumbró a vivir encadenando borracheras y desmanes. Perdió la conciencia de sí mismo, convencido como estaba de que había agotado la felicidad que le correspondía y de que de ahora en adelante sólo le quedaba pagar por ello, completamente seguro de que cuanto había pasado no era más que culpa suya, nada más que culpa de él, de un inútil que no había sido capaz de retenerla a su lado, que no había sabido ser otro para que ella le quisiera. Por eso se despreciaba, porque ella no le quería.

Con Cristina recuperó parte de su cordura. Pasear con ella, ir al cine, a cenar, era como pisar tierra firme. Eso le gustaba pensar: que estar con Cristina era como volver a casa. Cristina le facilitaba la vida. Le hacía reír. Le alentaba. Por más que fantaseara con la otra, era la piel de Cristina la que le esperaba, cálida, dispuesta; y era la boca de Cristina la que le entregaba todos sus besos sin guardarse ninguno, y era el cuerpo de Cristina el que le acogía, el que le sostenía, el que le devolvía la confianza, y la pura verdad era que, ni siquiera en su imaginación, Ana era mejor que Cristina. Eso también le hizo sentirse más cuerdo. Y entonces fue cuando comprendió que nunca no era tan mala palabra, porque decir nunca era como decir siempre. Nunca la tendría, siempre la querría. Y con eso tuvo suficiente. Suficiente de desamor, suficiente de locura, suficiente de tristeza. Pensó que la vida también era eso: querer y que te quisieran, dulce, tranquila, serenamente. Sin sobresaltos. Sin dudar si estaría en casa cuando tú volvieras, si querría leer lo que estabas escribiendo, si llamaría despacio a la puerta del despacho cuando estuviera cerrada, con una taza de café en la mano y una sonrisa en los labios, sin reproches, sin desalientos. Eso, así, sin más, también podía ser que fuese la vida.

Para entonces Ana ya lo sabía todo. Sabía que cuando Juan Carlos volvió a verla sintió que Cristina tenía dentro de su corazón toda la bondad del mundo, pero que ni siquiera toda la bondad del mundo era suficiente para que la amase. Se sintió perdedor, perdido, vencedor, vencido. Se abandonó. Podemos tomar un café, si quieres, le dijo. Ella contestó que sí, y en su mente, todo se fue a la mierda.

Cuando Vicente conoció a Soledad hacía ya mucho tiempo que la conocía, incluso íntimamente: llevaba años masturbándose pensando en ella y se había aprendido su cuerpo casi de memoria. Lo mismo le pasaba con otras mujeres a las que veía en la televisión, en el cine o por la calle, pero, en concreto, el cuerpo de Soledad se lo había imaginado tanto que lo había hecho suyo, más suyo que de nadie, por más que fueran millones quienes podían verla desnuda en la pantalla, desnuda en las páginas de las revistas, desnuda siempre, aun cuando estaba vestida. Soledad era así, impúdica, descarada, traviesa, y eso era lo que más le gustaba de ella cuando aún no la conocía. Después, cuando ya no se hacía pajas pensando en ella, ni siquiera en la ducha de la mañana, cuando cualquier otro cuerpo le parecía más apetitoso que el que tenía a su lado, en la cama, Vicente comprendió que el encanto de las fantasías reside justamente en eso, en que son fantasías, y la Soledad que se despertaba de mal humor, la que se tiraba pedos pestilentes mientras dormía, la que estaba permanentemente a dieta y no se permitía ni la menor concesión con una copa de vino, no tenía mucho que ver con la otra Soledad, la de la melena suelta, la de los labios entreabiertos, humedecidos con la punta de la lengua, la más guapa del país. Aun así se casó con ella, para que no fuera de nadie más, para que fuera sólo suya. «Sólo mía», se decía Vicente, que enfermaba de celos ante la idea de que cualquier otro pudiera gozar de ella como había gozado él.

La conoció en plena promoción de una película. Había venido a Valencia en lugar del director porque después de pasar por varias ciudades habían comprendido que una *exmiss* y modelo presuntamente vinculada con el mundo de la prostitución llamaba más la atención de la prensa que un director gordo y viejo al que ya tenían muy visto. Él pensó que era menos guapa en persona; ella creyó que era un engreído, y los dos acertaron. Soledad no tenía un buen día. La noche anterior se había peleado por teléfono con su último novio y esa mañana se había levantado con la firme intención de enviarlo todo a paseo. Estaba harta; harta de tener que estar siempre impecable, de pasarse el día sonriendo, de fingir que tenía un talento del que carecía, de ir a fiestas en las que a menudo la ignoraban, de decir que el físico era lo de menos, que quería ser actriz, de contestar con una sonrisa «el tema está en manos de mis abogados» cada vez que le preguntaban qué había de cierto en ese viaje a Tailandia en el que ella y otras modelos habrían sido prostitutas de lujo. Lo único que quería era irse a su casa de Madrid, ese piso que acababa de comprarse en Marqués Viudo de Pontejos, justo detrás de la Puerta del Sol, y ponerse morada de tortilla de patata sin que nadie la viera, y en lugar de eso, tenía que responder una vez más a las preguntas de siempre. Sí, estaba muy satisfecha de su última película. No, no le gustaba la idea de que la encasillaran en los mismos papeles. Sí, seguía preparándose para ser una buena actriz. Claro que le encantaba Almodóvar. Perdóneme, estoy muy cansada. Mientras la entrevistaba, Vicente sintió lástima de ella. Una lástima extraña, hecha de una mezcla de satisfacción y congoja, porque en parte le apenaba verla vulnerable, aunque

también se alegraba de no encontrarla tan pletórica como se había figurado. «Que se joda», pensó de repente. «Que se joda, por guapa». Porque en el fondo, por más que tratara de disimularlo con mil artimañas, Vicente no era una buena persona y optó por deleitarse al encontrársela precisamente en ese mal momento, porque buenos habría tenido a montones, seguro. Seguro que mientras él estudiaba como un cabrón para terminar la carrera y se deslomaba en cualquier trabajo para poder pagársela, ella vivía como una reina nada más que por su cara bonita. Seguro que mientras él se la cascaba pensando en ella, como si aún fuera un adolescente, ella se follaba a quien quisiera. Se sorprendió guardándole tanto rencor que, sólo para mortificarla, la atacó con preguntas malintencionadas que ni siquiera tenía intención de publicar.

—¿Desde cuándo un concurso de belleza es una academia de actores? —le dijo, y siguió preguntando sin dejarle responder—. Y, dígame, ¿qué piensan de usted las actrices de verdad, señorita Era? ¿No se pregunta por qué le ofrecen siempre los mismos papeles? Será por algo, vamos, digo yo, que no la veo interpretando a Isadora Duncan, qué quiere que le diga.

—Yo tampoco creo que en el bar de tu universidad hayas aprendido a ser tan buen periodista —le respondió Soledad con toda la ironía de la que fue capaz, harta de aguantarle también a él—. Seguramente por eso trabajas en un periódico como el tuyo, cobras un sueldo miserable y aguantas a un jefe que te trata como una mierda. Y seguramente por eso intentas sentirte mejor humillando a los demás. Pero conmigo has pinchado en hueso. Yo sé lo que soy y sé dónde voy. A mí la gente como tú no me hace ni cosquillas. Yo he vivido en el mundo real, ¿comprendes? Así que puedes irte a tomar por el culo. Mira, ya tienes un buen titular.

Vicente, que entonces no sabía que Soledad nunca se venía tan arriba como cuando estaba en el fondo de su abismo, se quedó tan impresionado por aquel arranque de coraje que le perdonó toda la vida de lujos que había vivido a sus espaldas, y volvió a verla bella y sensual, y, sobre todo, digna de estar a su lado. Le pidió disculpas. La invitó a comer. Y ella, cansada como estaba de plantarle cara a un día demasiado largo y demasiado duro, decidió aceptar, para que el sentido de la culpa por haberla tratado tan mal le obligase a mimarla lo que quedaba de tarde, aunque le repateaba la idea de pasar un minuto más con semejante cretino.

Empezó a volver a Valencia casi todos los fines de semana con la excusa de relajarse y tomar el sol. Reservaba una habitación en el Parador del Saler, entre la dehesa y la Albufera, pero en realidad no pisaba la playa ni veía una puesta de sol acodada en la baranda del lago porque no salía de la cama de Vicente. Siete meses más tarde ya vivían juntos. Poco después se casaron, se compraron un chalé en Santa Bárbara, la urbanización más exclusiva que encontraron a una distancia prudencial de Valencia; derrocharon todo el dinero que tenían, todo el dinero de Soledad, para ser más exactos, en decorarlo con las obras de los mejores diseñadores, adoptaron el mismo perro que salía en todas las fotografías de *Casas y campos*, un golden retriever color canela, y tuvieron dos hijos. Vicente se acuerda de todas las fechas: la primera

comida, el primer polvo, su primera noche juntos, la boda, los partos, de todo, pero ni siquiera hoy recuerda cuándo empezó a serle infiel, ni mucho menos por qué.

Fue una tarde de primavera, al salir del gimnasio. Era un día cualquiera. No tenía ningún motivo para hacerlo. Su mujer le quería, le respetaba. Tenía una buena vida, dos hijos sanos, prósperos negocios. En unas semanas, se marcharían de vacaciones, solos, sin niños, a una playa perdida. Habían hecho pocos planes: comerían, beberían, tomarían el sol en pelotas y harían el amor tres veces al día, como si fuera una prescripción facultativa. Soledad le había deslizado esa curiosa receta con su número de la seguridad social y una firma falsa de doctor, entre los billetes del avión.

—Para que nos desquitemos —le había dicho ella con una sonrisa.

Él pensaba en eso, en desquitarse, en olvidarse de tantas horas de sueño, de tantos polvos interrumpidos por un teléfono que suena, por un hijo que llora, por un problema que te acompaña a la cama, por un enfado. Quería olvidarse de que estaba cansado de estar cansado, y disfrutar junto a su mujer. Eso quería. Justo eso. Pero hacía unos días, el desayuno se le revolvió en el estómago cuando se vio en una foto del periódico. Soledad y él habían dado una fiesta para celebrar los cien primeros programas de «Tardes con Solera», que presentaba su mujer. En la fiesta, habían anunciado que a partir del ciento uno, Vicente Palomar entraba como socio de Soledad en la productora Isadora Duncan, que ella había creado al poco de casarse.

Ella estaba espléndida, feliz. Todo se lo debía a Vicente. Nunca le había querido tanto como esa noche. Pero en la foto, él no parecía tan contento. A su lado parecía un monigote mal dibujado; le faltaba pelo, estatura, hombros y le sobraban ojeras, kilos, orejas. Nunca se había visto tan ridículo, más ridículo cuanto más hermosa estaba Soledad. La odió infantilmente, como el día en que la conoció, con la diferencia de que esta vez sí tenía la culpa de lo que le pasaba: era ella la que le afeaba, y cada minuto que pasaba, cada vez que se miraba en un espejo, se reafirmaba en esa idea injusta, absurda, que no se le iba de la cabeza. Soledad tiene la culpa, Soledad tiene la culpa. Eso pensaba mientras corría en la cinta, mientras levantaba pesas, mientras esperaba su turno en la máquina de muscular los glúteos y de paso le miraba el culo a la muchacha que la gastaba.

—¿Te acuerdas de mí? —le preguntó ella.

—¿Perdón?

—Que si te acuerdas de mí. —Ella repitió la pregunta y él pensó que, aparte del culo, no tenía nada que mereciese la pena—. Ya veo que no. Fui alumna tuya, hace tres años.

—No, no, perdona. Es que sois tantas que es imposible.

—Ya, demasiadas alumnas para un solo profesor. Te vi en el periódico el otro día. Estabas muy guapo, y tu mujer está fantástica. Se conserva tan bien que no parece que tenga la edad que tiene.

Le hizo tan feliz con esa expresión que estuvo a punto de besarla allí mismo. A cambio, la invitó a una coca-cola en la cafetería, le pidió que le enviara el currículum

y le prometió hacerle un hueco en la productora en cuanto tuviera ocasión. Ella le dijo que vivía justo encima, que era una tontería que perdiese tiempo con el correo cuando lo tenían tan a mano.

—¿Por qué no subes? Será sólo un momento. No sabes lo malo que es el paro, de verdad. Si no encuentro trabajo pronto, no sé qué voy a hacer. Anda, sube, que no te voy a comer.

Pero no decía la verdad: sí se lo comió, y Vicente se dejó devorar por una mujer como aquella, frente a la que no tenía que quedar bien, a la que no tenía nada que demostrar. Se dejó llevar al mismo cielo sin salir de una habitación en la que no había ni una sola pieza de diseño: un par de serigrafías clavadas directamente en la pared con cuatro chinchetas, una aberración que le emocionó, un corcho con fotos de amigos, parientes y perros, una silla con ropa dejada caer, una alfombra deshilachada, en fin, la habitación fea de una chica fea que lo único que quería era impresionarle. Se dejó impresionar, por supuesto, y varias veces impresionado salió del piso sin sentirse culpable. No había hecho nada malo, se decía, sólo ha sido sexo, aunque por si acaso se cambió de gimnasio y a ella le consiguió trabajo en otra ciudad, para no correr el riesgo de tener que volvérsela a encontrar; después vinieron muchas más.

Pero Vicente sí había querido a Soledad. Mucho, además. Sobre todo al principio, cuando cada segundo con ella era como descubrir un paraíso: un lunar, la suavidad de la piel donde las caderas se precipitaban hacia los muslos en una carrera vertiginosa y fascinante, la firmeza de sus pechos, la rugosidad de sus pezones cuando tenía frío o se sentía excitada, la luminosidad de su sonrisa, sus dientes, tan perfectos, tan blancos. Vicente se volvió importante. Eso era lo que más le gustaba de ella. Se sentía deseado a través del deseo que despertaba su mujer, triunfador a través de los triunfos de Soledad. Ya no volvió a ser un simple redactor mediocre y resentido porque pasó a ser el compañero, el socio, el amigo, el marido de Soledad Era. Tuvo un golpe de suerte, y lo aprovechó. Ascendió en el periódico, empezó a dar clases en la facultad y tomó la costumbre de aconsejarla, rechaza este papel, asiste a este estreno, presenta este libro, no uses más ropa de este diseñador, firma este contrato, y sus sugerencias siempre daban buen resultado. Soledad rompió el círculo: dejó de participar en bodrios y los directores dejaron de llamarla para que participase en bodrios, comenzó a verse a sí misma como algo más que una antigua *miss* y los demás también lo vieron. Era entonces cuando Vicente más la quería. La adoraba, de hecho. Adoraba su ambición, su manera firme de dejarse guiar por él, su entrega.

Y de alguna forma, de alguna extraña forma, él también vivía sólo para ella, para sorprenderla con regalos, con promesas, con palabras nuevas dignas de lo que sentía, algo tan parecido al amor, por primera vez en su vida, a una edad en la que ya deberían haberle partido el corazón más de una vez.

Durante mucho tiempo, Vicente se sintió incapacitado para amar. No incapaz: incapacitado. Por más que quería, y muchas veces quería querer más que ninguna otra cosa en este mundo, no había logrado sentir nada hacia ninguna mujer. Nada bueno,

al menos. Pero es que Vicente no sentía nada bueno hacia ningún otro ser humano, con excepción de algunos miembros de su familia más cercana. Ignoraba a la mayoría de la gente, y a los demás, los dividía entre aquellos que podían serle de alguna utilidad y los que no. Apuntes, trabajo, compañía, dinero, cariño, sexo. No era una buena manera de ser, y él lo sabía bien. Odiaba su temperamento frío, distante, egoísta. En el fondo, Vicente anhelaba parecerse a sus compañeros desde que no era más que un crío. Le hubiera gustado ser como los otros, sincero, cuando se sentaba en un banco a fingir que comía pipas y en realidad le miraba las bragas a Puri, que se las dejaba ver a cambio de tres pesetas. Vicente dejaba su dinero junto al resto de las monedas con la sonrisa en la cara y el refunfuño en el alma, porque aunque fuera un niño no era idiota, y sabía que podía ver todas las bragas que quisiera, y gratis, en cualquier tendero. Aparentaba que le hacía gracia, que le excitaba, como a sus amigos, pero en realidad le tocaba las pelotas tener que malgastar aquellas tres pesetas cuando podía guardárselas para ir al cine, o para comprarse un tebeo, o cromos, o más pipas. Pero ahí estaba, disimulando, igual que años más tarde simulaba que estaba colado por Marisa, que tenía quince años y que no se dejaba meter mano porque sospechaba, con razón, que después ya no querría saber nada más de ella.

—Cómo no voy a querer volver a verte, mujer, si estoy loco por ti...

—Sí, estás loco por mis tetas.

—Estoy loco por tus tetas porque son parte de ti, Marisa. Estoy enamorado de ti desde la primera vez que te vi. Te lo juro por lo que más quiero en este mundo, que eres tú aunque no te lo creas.

Parecía tan sincero que Marisa consintió al fin. Los dos aprendieron mucho aquella tarde, mientras los padres de Vicente visitaban a una tía recién operada de la vesícula. Marisa supo ese día que tenía que fiarse de sus intuiciones, aunque comprendió que ella era una de las principales beneficiadas en caso de que le tocasen las tetas o cualquier otra parte de su cuerpo, y Vicente tomó conciencia de lo sencillo que resultaba engañar para conseguir lo que quería, aunque más de una vez hubiera dado cualquier cosa porque lo que decía para llevarse a cualquier tía a la cama no fuera mentira. Le hubiera encantado, por ejemplo, estar enfermo de amor por Julia.

La conoció nada más llegar a Barcelona para estudiar periodismo, pero ni siquiera de ella pudo enamorarse, y eso que Julia era en mujer lo mismo que él era en hombre: ambiciosa, creativa, curiosa, independiente. Si hubiera estado en su mano, la habría querido y habría pasado la vida entera con ella, más ni las infidelidades ni las locuras propias de su juventud acabaron con esa relación; fue la misma Julia, cansada de esperar a que Vicente se enamorase de ella, la que le abandonó por otro al poco de empezar tercero. Como no la había querido, tampoco pudo sentir celos cuando los veía besarse en el pasillo, o cuando imaginaba lo que harían en el piso que ella compartía en la calle París con otras dos compañeras y en el que tantísimas cosas habían hecho ellos dos; es más, al imaginarlo, alguna vez se había masturbado, y eso era lo más intenso que había llegado a sentir: se sentía miserable con aquellas

erecciones miserables.

Se preguntaba qué habría en el lugar que debería ocupar su corazón, en el sentido romántico y en el literal, y daba por hecho que algo en su cerebro no funcionaba como debiera. Si el amor era química, él era física. Eso creía. Y no le gustaba. No le gustaba esa sensación de vacío tan cercana a la derrota, esa certeza absoluta de que por más que avanzara nunca llegaba a ningún sitio; esa vida sin límites pero sin metas le agotaba, le cansaba la seguridad de saberse diferente, como de plomo, un peso pesado que se hundía sin remedio. Si al menos hubiese sido un egoísta común no le torturaría esa amargura que le tenía envenenada el alma, pero lo peor de todo es que Vicente era un egoísta infeliz, porque era un egoísta observador que se daba perfecta cuenta de que su frialdad le alejaba de lo más importante que tenían los demás: la capacidad de ilusionarse, las energías para perseguir esa ilusión. Vicente era un hombre con los pies en la tierra, eso era lo que le gustaba decir. Un hombre sin sueños, eso era lo que se callaba, lo que le causaba ese dolor que le había dolido toda la vida hasta que conoció a Soledad y creyó que la generosidad de ella le volvería generoso, que su sinceridad le haría sincero, que su entrega le convertiría en entregado.

Vicente estuvo equivocado. No supo que enamorarse es simplemente eso, enamorarse, sin más, y que estar enamorado del reflejo de lo que siente otro no es suficiente. Pero para él, lo suyo con Soledad era lo más parecido al amor que había tenido nunca, lo que le había hecho sentirse vivo al saberse muerto: muerto de celos por si miraba a otro hombre, muerto de miedo por si ella le dejaba, muerto de angustia por si la defraudaba. Por eso, cuando se dio cuenta de que ya no estaba, de que lo que había sido ya no era, se sintió más aliviado que triste, porque amar de esa forma le suponía demasiado esfuerzo y porque por fin encontró respuesta a las preguntas que tanto le habían torturado: en el lugar que debía ocupar su corazón estaba su corazón, también él era química, su cerebro funcionaba perfectamente, era como los demás. Pero ni por esas encontró la paz. Una vez resueltas aquellas cuestiones, se abrió una brecha sin fondo por la que se le coló la pena indescriptible de una pregunta mayor, cómo es posible, se preguntaba una y otra vez, cómo es posible que una persona que lo ha sido todo para ti de pronto se convierta en nada, que alguien que te ha quitado el aliento ya no te importe, que las palabras pierdan su significado, que lo mismo sea todo que nada, que dé igual lleno que vacío. Y eso era lo peor, lo que más daño le hacía. Cómo es posible, se interrogaba, cómo es posible este vacío de nuevo.

Puede que yo no sepa nada sobre el amor. Puede que nadie sepa nada, en realidad. Me lo enseñó Carmina cuando me preguntó: ¿por qué crees que estás enamorada de Vicente?

—Menuda pregunta... a ver... ¿por qué le quiero? —tuve que pensar un rato—.

Pues porque me hace ser una persona mejor, por ejemplo.

—Eso no sirve.

—¿Por qué no va a servir? Me hace ser una persona mejor, te lo digo en serio. Quiero ser mejor en el trabajo, en la cama, en la vida... Quiero ser la mejor para él, es decir: me gustaría que a él no le quedase más remedio que aceptar que soy la mejor.

—Y así Vicente tendría que dejar a Soledad para irse contigo, ¿no es eso? Pero, verás, las cosas no funcionan así. En primer lugar, no sirve porque es la frase de una película de Jack Nicholson en la que hace el papel de un desequilibrado que se redime por amor, y el amor, Amparo, tiene muchos efectos positivos, distintos en cada persona, pero no es redentor. Somos nosotros mismos los que nos salvamos o los que nos hundimos, no te confundas con eso. Y en segundo lugar, no sirve porque tenemos que amar a una persona por lo que *es* y no por los efectos que causa en nosotros.

Silencio.

—Deberíamos estar enamorados de alguien porque nos gusten sus valores, sus ideas, su manera de vivir, porque nos haga sentir felices, porque nos respete, porque nos aprecie. Deberíamos amar a alguien por como es, ni más ni menos. Dime, ¿cómo es Vicente?

—No sé, déjame que piense. Es alto, moreno, tiene la nariz llena de pecas, parece un crío, un crío gamberro, eso me encanta.

—¿Le quieres por eso?

—No. No le quiero sólo por eso, pero también le quiero por eso. Le quiero porque es un luchador, porque es creativo, porque es íntegro, porque es un buen hombre.

—¿Es así en realidad, Amparo? ¿Estás segura de que es un hombre íntegro, o quieres creer que es un hombre íntegro?

—Le estás prejuzgando, crees que sabes cómo es porque yo vengo aquí hecha polvo y te cuento lo mal que me siento con todo esto y...

Me interrumpió.

—Creía que le querías porque te hacía sentir una persona mejor.

Silencio. Silencio.

—Estás siendo muy injusta, y además, no sé dónde quieres ir a parar.

—Sólo quiero saber si estás segura de que él es el hombre al que quieres, nada más. Quiero saber si sabes por qué le quieres, si sabes por qué estás tanto tiempo al lado de una persona como Vicente, aun sabiendo que no tiene intención de dejar a su mujer. Y eso estaría muy bien, ya te digo que cada persona siente el amor de una manera distinta a las demás, así que si tú quisieras mantener una relación en la que tu pareja no está contigo al cien por cien, sería perfecto si no te sintieras tan mal.

Abrió el cajón de su mesa y sacó un frasco de perfume. También ella estaba incómoda, y eso me alivió.

—Puede que no sepamos nada del amor, del amor de verdad. Una cosa es el amor romántico, el amor de las novelas, de las grandes tragedias, el que te lleva del

orgasmo a la muerte, el que no tiene términos medios, el de los extremos: o la felicidad o la amargura. Yo no digo que tu amor no sea real, sólo digo que no te hace feliz. Estás aquí, esta es la prueba más evidente. Te sientes mal, te sientes frustrada, ninguneada, y son tus propias palabras. —Blandió un folio con anotaciones—. Sientes que un nudo te atenaza el estómago y no te deja respirar —leyó—. Sientes que no vales nada si él no te quiere, sientes que no serás nada si él no te quiere, sientes que si él no te quiere nadie más podrá quererte. Piensas que te utiliza para tener sexo, que no te valora como mujer. Echas de menos que te trate con ternura, que te cuente cosas de su pasado, que te hable de lo que le preocupa, que te haga reír. A menudo te quedas con las ganas de pedirle que deje de comportarse como si tú fueses una puta, y muchas veces te das cuenta de que eres tú la que no se valora. Te enfadas con él, pero también te enfadas contigo porque no te explicas por qué sigues con una relación como esta, una relación que saca lo peor de ti misma, que te vuelve dependiente, que te hace infeliz, que te impide disfrutar del resto de tu vida, que te convierte en alguien que no te gusta ser, que te entonetece. ¿Quieres que siga leyendo? —dije que no con un gesto, avergonzada—. Entonces, Amparo, dame buenos motivos para este amor que sientes, pero sobre todo dátelos a ti misma. Yo no voy a juzgar a Vicente, aunque tengo mi opinión. Supongo que desde fuera las cosas se viven de manera diferente, y que en su situación hay mil motivos que justifican que no quiera separarse ni tampoco dejarte. Eso está bien, si es una decisión que tomáis los dos de mutuo acuerdo, pero no es el caso. Hace siete meses que vienes a terapia una vez por semana, y eso debería indicarte que algo va mal y que lo que va mal no mejora. No juzgo a Vicente —repitió—. Ni a ti tampoco. Sólo trato de ayudarte a que te enfrentes a tus problemas. ¿Por qué vienes a la consulta, Amparo?

—Para que me ayudes a sentirme mejor, aunque por lo que veo hoy me he equivocado de día. —Traté de bromear, a pesar de que estaba a punto de echarme a llorar como una niña acorralada.

—Pero yo no puedo hacer eso, y créeme que me encantaría. Sólo puedo decirte: tienes atún para cenar y puedes cocinarlo con tomate, con cebolla, con mayonesa o con pan, como tú quieras. Pero la decisión es tuya, tú tienes el mando, así que si escoges permanecer en esta relación que te hace tanto daño, al menos deberías tener buenas razones para hacerlo. Deberías saber cómo es de verdad el hombre del que estás enamorada.

Dijo «deberías saber» de una manera que daba por sentado que no lo sabía.

—Voy a contarte una historia. —Carmina guardó el frasco de nuevo en el cajón y se reclinó en el sillón—. Según la mitología griega, las mujeres casadas tienen una diosa protectora. ¿Lo sabías? —Negué con la cabeza—. Pues sí, Hera, la diosa de mayor rango de todo el Olimpo porque fue esposa y hermana de Zeus. Pero ni siquiera eso la salvó del sufrimiento. Tuvo una vida penosa desde bien pequeña, fue tragada por su padre, igual que todos sus hermanos, y, lo peor de todo, tuvo que compartir a Zeus con otras esposas y con cualquier mujer que se le pusiera por

delante a su marido, quien, a pesar de amarla más que a ninguna otra, le fue infiel constantemente con otras mujeres, mortales y diosas, no siempre mejores que ella. Se la representa como una mujer celosa, terriblemente vengativa y violenta, y debía de serlo, porque no sólo castigaba a las amantes de Zeus sino también a los hijos que nacían de esos amores prohibidos, también hay muchas películas sobre esto —sonrió—. El caso es que Hera nunca engañó a Zeus con otro, aunque tuvo motivos y oportunidades para hacerlo, porque también dioses y hombres caían rendidos ante su belleza. Ixión, el padre del primer centauro, se enamoró perdidamente de ella. La persiguió sin descanso hasta que Zeus tomó cartas en el asunto y creó una nube exactamente igual a su esposa. Ixión hizo suya esa nube, pensando que tomaba a Hera, porque tenía los ojos de Hera, el pelo de Hera, la sonrisa de Hera, el cuerpo de Hera, la voz de Hera. Pero no era más que una nube. Fue Ixión quien la convirtió en Hera, quien creyó que lo que tenía era lo que quería, quien nunca se dio cuenta de aquel engaño.

Silencio. Silencio. Silencio.

Así fue como me enteré de que no sabía nada del amor. Para entonces, tal como me había recordado Carmina, llevaba ya siete meses de terapia con ella, varios años de relación con Vicente y una vida entera tirada a la basura. Antes, al principio, yo me creía la dueña del mundo. Creía saberlo todo. Todo de todo. Todo sobre el trabajo, todo sobre el sexo, todo sobre la vida. Creía también que lo sabía todo sobre el amor: el amor no existe, pensaba. El amor no es más que una invención, una mentira con la que nos machacaban desde pequeños. Los niños vienen de París en el pico de una cigüeña; tres magos se cuelan en tu casa la noche de reyes para dejarte regalos a cambio de un vasito de licor y unos turronecillos; un buen hombre, honrado y leal, te querrá y te respetará y te será fiel desde el día en que te conozca hasta el último de su vida. Justo lo que había hecho mi padre. Suerte que yo sabía la verdad: el amor no existe. El amor no es más que una trampa, una trampa para memos, una trampa en la que yo no tenía intención alguna de caer. Y no sólo es que no quisiera parecerme a mi madre: es que no quería parecerme a ninguna de las mujeres que conocía. No quería ser como Mampa, cuyas únicas preocupaciones eran no engordar y conjuntar colores y complementos. No quería ser como mis compañeras de clase, tristes o alegres en función del estado de ánimo del novio de turno, descuidando los estudios, los sueños, las ilusiones, si ellos no las querían o las cambiaban por otras. No quería ser como Silvana, con la vida hipotecada por un hijo querido pero no buscado. No quería ser Julieta, víctima mortal de un amor imposible. No quería esperar a mi media naranja, a mi príncipe azul, al hombre de mi vida. Es más, no existía un hombre para mí, sólo para mí, en ningún lugar de este mundo.

Dueña de la verdadera esencia de la vida, sabía que el secreto para ser feliz era no hacer promesas, no esperar nada, de nada, de nadie. Una filosofía sencilla, como las

frases de los sobres de azúcar, qué sabe el pez del agua en la que nada toda su vida, el camino más largo empieza por un paso, siempre hay un valle detrás de cada montaña.

—Tú te crearás la mar de profunda, pero esas ideas son bastante simples, guapa —me decía Silvana.

—Claro que son sencillas, pero es que la vida ya es suficientemente complicada para que nosotros la compliquemos más aún. Hay que simplificar. La vida está llena de teorías que simplifican hasta los problemas graves, fíjate si no en el mínimo común múltiplo o en el máximo común denominador.

—Eso será en las matemáticas. Pero en la vida real las cosas no son así. Ya sé que enamorarse es una complicación, pero si no te enamoras, ¿qué te queda? No, no me contestes. Yo te lo diré: si no te enamoras no te queda nada. Si no encuentras a alguien a quien querer, a alguien a quien cuidar, a quien hacer feliz...

—¿Qué?

—Pues eso, que no te queda nada.

—Claro, pobrecitas de nosotras. No nos queda nada, nada más que un buen trabajo, nada más que un corazón intacto, sin que nadie te lo haga trizas cada vez que le dé la gana. No nos queda nada más que independencia, autonomía, libertad. Nada más que salir con quien quieras, nada más que irte a la cama con el hombre que te guste sin que eso te comprometa a nada. Efectivamente, somos unas pobres desgraciadas —ironizaba.

—Me hace mucha gracia que precisamente tú me estés diciendo todo esto. ¿Te recuerdo las veces que te he visto llorar por Vicente?

—Lloraré mucho, sí, pero también tengo un sexo increíble con él.

—Aunque fueras la mujer sexualmente más satisfecha del mundo, no creo que te sirviera de mucho en esos momentos en los que Vicente te hace sentir la tía más mierda del universo, la verdad.

—Pues fíjate que estás equivocada. Me sirve de mucho. Los orgasmos liberan mucha tensión, ¿no lo has leído nunca en las revistas de la peluquería?

—Ríete de mí todo lo que quieras, Amparo. —Silvana se encogía de hombros—. Pero sigo pensando que estás equivocada. Y que utilizas el sexo para que te quieran.

Silvana y Carmina no se han visto nunca y, sin embargo, sostienen las mismas hipótesis. Las dos me han dicho siempre lo mismo, las mismas palabras pronunciadas por bocas distintas: te acuestas con cualquiera para sentirte querida. Eso dicen. La única diferencia es que Silvana lo da por seguro y Carmina deja abierta la posibilidad de una duda: quizá lo hagas por eso, sin ser consciente. Pero lo dicen porque no saben nada de mí, por más que una se haya pasado la vida entera conmigo y la otra analice todo lo que digo, cómo lo digo, mi tono de voz al decirlo, cuánto lloro, por qué lloro, cómo soy, por qué soy. Ellas no saben nada de mí. No saben nada de Fidel. No saben que tenía un coche nuevo, negro, deportivo, un coche aparcado en la puerta del instituto junto a las vespinos, las vespas y alguna que otra bicicleta despistada. Un coche que su padre le regaló cuando aprobó primero de BUP a los dieciocho años,

después de varios intentos de pasar de curso. Un coche que aún olía a nuevo la primera vez que me bajó las bragas y me dijo que se la chupara. Lo dijo con la naturalidad de las cosas cotidianas, como si ese fuera el único sentido posible de mi boca, tan convencido que no me quedó más remedio que hacer lo que me pedía.

—Joder, tía, no me habían dicho que lo hacías tan bien —me dijo cuando terminé. Estaba impresionado. Y yo, más que él.

—¿No? ¿Y cómo te habían dicho que lo hacía?

—No tan bien, desde luego.

Me sentí tan halagada, tan complacida, que no quise sacarle de su error. No le dije que era la primera vez que me pasaba algo así; no le confesé que al principio había llegado a pensar que vomitaría sobre la tapicería, porque hasta ese día lo único que había hecho era besarme con cuatro o cinco chicos y que a lo máximo que habíamos llegado era a que ellos me levantasen la ropa y me sobasen las tetas y a que yo les tocase el paquete por encima del pantalón. No le conté que, al final, no me había desagradado hacerlo, pero que me hubiera gustado que no empujase tanto con las caderas y que no me apretase la cabeza con las dos manos, ni le pedí que la próxima vez procurase avisarme antes de eyacular. No le dije nada de eso, para qué, si por fin hacía algo bien, lo que fuera, pero bien, por fin una felicitación, una enhorabuena, un cumplido, qué más daba que fuera por una mamada. Estaba feliz, contenta, como si hubiera ganado un premio. En el viaje de vuelta canturreé una canción para demostrar que era una mujer de quince años que estaba a la última de todo. Lo único que me fastidiaba, y eso tampoco se lo dije, fue lo inmerecido de mi fama; así que unas semanas después, en ese mismo coche, reconciliada ya con mi reputación, dejé que Fidel me follase. Porque eso fue lo que hizo: me subió el vestido, me apartó las bragas y me la metió. Yo entonces no sabía que también hubiera podido hacerme el amor, aunque para eso hubiera hecho falta que me besara en los labios o en el cuello, que me acariciara, que me desnudase despacio, que él mismo se quitase toda la ropa, que me tumbase en el asiento de atrás mientras me decía qué guapa estás, qué guapa eres, cuánto te deseo, cuánto, pero cuánto he soñado con este momento. Pero Fidel sólo se bajó los pantalones hasta las rodillas y ni se le pasó por la cabeza que yo también podía obtener algún tipo de provecho de lo que estábamos haciendo, aunque, honestamente, no creo que pensara en nada mientras se movía dentro de mí como un poseso: no se preocupó ni de mi placer ni de no dejarme embarazada, lo cual tuvo consecuencias penosas para ambos. Cinco semanas después, aborté. Ana y Silvana me ayudaron a pagarlo, por eso me enfadé tanto cuando me confesó llorando que estaba convencida de que la primera vez era im-po-si-ble que te quedaras preñada.

—¿Y yo qué, Silvana? ¿Y yo qué?

—Todo el mundo decía que Fidel no fue el primero.

—Pero tú eres mi mejor amiga. ¿Cómo puedes creer esas gilipolleces?

Quiero a Silvana como si fuera mi hermana. De hecho, es más hermana que mi propia hermana, pero por este tipo de detalles sé que no sabe nada de mí. Nunca me

ha creído cuando le he confesado que mi fama de putón de barrio no es justa, que los tíos con los que me acosté en aquella época podían contarse con los dedos de una mano, que a la mayoría de los que se dedicaron a contar lo buenos o lo malos que eran mis polvos ni siquiera les conocía. No me juzga, cierto, pero tampoco me ha comprendido nunca. Ni siquiera al principio, el primer día, supo interpretar que detrás de mis aires de mujer de mundo, *yanosoyvirgen*, no había más que una cría que jugaba a ser mayor. Una cría que durante años recordaba apenas un par de cosas de su gloriosa primera vez: la imagen de los calzoncillos manchados de Fidel encima de los pantalones a medio bajar, su voz irritada. «Me cago en la puta, tía, levántate de ahí. Me has ensuciado la tapicería». Me he reído cada vez que lo he contado, como si tuviera gracia. «Yo he sido muy virgen», he contado en miles de ocasiones, muerta de risa. «La primera vez que follé llené de sangre el asiento del coche de un tío». Pero ese día no me reí. Ese día no fui más que una niña defraudada y humillada. Sólo eso. Así que no: definitivamente, no me acuesto con los hombres para sentirme querida.

¿Me habrá querido Vicente? ¿Me querría alguna vez? No al principio. Al principio sé bien que no me quería; Yo tampoco le quise a él, al principio. No era posible. Y no es que no tuviésemos nada en común, porque a nuestro favor teníamos la razón más poderosa de los amantes cuando comienzan: no nos conocíamos. Éramos dos extraños, un mapa en blanco el uno para el otro, un territorio virgen para explorar, para inventar, para dibujar valles donde quisiéramos valles y montañas en el lugar de las montañas. Podíamos haber fingido que él era un hombre infeliz, atrapado por un matrimonio desdichado, un desgraciado con dos hijos, angustiado por aquella paternidad, porque no sabía si les quería tanto como debía. Podíamos haber simulado que era un buen hombre, un hombre leal, un luchador, capaz de comerse el mundo a cambio de una ilusión. Y, de paso, podíamos también haber creído que yo era una mujer sincera, que mi moral era intachable, que quería llegar lejos únicamente a costa de mi esfuerzo, que si subía a su departamento cuando las clases acababan y ya no quedaba ningún alumno ni ningún profesor con el pretexto de ampliar bibliografía, o de documentarme para un trabajo, o de anotarme la dirección de una productora que buscaba becarias, era para ampliar bibliografía, o para documentarme para un trabajo, o para anotarme la dirección de una productora que buscaba becarias. O porque estaba enamorada de él. Eso es. Podíamos haber aparentado que era por amor. Pero es muy difícil sentir amor cuando te aplastan contra la pared contigua a la ventana, para que nadie os vea, sin decir ni siquiera tu nombre, sin que a ti te apetezca ni que lo diga ni decir el suyo. Es muy difícil sentir amor en esas circunstancias, por intenso que sea el orgasmo, por divertida que sea la situación, por mucho que te rías cuando veas a su mujer, tan guapa, tan perfecto, tan segura, en su programa de la tele, por muy superior que te sientas a las demás alumnas que desearían estar haciendo justo lo que tú haces ahora y en lugar de eso, se conforman con acostarse con sus novios de

toda la vida, en el mejor de los casos, o con subrayar con rotuladores fluorescentes los apuntes, aburridas, acodadas sobre el escritorio que les regaló uno de sus tíos para la primera comunión. Pero tú no, tú estás ahí, haciendo lo que muchas quisieran y, desde luego, lo que tú te morías por hacer desde el primer día de clase, cuando Vicente Palomar llegó al aula con sus pantalones vaqueros rozados en el culo y las rodillas, en estudiado descuido sugerido sin duda por su mujer, y su camisa blanca arremangada. Nos miró y dijo:

—A partir de hoy voy a enseñároslo todo... sobre la televisión.

Nos reímos mucho, pero yo pensé que sí, que quería que me lo enseñara todo, y también todo sobre la televisión. Así que Vicente me quiso entonces tanto como yo a él: nada.

Ese año echamos algunos polvos, nos divertimos gastándonos bromas equívocas delante de alumnos y profesores, que no se imaginaban nada porque no concebían que Vicente Palomar quisiera ponerle los cuernos a su mujer con una alumna cualquiera, a quién se le iba a ocurrir, por eso, porque nadie sospechaba nada y porque habíamos pasado muy buenos ratos juntos, a final de curso me subió descaradamente mi nota sin que se oyese la menor protesta, ni siquiera la mía, que aunque nunca me lie con él para eso, no se me pasó por la cabeza que tuviera que rechazar ese regalo, tal como me aconsejaron Ana y Silvana.

Después no volvimos a vernos ni nos echamos de menos, pero cuando terminé la carrera y él reconoció mi cara, sonriéndole en una foto de carné, pensó que sería mejor tenerme a mí todo el verano haciendo prácticas que a cualquier otra, y a pesar de que lo pensó sin ningún tipo de pulsión sexual, porque hasta ese momento tenía como norma no relacionarse con nadie en el trabajo y en eso era muy estricto, a las pocas semanas ya teníamos la costumbre de meternos en el cuartucho donde se guardaban los productos de limpieza mientras los demás se marchaban a comer. Yo me quedaba en la productora con varias excusas: no tenía hambre, me faltaba tiempo, me había traído la comida de casa. Él despachaba a los compañeros con un gesto de la mano como diciendo, «ahora bajo», y efectivamente, se reunía con ellos en el bar antes de que el camarero hubiera terminado de tomar nota. Pero antes, entre escobas, fregonas y bayetas para el polvo, habíamos hecho honor al lugar en el que nos escondíamos entre risas. Porque nos reíamos mucho. Eso sí. Todo nos hacía gracia: los pretextos para quedarnos solos, el pelo que se nos enredaba y nunca volvía a quedar como antes, la ropa que se rompía, que se manchaba, que se arrugaba. «¿Qué te ha pasado en la camisa?», me preguntaba a veces después de haberme arrancado un botón. «Me enganché con el pico de una mesa, que estaba muy salido», le decía yo. Y nos reíamos. Nos reíamos por la mañana, cuando coincidíamos con la mujer de la limpieza, que estaba a punto de marcharse y que se afanaba por colocarlo todo en su sitio. «Aquí no cabe ni un alfiler», protestaba. Nos reíamos por la tarde, cuando los demás volvían de comer sin imaginar lo que pasaba, o cuando Soledad aparecía sin avisar después del programa, indignada por una crítica, por una mala audiencia, sin

sospechar que mientras ella lloriqueaba en el despacho de su marido, él le miraba el escote a la becaria que se la acababa de chupar. Y cuando se marchaba nos reíamos, con una risa absurda que no nos parecía absurda sino cómplice, porque esa era la única complicidad que teníamos entonces.

Eso fue todo lo que pasó aquel verano. Trabajé, aprendí, follé, crecí. En septiembre, cuando mis prácticas terminaron, Vicente me ofreció un contrato.

—Lo que ha pasado entre nosotros no tiene nada que ver —me advirtió—. Sinceramente creo que puedes ser una buena periodista y me gustaría que lo fueras con Isa dora Duncan Producciones. Estamos creciendo. Nos han dado un programa nuevo, que se suma al concurso infantil y a «Tardes con Solera»... Si aceptas nuestra propuesta —señaló una fotografía de Soledad que nos miraba desde un marco de plata, en una esquina de la mesa—, trabajarás mucho más de lo que lo has hecho hasta ahora, que ha sido mucho.

—¿A qué programa iré?

—Tendremos que dejar lo nuestro. No sería sano continuar, aunque lo he pasado muy bien contigo, la verdad —sonrió—. Pero tendríamos que dejarlo. Soledad quiere que te quedes con ella, así que trabajarías directamente en Antena 9 —sonrió otra vez, y lo dijo de carrerilla, como si las dos cosas estuvieran relacionadas. Le odié—. No sería bueno que siguiésemos, y Soledad ha insistido mucho... No en que lo dejemos, ella no sabe nada, por supuesto, sino en que te vayas con ella.

—¿Tú crees que sospecha algo?

—No, no, por supuesto —me crispó que repitiera el «por supuesto» con ese tono de superioridad—. Ni se le pasa por la cabeza que tú y yo...

—Claro, claro... ¿cómo va a pensar algo así?

Gesticuló con la mano izquierda, con la que le quitaba importancia a las cosas o a las personas, según los casos, y se encogió de hombros.

Nos quedamos callados. Desnudos sin nuestras sonrisas.

—Entonces, ¿qué dices? ¿Te quedas con nosotros?

Fue en ese momento, mientras él todavía tenía en el aire la mano izquierda, a medio camino entre los dos, como dirigiéndose a mí, la mano de menospreciar, cuando yo sentí por primera vez un pellizco en el estómago que me quitó el hambre de verdad. ¿Y si le quiero? ¿Y si resulta que quiero a este pedazo de cabrón? Y lo pensé porque a mí nunca ningún hombre me había quitado las ganas de comer, porque me dolía en el alma que me despreciase con ese desprecio del que ni él mismo era consciente. Lo pensé porque no quería ver a su mujer todos los días y a él de vez en cuando, porque no quería dejar de besarle, ni de oler su piel, porque nunca le había visto sin ropa, porque no sabía cómo eran los dedos de sus pies, porque me faltaba el aire. Por eso lo pensé, aunque después me dije que la culpa de todo la tuvo el vértigo de aquella oferta, la certeza de que las cosas cambiaban demasiado deprisa porque aquello no era sólo un trabajo: era un cambio de vida, era reinventarme, era salir de mi casa, de mi mundo lastimero, saltar al vacío. Así que no le quería. Eran sólo

nervios.

Le dije que sí y descubrí que no era tan malo dejar de verle, de besarle, de olerle. No verle desnudo ya no me pareció el fin del mundo. Y respiré. No le quise entonces. Le quise mucho más tarde.

Pero ¿y él? ¿Me querría, más tarde? Cuando ya no teníamos que imaginarnos, cuando ya nos conocíamos, cuando ya lo sabíamos casi todo el uno del otro, cuando yo ya le quería, cuando volver a estar juntos se convirtió en inevitable, ¿me quiso, entonces, Vicente? Cuando el sexo dejó de ser tan importante, cuando cualquier momento era bueno para quedarnos solos, cuando un simple beso, un roce disimulado de la mano al dejarnos unos folios sobre la mesa, cuando una sonrisa furtiva nos volvía cómplices, amigos, más amantes que cuando nos arrancábamos la ropa en el coche, o, con suerte, en cualquier habitación de hotel. Tenía que quererme, por fuerza, aunque todo lo que decía no fuera cierto. Pero ¿qué era lo que me decía, en realidad? ¿Estuvo todo sólo en mi cabeza? ¿Fue mi imaginación la que me hizo escuchar las cosas que él nunca dijo? ¿Me dijo alguna vez que me extrañaba cuando no estaba conmigo, que fantaseaba con que fuésemos juntos a cenar, que quería recorrer el mundo junto a mí, que me quería? ¿Me lo dijo alguna vez? ¿Me dijo te quiero, alguna vez? Y sin embargo, tenía que quererme, porque si no me quería, ¿qué sentido tiene esta tristeza infinita, esta angustia, esta sensación de terror, de vacío, de pérdida absoluta? ¿Qué sentido tuvo que me convirtiera en otra persona tan diferente a la que había sido y tan distinta a la que siempre había querido ser? ¿Qué sentido tuvo, tanta espera?

Entonces, cuando le quise por primera vez, ya me había ido de casa para ser feliz. Eso tampoco es verdad. Me fui para dejar de ser tan desgraciada. Porque yo me sentía muy desgraciada en esa casa. No soportaba su olor, y no es que oliese mal, porque mi madre estaba obsesionada con la higiene del hogar, es que olía a pena, a abandono. Porque la tristeza huele, con un olor denso, que se te queda pegado a la piel por más que te frotes con la esponja bajo la ducha, por más que te eches colonia, por más que pongas jaboncitos con forma de flores en los cajones de la cómoda. La tristeza huele, aunque la gente feliz no sea capaz de percibir ese hedor. De pequeña, imaginaba que las paredes lloraban por las noches, a veces llanto, a veces sangre, según fuese nuestro estado de ánimo, pero como casi siempre era lamentable, casi siempre lloraban sangre. Por eso tenía que irme, a una casa con paredes limpias, con luz clara, sin sombras, una casa sólo para mí, donde sólo se oyese mi voz, mi voz sin reproches para nadie.

Y al principio, funcionó. Funcionó porque las casas tienen alma y el alma de las casas contagia al alma de las cosas hasta llegar al alma de las personas. Y yo me sentí libre, dichosa, poderosa, afortunada. Tenía un buen trabajo cuando la mayoría de mis compañeros todavía andaban enviando formularios para cubrir becas. Tenía un piso para mí sola donde hacía fiestas, donde dormía hasta tarde sin que nadie me incordiasse, donde me paseaba desnuda cuando me venía en gana y donde estaba pro-

hi-bi-do comer sopa los domingos. Pedía poco, es cierto, pero tenía la sensación de que ese no era el motivo de mi felicidad, porque si hubiera pedido más, hubiera tenido más. Fue sólo una sensación.

Llevaba ya mucho tiempo trabajando en la productora cuando me di cuenta de que no era más que eso, una sensación. Era un viernes por la tarde, lo recuerdo como si hubiera sido ayer. Pero no fue ayer. Tenía la vida por delante, y no cargada a mi espalda. La culpa no es de Vicente, ya lo sé. Él no tuvo la culpa justo aquel viernes por la tarde, justo aquel, que yo estaba tan contenta sólo por eso, porque era viernes y esa noche había quedado para tomar unas cañas con Javier Cabañero, un cámara con el que llevaba semanas tonteando como una cría, igual que casi todas mis compañeras. Pero él, Javier Cabañero, con su metro noventa y su pelo negro y sus ojos verdes y su sonrisa de anuncio y su cara de buen chico que nunca te haría daño, se había fijado en mí y no en ellas, y eso que, físicamente hablando, yo era de lo peor de Isadora Duncan.

No es que fuese fea: es que no era espectacular. Morena, bajita, delgada, con ojos marrones y labios finos. Normal. Vicente Palomar tenía justa fama de valorar tanto la fotografía del currículum como su contenido, y muchas veces, más; por eso la redacción estaba formada por chicas que parecían más modelos que periodistas y por cuatro tías del montón, para compensar, y para que Soledad no se sintiese amenazada por tanta belleza. Pero ese viernes, ese viernes por la tarde que estábamos todos tan contentos sólo por eso, porque era viernes, porque el programa había sido líder de audiencia toda la semana, porque nos perdíamos de vista unos a otros durante dos días, y porque Javier Cabañero y yo, con suerte, nos veríamos las caras también a la mañana siguiente, Vicente vino a visitarnos. No era nada extraordinario; venía a menudo a traer o a llevar a su mujer, o a decirle a alguien lo mal que lo estaba haciendo, porque Vicente es de esos que creen que echar broncas les da más autoridad, les hace más jefes. Pero ese viernes, no venía a reprocharnos nada. «Pasaba por aquí, sólo quería saludaros», dijo, y mientras lo decía, se acarició la barbilla con cierto descuido, dejó caer todo su peso sobre la pierna izquierda con una tristeza infinita, y me miró fijamente, como con sorpresa, como si me descubriera de repente, como si acabase de darse cuenta de que de entre todas las personas que habitaban el mundo, de entre millones de personas, sólo deseaba verme a mí. Fue sólo un segundo. Un segundo absurdo que se ha quedado detenido para siempre en mi memoria, un bucle del tiempo en el que vivo, porque ese segundo es el que he querido recuperar cada vez que he mirado a los ojos de Vicente, como los drogadictos que tratan de revivir una y otra vez su primer chute. En vano para ellos. En vano para mí.

Vicente no hizo nada más. No dijo nada más. No pasó nada más. Pero esa noche yo no me tomé mis cañas con Javier Cabañero; le dije que estaba cansada, que me dolía la cabeza, que otro día, y me fui a casa, sola. Olí todas las paredes; olí las puertas; olí los cuadros; olí las toallas, los trapos de cocina, la ropa que colgaba del

tendedero, porque las casas tienen alma y el alma de las casas contagia al alma de las cosas hasta llegar al alma de las personas, pero a veces, es el alma de las personas la que contagia el alma de las cosas hasta llegar al alma de las casas. Y mi casa nueva ya no olía a nueva; olía a casa vieja, a casa triste, a desinfectante dulzón que no existe. Esa noche me hice cargo de la realidad: me había enamorado de Vicente, y ese amor no me traería más que tristeza. Y entonces me eché a llorar.

*... en la cama, sin prisa, muchas tardes
esta cama de amor que no conoces,
la misma que se queda
fría cuanto te marchas.*

*Aunque tú no lo sepas te inventaba conmigo,
hicimos mil proyectos, paseamos
por todas las ciudades que te gustan,
recordamos canciones, elegimos renunciadas,*

El amor de Ana

*«Líbranos, Señor,
de encontrarnos años después,
con nuestros grandes amores».*

Oración.
CRISTINA PERI ROSSI

Juan Carlos Elson es el amor de mi vida. Tengo una libreta llena, escrita sólo con esa frase: Juan Carlos Elson es el amor de mi vida, JuanCarlosElsoneselamordemivida, juan carlos elson es el amor de mi vida, Ju-an-car-los-el-son-es-el-a-mor-de-mi-vi-da. Una y otra vez, una frase escrita de todas las formas que se me ocurren, como si escribiéndolo pudiera hacer que fuera verdad, que de verdad Juan Carlos Elson fuera el amor de mi vida, para toda la vida, para siempre, como si juntando esos dos nombres, ese apellido, esas nueve palabras, esas treinta y un letras, me asegurase que ese deseo será realidad, que algún día, que pronto, Juan Carlos vendrá a mi casa, llamará al timbre, esperará a que le abra la puerta y me dirá: «Ya está».

A veces no puedo dormir. El remordimiento no me deja conciliar el sueño. Cierro los ojos y me imagino a Cristina sentada en un viejo sillón azul que todavía conserva algunos restos de carcoma, ese que está justo en el balcón de los ventanales apenas cubiertos con los visillos de algodón blanco con vainica en las orillas que le cosió su abuela hace tantos años que ya ni se acuerda, y que permiten ver sin ser visto el trasiego de la calle. Me la imagino allí porque sé que es su sitio favorito cuando se siente apenada. Me lo ha contado Juan Carlos. Juan Carlos me lo ha contado casi todo de ella en estos años; me cuenta cosas, cosas pequeñas, sin importancia, que una tras otra acaban formando algo con sentido. Me lo cuenta cuando se siente tan apesadumbrado que tiene que dejar escapar su culpa de alguna manera, y habla de ella como para expiar sus pecados, poniéndola en un altar. Santa Cristina, abnegada esposa, mujer ejemplar que no se merece lo que le está pasando, lo que le estamos haciendo. Otras veces me habla de ella sin darse cuenta, imperceptibles descuidos, un plural en una frase, una película que acaban de ver. Yo finjo que no me entero, que no intuyo que no ha ido solo al cine, que no me duele imaginarle esperando el turno para comprar palomitas grandes y dos coca-colas, que no creo que lo peor, que lo más doloroso, sea el sexo. Guardo silencio. Disimulo. Le apoyo, pero eso no lo finjo: le apoyo de verdad. Seguramente Cristina es una buena persona, una mujer valiente que no mantendría dos relaciones al mismo tiempo, que si tuviese la suerte, o la desgracia, de enamorarse de otro hombre se lo diría claramente a Juan Carlos. Ella no haría lo que nosotros hacemos. Eso lo sé.

También sé que le gusta entreabrir uno de los vanos y respirar el olor a fruta y a pescado del mercado de Mosén Sorell, escuchar el ruido que hace la gente al pasar por debajo, los carros de la compra que chocan con los bordillos imposibles de la calle Corona, las mujeres que se saludan. «¿Qué, a comprar?» «Pues sí, a comprar». «No te gastes mucho». «Ve por la sombra». «Coño, Maruja, qué humor tienes». «Hoy tengo merluuuuuuuza fresca, guaaaaaapas». Sé que sonrío, que la enternecen esos pequeños detalles de la vida cotidiana. Sé que piensa en su madre cuando escucha a esas mujeres, que la echa tanto de menos, ay, mamá, que a veces ni se da cuenta de que está llorando hasta que siente el sabor salado de las lágrimas en sus labios, y se las retira de la cara con disimulo, como si le hubiera caído polvo a los ojos, porque no le gusta que Juan Carlos la vea llorar y porque piensa que su madre, dondequiera que

esté, no quisiera que su hija estuviera triste por nada del mundo, mucho menos por ella. Por eso sé que Cristina se concentra en lo que vocea la pescadera del puesto número trece, que no cree en la mala suerte sino en la fortuna que se construyen los hombres y las mujeres día a día, cada día, y que siempre anuncia la merluza como una novedad aunque la traiga a diario y casi nunca sea fresca y sus clientas, por lo general, sean más feas que un dolor. «Hoy tengo merluuuuuuuuza fresca, guaaaaaapas». Y Cristina se esfuerza en sonreír cuando la oye. Le da un par de caladas a su cigarro y se dice que tiene que dejarlo, que el tabaco la va a matar, como a su madre, que no murió por fumar sino por un infarto, pero que está muerta, al fin y al cabo. «Este es el último», piensa, porque además, Juan Carlos no fuma y a veces le reprocha que la boca le sepa a humo, y ella haría cualquier cosa por complacerle. De hecho, eso es lo que hace: complace a Juan Carlos en todo, está siempre atenta a sus necesidades, incluso a las que él todavía no sabe que tiene. Se asegura de que la botella de gel tenga gel, de que el papel higiénico esté en el lugar del papel higiénico, de que no falten folios ni tinta en la impresora, de que aquella novela que Juan Carlos comentó que quería leer esté en la estantería para cuando vuelva a acordarse de ella; intuye cuando está de mal humor, o triste, o disgustado. Sabe cuándo quiere hacer el amor. Bueno. Eso era antes. Porque desde hace tres años, nueve meses y veinte días no le ha puesto la mano encima ni una sola vez, aunque cueste creerlo. A mí misma me costaría si no fuera porque Juan Carlos me lo ha jurado: «Desde que estoy contigo no he tocado a mi mujer, te lo juro por Dios». Se queda tan serio, tan abatido, que no me queda más remedio que aceptar que me dice la verdad. Pero soy la única que le cree. Amparo y Silvana me dicen que eso es imposible.

—Vicente también me decía que no se acostaba con Soledad, hasta que un día le pregunté si se creía que yo era idiota, que no había más que ver la cara de su mujer esa mañana para darse cuenta de que le habían echado un buen polvo, o dos. —Amparo se rio.

—Pero es que lo más seguro es que tengan una vida sexual normal y corriente, y tú tienes que darle la importancia que tiene: ninguna —dijo Silvana.

—Tienes razón... pero no puedo evitar que me duela imaginarlo acostándose con ella. Me siento muy idiota. Soy muy idiota —me corregí—, pero lo siento aquí —me señalé el corazón— como una infidelidad.

Amparo se rio.

—Es contigo con quien es infiel, Ana.

—No eres idiota, pero tienes que ser consciente de la realidad. Piensa que duermen juntos todas las noches, que se han querido mucho, que ella todavía está enamorada y que él le tiene cariño. Habrá noches que le podrá poner alguna excusa, pero otras... Hay cosas que no se pueden evitar —continuó Silvana—. Además, si llevasen tanto tiempo sin hacerlo, tus problemas se habrían acabado: sería ella la que le hubiera pedido el divorcio. —Reímos las tres—. Pero eso no significa nada: sólo es sexo, no es más que el cuerpo, ¿me entiendes? Lo que importa es la mente, y el

corazón.

—Pero el sexo también es importante —me quejé, derrumbada por la apabullante verdad y por mi estupidez planetaria.

—Claro que es importante, pero sólo el que hace contigo. Con ella lo que hace es sólo un acto, porque no es más que un acto fisiológico, como comer.

—O como cagar, porque si dejas que te afecte todo se vuelve una mierda... —añadió Amparo.

—Como lo que tú quieras, pero un acto sin más, mecánico, una necesidad que se tiene en un momento dado y que hay que cubrir. Así que lo único que tienes que pensar es en lo que hacéis los dos cuando estáis juntos.

Pero Juan Carlos me jura siempre que no, que desde que está conmigo, desde el dieciocho de enero del año dos mil, nunca olvidaría esa fecha, no ha tocado a su mujer. Y añade un «te lo juro por Dios» tan sincero que le tengo que creer.

Cuando no puedo dormir, también me imagino que las amigas de Cristina no se lo tragan. Piensan que es una exagerada, que vive demasiado pendiente de él, que está obsesionada. Le aconsejan, porque todas las amigas se permiten el lujo de aconsejar aun cuando no tienen ni la menor idea de lo que están hablando, que ponga tierra de por medio, que se haga valer.

—Tu marido no se da cuenta de lo que tiene —le dicen.

—Se cree que es la hostia porque ha publicado una novela.

Cristina protesta.

—Sí, pero es que fue la novela más vendida.

—Bueno, pues ya han pasado cuatro años, ya va siendo hora de que leamos la segunda.

Y Cristina piensa, a veces, que sus amigas tienen razón. Porque las amigas, a veces, tienen razón, incluso cuando se permiten el lujo de opinar sobre temas que no conocen. Pero es que es cierto. Juan Carlos lleva casi cuatro años sin escribir, casi cuatro años sin tocarla, casi cuatro años sin quererla. Así que saca un cigarro del paquete que esconde en el tercer cajón de la estantería blanca de pladur que colocaron el año pasado, cuando eran tan infelices como ahora y ella se esmeraba en renovar el salón, por si acaso eso fuese suficiente para salvar su matrimonio. Lo coge, el último, lo jura, y se deja caer en ese sillón azul que rescató de un trapero de la calle Avellanas y que ella misma restauró con mimo después de la mudanza. Se derrumba allí, y se pone a mirar a la gente que pasa por la calle a través de los ventanales apenas cubiertos con los visillos de algodón blanco con vainica en las orillas que le cosió su abuela, hace tanto tiempo que ya ni se acuerda. Y se pone a llorar, amargamente, sin saber que no es verdad. Que sólo es una fantasía que me atormenta por las noches, que no me deja dormir, que me hace sentir una hija de la gran puta porque mi mayor deseo es que se le rompa el alma a alguien tan parecida a mí que hasta podría ser mi amiga si no fuera porque es la mujer de Juan Carlos Elson, que es el amor de mi vida, que es el amor de mi vida. Que es el amor de mi vida.

Al principio nunca pensaba en Cristina. Como si no existiera. Fue lo primero que me dijo Amparo:

—Ni se te ocurra pensar en la otra.

—La otra soy yo —le contesté.

—No para mí. Para mí Cristina es la otra, y ni se te ocurra pensar en ella, te lo digo por tu bien.

Le hice caso. Entonces aún era divertido. Borré de mi mente a Cristina. Para mí no era nada. Sólo un nombre, Cristina, un nombre como cualquier otro, un nombre que no me lastimaba, ajeno a mí. Cuando Juan Carlos se marchaba, se marchaba sin más y no con Cristina; cuando Juan Carlos tenía una cena, o desaparecía un fin de semana, o pasaba tres días sin llamar, nunca era por Cristina. Porque, al principio, todo era como un juego. Era como aceptarle esa broma al destino, como si le plantásemos cara, los dos frente al mundo: aquí estamos, nada a nuestro favor, todo en nuestra contra. Porque eso era lo más sorprendente, que todo nos separaba y que, aun así, nos amábamos.

Juan Carlos había pasado más de la mitad de su vida enamorado de mí y le debía a mi recuerdo algunos de sus peores años, no sólo después de romper, sino también mientras estábamos juntos. Empezamos a tontear cuando no éramos más que unos críos. Él me esperaba en la esquina de mi casa para ir a clase, me llevaba la mochila, me escribía poesías y me hacía regalos imposibles, qué sé yo, una flor en papel de plata con pétalos que reflejaban mi cara y espinas que no lastimaban, una caja con el olor de los sueños, un cuadernillo lleno de retratos míos, la partitura de una ópera inacabada que llevaba mi nombre. Un día pintó con corazones la distancia que había entre su casa y la mía. Hoy me enternece recordarlo, pero entonces no valoré ninguno de aquellos detalles. Juan Carlos me parecía, con diferencia, el niño más cursi de todos los que conocía. ¿De qué me valían a mí tantos retratos cuando lo que me apetecía era que me regalase una pulsera fluorescente o una cuerda de colores para enredármela en la trenza? De nada.

Era diferente a los demás. Tenía esa mirada perdida, desvalida, y esas gafas de pasta, gafas de culo de vaso pasadas de moda cuando todos las llevábamos de metal, y ese pelo mal cortado, de rebelde, y esa costumbre de estar todo el santo día escribiendo y de decir, tan serio, que de mayor no quería ser futbolista, ni astronauta, ni bombero, ni piloto de aviones, como el resto de los chicos. No. Él sería escritor, y escribiría los mejores libros de la historia de la literatura, y ganaría todos los premios, y recorrería el mundo dando diarias y conferencias, y en cada una de ellas hablaría de mí, de Ana María Toledo Real, y le daría lo mismo que yo fuese cajera de supermercado que descubridora de la vacuna de la malaria si es que no estaba descubierta ya, que ni lo sabía ni le importaba, todo le daría lo mismo, porque me quería y me querría hasta que se muriera, pasara lo que pasara. Y lo decía así, de tirón, cada vez que alguien le preguntaba. Así que yo, ¿qué iba a hacer? Dejarle que

me llevara la cartera, que me luciera regalos imposibles, que pintara con corazones la distancia que nos separaba, que me quisiera, Juan Carlos, entonces, era una persona fiel: sólo me quiso a mí, a pesar de que lo suyo no fuera más que el vulgar amor platónico de un niño vulgar, y me quiso así desde los siete años, sin preocuparse porque yo le ignorase o le utilizase según mi conveniencia, sin desesperarse porque saliese con otros chicos, sin hacerle caso a ninguna de las que le iban detrás. A veces yo me enervaba de verle siempre pegado a mí. «¿Pero es que no tienes sangre en las venas?», le decía. «¿Pero es que no ves que nunca voy a salir contigo?» Juan Carlos se encogía de hombros, como diciendo y a mí qué, y sonreía un buen rato hasta que por fin lo decía. «Y a mí qué». Cualquier otro se hubiera cansado, pero Juan Carlos no. Juan Carlos se mantuvo firme hasta que un cretino que se llamaba Fernando González me destrozó el corazón y le brindó su oportunidad. Esto también fue vulgar: me enamoré como una burra aun sabiendo que él no sentía absolutamente nada por mí; pasé los mejores ocho meses de mi vida, y pasé los peores ocho meses de mi vida, sintiendo cómo la misma vida se me iba detrás de alguien que no me quería pero creyendo, yo que tanto me había burlado de Juan Carlos, que mi amor bastaría para que él también me amase. A los diecisiete años las cosas se ven diferentes, menos lógicas, más sencillas. Pero estaba equivocada: Fernando no me quería, y eso que hice todo lo que estaba en mi mano para que me quisiera. Le dejé que me tocara las tetas todas las tardes en el portal de mi casa fingiendo que me excitaba la idea de que nos pillasen aunque en realidad me ponía mala sólo de imaginar que algún vecino pudiese vernos. Para que me quisiera, le dije que me entusiasmaban las películas de Jean Claude Van Damme, que me volvía loca la música de Extremoduro, y que lo único que leía eran los tebeos de Zipi y Zape o, en su defecto, los de Mortadelo y Filemón, y le dejé que durmiera en mi casa una noche que mis padres no estaban. Me metí en la cama vestida con mis bermudas verdes y mi camisa blanca, muerta de miedo y de vergüenza.

—¿Te acuestas siempre así?

—Sí, ya ves. Siempre me da pereza ponerme el pijama.

Pero para que me quisiera, le dejé que me quitase la ropa. «No pasa nada», me repetía. «No pasa nada». Pero sí pasaba. Pasaba que le quería y que quería que me quisiera. Por eso me esforcé en que las voces de mi madre y de mi abuela y de mi prima la del pueblo, que quería llegar virgen al matrimonio y que me aleccionaba para que hiciese lo mismo, dejasen de refunfuñar en mi cabeza: «No permitas jamás que ningún hombre te toque *ahí* o estarás perdida». Nunca había estado desnuda del todo delante de ningún hombre, pero tampoco ningún hombre desnudo había estado nunca delante de mí. El pecho de Fernando, sus hombros, sus muslos, mandaban callar a mi familia más que yo misma, «cállense, señoras», les decían sus dedos al rozarme la espalda mientras me desabrochaba el sujetador, «hagan el favor de callarse», les decían sus manos mientras me bajaba las bragas. Pero cuando las voces enmudecieron de golpe fue cuando él me dijo que nunca lo había hecho con ninguna

chica y, acto seguido, se quitó los calzoncillos. Jesús. Todavía me estremezco. Entonces me decidí, porque pensé si de verdad no me quiere, que sea lo que Dios quiera, porque si de verdad no me quiere, ay, Dios mío, de todas formas estaré perdida para siempre. Eso fue lo que pensé. Así que esa noche miré para otro lado mientras le dejaba que echase a perder mi virginidad y la suya, y, aunque me atormentaba la posibilidad de quedarme embarazada, como le había pasado a Silvana, o de que se me quedase fama de puta como a Amparo, o de que ningún otro fuera a respetarme después de aquello, me consolaba pensando que pasara lo que pasara, Fernando nunca me olvidaría. Habrá otras, pensaba, pero yo siempre habré sido la primera, eso nadie me lo podrá quitar nunca jamás. Y nadie me lo quitó nunca jamás, pero cinco semanas después, Fernando me dejó. «Ya no quiero estar contigo». Así de fácil. Y yo me quedé con mi corazón roto y con toda la discografía de Extremoduro que había comprado para regalársela en su cumpleaños, mi último inútil intento de que me quisiera.

Me hundí en la miseria. Silvana trataba de consolarme, me sacaba a rastras de casa y me obligaba a ir al cine, o a tomar un helado, o a pasear con ella y con Ramón, porque andar era muy bueno para el embarazo. Amparo me llevaba a bailar a la discoteca a la que iban todos los tíos del instituto. «Estos están todos muy salidos, ya verás como ligas», me decía. Pero se hartaba de que los espantase con mi mal humor, y me empujaba al bar de la esquina, también a reventar de niños vestidos con ropa de marca y con la cara llena de espinillas, en el que sorbíamos cerveza con unas pajitas, una tras otra, hasta que me devolvía a casa tan cansada y tan borracha que no tenía aliento ni para llorar. Y en una de aquellas tardes, llegó la oportunidad de Juan Carlos.

—¿Por qué no te enrollas con ese, tía? —Amparo le señaló sin disimulo—. Tampoco es tan feo y seguro que te cuida mucho, que es lo que tú necesitas ahora.

—¿Y si no quiere, tía?

—¿Cómo no va a querer, tía? Tú te lías con él unas semanitas, hasta que estés bien, y Fernando mientras tanto se entera de esto, se vuelve loco de celos y quiere estar otra vez contigo. Verás como entonces a ti se te quitan las ganas de morirte que tienes. Hazme caso, tía.

Me pareció una idea tan brillante que me levanté de nuestra mesa y fui hacia donde estaba Juan Carlos, directa pero con paso vacilante.

—¿Sigues enamorado de mí?

—Pues claro.

—Y, dime una cosa, ¿tú no saldrías conmigo unas semanas, hasta que Fernando se dé cuenta de que en realidad me quiere?

—Tú estás borracha.

—Sí, la verdad, pero, de todas formas, ¿saldrías conmigo?

—Si Fernando no se da cuenta de que te quiere, ¿te quedarás conmigo de todas formas?

—Tú también estás borracho...

—Sí, estoy borracho —mintió, porque entonces Juan Carlos no probaba el alcohol así le matasen—, pero si Fernando no se da cuenta de que te quiere, ¿qué harás conmigo?

—Déjame que piense... —Pensé todo lo que pude, que era más bien poco—. Si llega el caso, que lo dudo, la verdad, porque este es un buen plan, podríamos salir de todas formas, un par de semanas.

—¿Hasta verano?

—Me parece justo. Pero no te hagas ilusiones: Fernando querrá volver conmigo enseguida.

Juan Carlos sonrió, porque tantos años de paciencia, tantos, desde los siete hasta los diecisiete, que se dice pronto, le habían dotado de una clarividencia que no tenía nada de mágica, sino más bien mucho de lógica: él había sabido siempre que yo nunca sería suya, hasta ese día, porque ese día, algo en su interior le dijo justamente eso, «hoy es el día», cuando me vio acercarme a él con el paso tambaleante de las adolescentes despechadas que se emborrachan por desamor. Y yo, que había pasado diez años dejándome querer por Juan Carlos, que era tan buen chico, que si lo mirabas bien, era hasta guapo, que nunca me rompería el corazón, que siempre tenía una palabra buena, amable, sincera para mí, no encontré ningún motivo para dejar de hacerlo. Al menos, ninguno bueno. Porque peregrinos tenía muchos, a montones, a diario: era demasiado amable, demasiado condescendiente, demasiado irritante, demasiado servil. Todas las noches me acostaba con un nudo en el estómago. No. Con un nudo, no; más bien con un pellizco que me lo encogía y que me devolvía a la boca un sabor amargo, como una derrota. Los médicos decían que tenía dispepsia, que la culpa de ese sabor la tenían mis digestiones lentas, que estaba nerviosa, que no probase la morcilla y que me tomase un almax después de cada comida. Se equivocaban. No era por eso. Era mi cuerpo, que se rebelaba. Era mi cabeza, que iba por un lado y mi corazón por otro, porque en el fondo, el corazón sabía lo que la cabeza negaba: que Juan Carlos no era el hombre que yo necesitaba, que toda esa bondad suya me volvía menos buena, que ser su amada de forma absoluta no era suficiente para mí, porque lo que yo quería, en realidad, era que me hiciese sufrir, no mucho, lo justo nada más, que se volviese difícil, que yo no fuese lo más importante siempre, que se pusiera alguna vez en el primer lugar. Era como si tanto amor suyo me hiciera incapaz de amarle. Pero esa no era una razón de peso para dejarle, porque, por lo demás, era perfecto. Teníamos aficiones comunes, el mismo sentido del humor, en la cama nos entendíamos, más o menos, nuestras familias nos adoraban, yo era su prioridad, nunca le parecía mal nada de lo que yo hacía, la razón siempre era mía. «¿Quieres dejar de estudiar? Perfecto». «¿Dependiente en la tienda de Amelia Madrid? ¿No prefieres estudiar una carrera, como Amparo, como yo? ¿Quieres ser una amita de casa, como Silvana? Perfecto». «¿Que no te sacas el carné de conducir porque es más cómodo que te lleve? Perfecto». Y es que todo era perfecto. Cinco

años de perfección. Uno. Qué bonito es todo. Dos. Qué tranquilo es todo. Tres. Qué monótono es todo. Cuatro. Qué aburrido es todo. Cinco. Qué soporífero es todo.

Por eso, cuando al fin le dejé sentí que había despertado de un sueño largo, pesado, porque había pasado todos esos años como si hubiese estado durmiendo. Así es como lo recuerdo. Como si otra persona hubiera pasado siete días en Menorca, como si Juan Carlos le hubiese regalado por su cumpleaños un fin de semana en París a alguien ajeno a mí, como si una amiga me hubiera contado al detalle que una Nochevieja sustituyó las uvas de la suerte por polvos de la suerte, como si la evidencia de que era yo la que estaba en las fotos al lado de Juan Carlos no fuese suficiente. Yo no era la que estaba ahí. Pero cuando reuní el valor para dejarle no sabía que llegaría el día en el que mi mayor deseo sería poder dar marcha atrás para volar de nuevo hasta Menorca y bañarme otra vez en esa cala, la cala Turqueta, y no enfadarme cuando una tía en pelotas le preguntase la hora a Juan Carlos, no echarle las culpas cuando el coche de alquiler se nos metiese en una zanja, no ponerme como una fiera cuando los turistas jugasen al bingo en el jardín del hotel y no nos dejaran dormir, y no pasarme el viaje enfurruñada; ni podía imaginarme cuánto me gustaría volver a pelearme con aquellos mexicanos para meterme en el ascensor de la Torre Eiffel y no dejar de hablarle sin saber por qué al llegar a lo más alto, sino besarle y besarle y decirle te quiero, cuánto te quiero, Juan Carlos, y después regresar paseando bajo la lluvia hasta nuestra habitación y desnudarle y hacerle el amor en esa cama con dosel, una cama majestuosa, digna de un rey y no del mendigo en el que yo convertí a Juan Carlos, un mendigo que imploraba mi amor por las calles de París, quiéreme un poco, Ana, por favor, no te enfades ahora, no te enfades otra vez, Ana, por favor te lo pido, que llevo meses soñando con este viaje; ni era capaz de pensar que, algún día, el olor del Juan Carlos de los veintidós años, ese olor intenso, a sudor y a sexo de la piel dormida después de hacer el amor, sería el que más añoraría en el mundo, ni que el hueco entre su cuello y su hombro sería mi mejor lugar, el lugar en el que no importa quedarse muerta, que me muera ahora, ahora mismo, que no amanezca, qué más da, ya estoy en mi sitio, yo no sabía que sería el mismo hueco, el mismo lugar que aquel fin de año en Cuenca me parecía incómodo, ese del que me apartaba porque no me gustaba cómo olía Juan Carlos, ese Juan Carlos que tantas noches, tantas, no ha estado a mi lado para darme su olor, ese Juan Carlos a quien no supe amar entonces, al que despreciaba por previsible, por monótono, por quererme tanto. Yo no sabía que llenaría una libreta con su nombre. Que ese mismo Juan Carlos sería el amor de mi vida cuando ya fuera imposible.

Yo no lo sabía. Qué iba yo a saber.

Al principio, cuando no pensaba nunca en Cristina, no sabía que el suyo acabaría siendo el único pensamiento que tendría en la cabeza cuando Juan Carlos dejase algún espacio libre para el resto del mundo. Todo perdió importancia. Abandoné la

costumbre de ver a mis amigos, con la excepción de Amparo y Silvana, que todo lo entendían y todo lo justificaban; me olvidé de mi familia y descuidé mi trabajo, aunque tampoco es que antes me hubiera importado mucho.

Empecé a trabajar en la tienda de Amelia Madrid por llevarle la contraria a mi madre, que no tenía otro sueño que su hija estudiase, que fuese una mujer de provecho, libre, que no dependiese de un hombre para que le administrase el dinero todas las semanas, y que los viernes a mediodía, entre el postre y el café manchado con un poco de leche, la obligase a justificar los gastos en todas las compras. En todas. Ciento veintidós pesetas en ultramarinos, cuatrocientas seis en carnicería, setenta y ocho en la frutería, ciento ocho en la pescadería. No es que mi padre fuese mala persona: es que tuvo una infancia marcada por el hambre y siempre temió que las cosas pudieran ponerse otra vez feas, como decía él, porque nunca dijo guerra, ni dictadura, ni miedo, ni dolor, sólo eso, cosas feas, «Ana, tú no sabes las cosas feas que he tenido que ver yo». Y yo le creía, porque cuando lo decía se le llenaban los ojos de lágrimas y me abrazaba muy fuerte, como si de verdad sintiese terror por esos recuerdos y porque le veía incapaz de decir una mentira. Era como un niño grande que dividía la vida en grandes conceptos: bueno frente a malo, feo frente a bonito, alegre frente a triste, barato frente a caro. Nunca fue al banco. Guardaba lo que ganaba debajo de una baldosa cubierta por una alfombra con un león tumbado plácidamente a la sombra irreal de una palmera, con la secreta esperanza de que su fiereza animal espantase cualquier peligro sobre nuestros ahorros. Era barrendero y casi todas las madrugadas volvía a casa con cachivaches que rescataba de la basura. «Esto es por si pasa algo», decía. Y si hubiera pasado, algo, cualquier cosa, hubiésemos sido la envidia de los vecinos, pero como nunca pasaba nada, éramos nosotros los que envidiábamos a los demás: yo me moría de rabia cada vez que cualquier niña que no fuese Amparo o Silvana estrenaba un vestido, o una cartera, o el forro de un libro, o un juguete, o llevaban un bocadillo que no fuera de pan con aceite y sal para almorzar en el recreo. Cabronas, pensaba.

No sabía lo que era cabronas, pero mi madre siempre decía «trabajo como una cabrona y no tengo nada», o «me esfuerzo como una cabrona en balde» o «no soy más que una cabrona» y a mí me parecía que ser una cabrona era lo peor que te podía tocar ser en este mundo, así que las miraba y pensaba «cabronas, cabronas todas menos Amparo y Silvana», porque las quería como si fueran de mi familia, y porque sabía que siempre deslizaban en mi pan un trozo de chorizo o de mortadela con aceitunas o de queso de bola o de lo que fuera, y porque de vez en cuando me metían en la mochila una camisa que decían que era vieja pero que yo sabía que no era verdad, y porque me querían de todas formas, aunque ellas y yo supiésemos que los demás padres del mundo no tenían escondidos mendrugos de pan duro debajo de la cabecera, ni enterraban jamón envasado al vacío en la maceta de la buganvilla, ni latas de sardinas en escabeche en la de las margaritas. «Mi padre no lo hace, pero mi abuelo sí». «Es verdad, un tío mío también me parece que tiene esa misma manía,

bueno, manía no, no te enfades, hija, no me mires así, esa costumbre». Mentían. Claro. Por eso las quería tanto. Por eso, y porque no parecían extrañarse de que mi padre pareciese menos listo que los otros padres. «Tu padre es un poco raro, pero mejor uno que esté un poco loco que otro que se va y no vuelve», decía Amparo, y tenía razón, porque mi padre salía de casa cada noche, a las diez menos cuarto oliendo a jabón de lavar, y regresaba a tiempo para llevarme al colegio, con su uniforme apestando a demonios, un día a pescado podrido, otro a gato muerto. «Ya voy sola, si soy mayor», protestaba yo. «Deja, deja, si a mí me gusta acompañarte», me contestaba. Era un buen padre, uno de esos que siempre estaba dispuesto a jugar con su hija aunque se cansara enseguida, de los que insistía en ayudarla a hacer los deberes aunque no fuera capaz de explicarse por qué nos hacían sufrir innecesariamente obligándonos a resolver problemas para que un tren de mercancías que iba a Murcia no chocase con el que llevaba doscientos pasajeros a Almería, ni para qué servían los complementos del verbo, ni se acordara nunca qué eran los números primos. «Prima soy yo, una prima de las buenas por cargar con este hombre», refunfuñaba mi madre desde la cocina, lo suficientemente bajo para disimular pero lo bastante fuerte para que no pudiéramos evitar oírla. Mi padre encogía los hombros y sonreía, porque dejando a un lado la obsesión por el dinero, por la comida y por cualquier cosa que pudiera lastimarme, no era un mal hombre. Y mi madre tampoco era una mala mujer, lo que pasa es que no estaba contenta con esa mala suerte que se materializaba una vez por semana, «hay que ver, Manuela, cada día gastas más, que no hace falta que comamos pescado todos los viernes, que a mí la cuaresma me toca los cojones». Y mi madre se mordía los puños en la cocina para no estampárselos en la cara a su marido y maldecía la hora en la que se había casado con él, porque estaba cansada de comprar los tomates a última hora para llevárselos a precio de saldo y de hacer la paella de los domingos con arroz de consumo animal porque era el más barato. Durante muchos años pensé que eso era normal. Que lo normal era llorar así, sin lágrimas, que lo normal era que los viernes fueran el día más humillante del mundo, que lo normal era que los matrimonios no se quisieran.

Mi madre era una mujer cabreada pero eso no le amargaba el carácter, como a la de Amparo o a la de Silvana. La mía se pasaba el día canturreando, aunque cualquiera que le hubiera prestado atención se hubiese dado cuenta de que si tarareaba «¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este?» no era porque fuese una madre moderna sino una pobre mujer aprisionada en una cocina demasiado pequeña, demasiado antigua, demasiado estrecha, como su vida entera. Mi madre quería que yo no fuera como ella, que no me pasaran las cosas que le habían pasado a ella, que no me casara con el tonto del pueblo, que no me despertase a media noche para beber agua, para mear y para preguntarme qué coño hacía durmiendo al lado de un hombre con el que no tenía nada que ver, por eso fue la única que se alegró cuando rompí con Juan Carlos.

—Tú a ese hombre te lo comías con patatas, hija, nunca te hubiera hecho feliz —

sentenció, como si la certeza de su pasado le otorgase alguna clarividencia sobre mi futuro; de hecho, mi madre estaba segura de que ningún hombre me daría la felicidad —. La felicidad te la darás tú misma siendo tu dueña, sin depender de nadie, pero para eso tienes que estudiar —insistía—. Tú eres muy lista, me lo apruebas todo, lo captas todo enseguida, y no como yo, que lo único que sé hacer bien es sisarle la cuenta a tu padre.

No era lo único que hacía bien, pero la verdad es que era lo que mejor le salía. Iba siempre hecha un primor: todos los jueves, peluquería; una vez al mes, manicura; en mayo se arreglaba los pies para lucir las sandalias y, antes de que llegara el calor, Amelia Madrid le diseñaba un vestido nuevo que le disimulaba los defectos y le resaltaba el escote, sin que mi padre se diera cuenta ni del engaño ni de lo guapa que se ponía mi madre. Siempre me llevaba con ella a encargarse del traje a pesar de mis protestas, porque a mí me parecía un martirio esperar a que le tomaran medidas de la vida y de las caderas para comprobar el ritmo vertiginoso con el que aumentaban el tamaño de la miseria y de las cartucheras, qué tal el marido, *psa*, y la hija, cómo va, ahí la tiene, cómo crecen, ya ve, *psa*, ya le digo, nos hacen viejas, *vaya, vaya* que sí, no le hace un traje, pues no, para qué, es verdad, los jóvenes no aprecian lo hecho a mano, *uy, qué va*, ellos prefieren ir todos iguales, eso, iguales. Hasta que un día Amelia Madrid nos recibió sola en la tienda.

—¿Y Rosa?

—Se ha jubilado.

—¿Ella? Pero si era una chiquilla...

—Sí, una chiquilla de cincuenta y siete años. El que se ha jubilado es el marido y han decidido irse a vivir a Benidorm.

Amelia y mi madre pusieron la misma cara.

—Cómo son los hombres: ellos deciden y nosotras a hacer lo que les dé la gana. No sabes qué suerte tienes de no aguantar a nadie, Amelia, te lo digo de verdad. No hay nada que admire más que a una mujer independiente, como tú.

—Ay, si yo te contara... Pero me alegro por Rosa. En Benidorm va a estar de lo más bien, y yo, la verdad, ya estaba un poco harta de ella, era demasiado indiscreta —me miró—. ¿Tú trabajas, bonita?

—¡Quita, quita! Ella estudia, que yo quiero que sea una mujer de provecho, y no como yo. Estudia —recalcó—. Y es muy joven, sólo tiene dieciséis años.

—El caso es que yo estoy pensando en contratar a chicas como ella, para darle juventud a la tienda. Puede seguir estudiando, de todas formas. Puede venir por la mañana y estudiar por las tardes, en nocturno, como hacen otras. Es una buena oportunidad de ganar dinero. ¿No dices que admiras mi independencia económica? Pues déjala que trabaje conmigo, mujer.

—Ni lo sueñes: tiene que estudiar. Y es mi última palabra.

Pero las últimas palabras de mi madre eran como las mías: nunca eran las últimas de verdad.

¿Cuántas veces le habré dicho a Juan Carlos mis últimas palabras? ¿Cuántas veces? ¿Cuántos «ya no puedo más»? ¿Cuántos «tenemos que dejar lo nuestro»? Amparo dice que tantas, tantas veces, tantas últimas palabras, que han terminado jugando en mi contra. «Juan Carlos se lo toma como otra pataleta tuya, ni se le pasa por la cabeza que le vayas a dejar». Puede que tenga razón, que siempre haya tenido razón, que Juan Carlos, por más que me haya querido, no pudiera evitar darse cuenta de que al cabo de los años la tortilla había girado, que él era el amado y yo era la amante, en todos los sentidos de la palabra. La amante que le robaba el marido a otra, la puta, la mala mujer, pero también la amante que da la misma vida por un hombre, la amante que llora, la amante que espera, la amante que perdona. Puede que Amparo tuviera razón y que Juan Carlos siempre haya sabido que todo el tiempo del mundo era suyo, todo para tomar una decisión que eternamente parecía a punto de llegar pero que eternamente se retrasaba en el último momento. Puede que Amparo fuese la única que intuyera que una relación construida a base de tantos *últimos momentos*, de tantas últimas palabras, no podía salir bien.

—¿Sabes que sólo el uno por ciento de los maridos infieles se separa de sus mujeres? —me dijo una noche—. El debate del programa de hoy ha sido sobre eso. Imagínate. Casi me da algo cuando he visto a Soledad tan campante opinando del tema, dando consejos a las demás, cuando ella misma es una cornuda de tomo y lomo.

—Pues no tiene gracia, la verdad.

—No. La verdad es que no tiene gracia. Pero es que si no me río me voy a poner a llorar. Mientras la veía, tan segura, tan en su papel de presentadora y de esposa, me he acordado de ti.

—Cristina no se parece en nada a Soledad.

—No es por eso. Es que he pensado que, aunque Vicente sea peor que cualquiera de esos noventa y nueve que se quedan con su mujer porque nunca ha tenido intención de dejarla, aunque casi ningún hombre se atreva a dar el paso y espere a que sea su mujer la que le ponga las maletas en la calle, tú tienes suerte: Juan Carlos tiene pinta de ser el único de los buenos.

—¿Tú crees?

—Estoy segura. Juan Carlos está loco por ti, sólo que le cuesta encontrar la fuerza para dejar a Cristina.

—¿Por qué tiene que costarles tanto? ¿No es peor engañar a sus mujeres que separarse de ellas?

—Las cosas no son tan sencillas, Ana.

—¿Crees que tiene dudas, que no está seguro?

—No, lo que pasa es que todo no es blanco o negro.

—Por desgracia...

—Sí, por desgracia. Pero para ti tampoco es así. Desde fuera, vuestra relación

podría verse con muchos matices. Cualquiera que te viera sufrir de esta manera por amor, entregarte así a Juan Carlos, podría preguntarse si no tienes lo que mereces, si no es justo que ahora estés pagando por el daño que le hiciste cuando le rechazaste, si no te habrás enamorado de él ahora que ya no te pertenece como cuando erais unos críos, si no serás una buscadora de sensaciones, como diría Carmina.

—Eso no es así y tú lo sabes.

—Claro que lo sé. Claro que sé que, en realidad, ninguno de los dos sois los mismos, que han pasado un montón de cosas desde entonces, que todas tus relaciones han sido normales, con hombres normales que no te han hecho sufrir, y que lo que ha pasado, sencillamente, es que Juan Carlos y tú habéis madurado y os habéis enamorado. ¿Verdad que todo no es blanco o negro? —Negué con la cabeza—. Desde fuera, también podría pensarse que Juan Carlos es un cobarde y un cínico, ¿no? —Asentí—. Tú misma a veces lo piensas. Acabas de decir que es peor engañar a su mujer que separarse de ella, ¿no? —Asentí, de nuevo—. Y sin embargo, esa no es la realidad de Juan Carlos. La realidad que él ve es la de un buen hombre que seguramente no ha hecho daño a nadie y que ahora está metido en la peor situación que se hubiera imaginado nunca, pero ¿cómo resistirse a recuperar al amor de su vida, a la misma que le dejó hecho polvo y que ahora le quiere como nadie parece haber amado a otra persona nunca? Lo que Juan Carlos está haciendo es buscar el mejor modo de hacer las cosas. ¿Que se equivoca? Seguramente. Yo también creo que es mejor decir las cosas a la cara que engañar, pero nadie toma la decisión equivocada aposta. Quiero decir que, desde su punto de vista, él está haciendo lo mejor para los tres. Él también lo está pasando mal, porque no es igual que Vicente; el problema de Juan Carlos es que se preocupa por hacer el menor daño posible a todas las personas implicadas en esto, aunque se confunda, y el problema de Vicente es que todos le queremos más a él y él se deja querer por todos —se rio.

—¿Tú crees que Vicente no dejará a Soledad?

—¿Que si lo creo? —volvió a reírse, con tristeza—. No me cabe la menor duda. Es más: él me lo deja claro continuamente, por si se me olvida. Pero Juan Carlos no es así. Él terminará dejando a Cristina para estar contigo cuando menos te lo esperes.

En eso Amparo estaba de acuerdo con Juan Carlos. «Todo se arreglará pronto», me decía. «Estas cosas pasan de un día para otro, cuando menos te lo esperas». Pero de un día para otro lo único que pasaban eran desgracias. Desde que empezó lo nuestro fue como si Cristina tuviese imán para las calamidades: sufrió un accidente de tráfico, se cayó y se rompió una pierna, se murió su madre, le detectaron un quiste en un ovario, cayó en depresión. «Así no la puedo dejar», me decía. «Ahora me necesita más que nunca», me decía. «No puedo ser tan hijo de puta», me decía.

Y después de decirme eso, me decía que me quería, que me quería, que me quería tanto que buscaría un hueco para verme cuando saliese del apartamento en el que se encerraba para escribir esa novela que nunca lograba acabar, y cuando venía a mi casa me besaba como si le diera rabia y me llevaba a la cama y me pegaba un polvo

casi siempre urgente; otras veces, no. Otras veces se tumbaba a mi lado, no se quitaba la ropa ni los zapatos, como si estuviera a punto de salir corriendo, pero me miraba como si de verdad me quisiera, como si todo valiese la pena a cambio de ese momento. Y después se marchaba con mi vida pegada en la ropa contra la que me había apretado en el último abrazo, y cuando llegaba a su casa besaba a Cristina en la frente, «¿cómo estás, cariño?», y justificaba su mala cara, su mal humor, su mal carácter con excusas absurdas, «la novela, que se me atasca»; «el taxista, que no me dio bien el cambio»; «la ciudad, que está insoportable» y la abrazaba con los mismos brazos que me habían rodeado a mí unos minutos antes, y la recostaba en el mismo pecho, y le hablaba con la misma boca.

—¿Me quieres? —le preguntaba Cristina con los ojos llorosos.

Y Juan Carlos se tragaba las palabras, porque tampoco ese era un buen momento.

—Sí.

—¿Pero me quieres, o me amas?

—¿Otra vez con lo mismo, Cristina?

—Sí, otra vez, otra vez, otra vez y todas las veces que hagan falta hasta que me respondas la verdad.

Ella lloraba.

—Ya está bien. Me agotas. ¿De cuántas formas crees que se puede querer a alguien? Te quiero, y punto.

—Pero yo necesito que me ames como antes, porque si no me amas, lo mejor es que nos separemos de una vez. No puedo soportar que estés conmigo por lástima.

La abrazaba más fuerte, en silencio, y le acariciaba el pelo con la mano. Eso podía hacerlo, pero no podía dejarla. Dejarla era inhumano cuando podía calmarla, aunque mientras cerraba los ojos me recordase y se preguntase qué estaría haciendo yo, en quién pensaría, si saldría o si me quedaría en casa, si ya habría dejado de llorar; podía abrazar a su mujer con fuerza y fingir que la quería, y podía hacerle creer que todo eran imaginaciones suyas, que no había nadie más, que todo estaba bien, que tenía que recuperarse, que animarse, que salir adelante. Podía hacerlo. Eso le hacía sentir mejor, mejor que decirle que se acostaba con otra, que estaba enamorado de otra, que se pasaba el día recordando a otra. Era mejor para ella, era por su bien.

Esos fueron los peores primeros momentos, porque después vinieron más, más peores momentos. Pero aquellas primeras dudas fueron las peores. ¿Quién era ese hombre del que me había enamorado? ¿Un mentiroso? ¿Un cobarde? ¿Quién era ese hombre por el que había acelerado la decisión de irme de casa de mis padres cuando el sueldo no me daba para llegar a fin de mes? ¿Quién era?

¿Por quién me había abandonado de esa manera? ¿Quién era ese, el único para el que me arreglaba, para el que me depilaba, para el que me duchaba, para el que vivía? ¿Y si era verdad? ¿Y si no le conocía? Porque hasta esos primeros momentos, yo había pensado que Juan Carlos era un hombre distinto, un hombre mejor, un hombre

valiente atrapado en una situación de la que no era fácil salir. Pobre Juan Carlos. Pobre Juan Carlos condenado a vivir una mentira, a mirarla a la cara sabiendo lo que sabía.

—¿Crees que esto me hace feliz? ¿Crees que eres tú la única que sufre?

—Creo lo que veo y lo que oigo, y nunca te he visto llorar ni te he escuchado lamentarte por esto.

—¿Por eso crees que ni lloro ni me lamento? ¿Crees que encima debería confesarte a ti, justamente, mis sentimientos? ¿Debería contarte que me siento un mierda, un fraude, un mentiroso, un cabrón? ¿Debería llorar en tu hombro la tristeza que me causa engañar a mi mujer, o la pena que me mata por hacerte a ti todo este daño? ¿Crees que no tengo miedo de perderte, de que te canses, de que me dejes por otro, de que te desenamores de mí, o de que cuando estemos juntos vuelvas a dejarme, como ya me dejaste una vez? ¿Eso es lo que esperas que haga? ¿Pensarías entonces que soy un hombre mejor?

Pobre y honesto Juan Carlos, que al final siempre me hacía comprender que muchas veces la valentía es simplemente temeridad, egoísmo en estado puro, que el que pasa por valiente no es más que el que toma decisiones precipitadas, el que no le da ninguna importancia a los sentimientos de los demás. La cobardía, ay, la cobardía, en cambio, no es tan mala como puede parecer a simple vista.

Pero él no ha sido el único cobarde de nuestra relación. De hecho, nuestra cobardía no es más que otro de los puntos que tenemos en común. Amparo lo ha dicho siempre: «Alégrate, no hay nada que os separe. Los dos sois igual de cobardes». Y es verdad. Por pura cobardía, las mías nunca han sido las últimas palabras. Siempre había un libro que se le quedaba olvidado en mi casa, una historia que me contaban en la tienda que quizá le interesara para su novela, una excusa, un pretexto, la verdad: lo nuestro no puede terminar así, Juan Carlos, y así, nuestro punto final se convertía en punto y seguido una vez más.

El día que fui a buscar a Juan Carlos a aquella librería yo no lo sabía. No sabía que ese sería el primero de nuestros puntos seguidos, aunque de haberlo sabido es posible que no hubiera hecho nada por evitarlo. Entonces no sabía que Juan Carlos estaba casado. Saberlo tampoco me hubiera animado a no ir en su busca.

—¿Y si te vuelves a enamorar de él cuando le veas? —me preguntó Silvana.

—Sí, hombre... —Amparo se rio—. Sólo faltaba eso: tantos años con él sin estar enamorada y se enamora cuando ya no puede tenerle. Lo podemos escribir y tenemos una telenovela de éxito.

—De todas formas ahora no estamos hablando de eso. Es sólo que ha pasado un montón de tiempo sin saber de él, y ahora... ahí le tenéis. —Les mostré de nuevo el periódico con su entrevista.

—Qué guapo está, parece más un actor que un escritor.

—La verdad es que sí. Es como si estuviera más hombre.

—Amparo tiene razón: está tan más hombre que seguro que ya tiene alguna mujer esperándole en casita.

—¡Habló la esposa! ¿Qué tendrá eso que ver? —Amparo zarandeó a Silvana—. Ana ya ha dejado claro que no tiene ninguna intención sexual con su exnovio. Tú no puedes saberlo porque sólo has tenido un novio, pero un ex es como una enfermedad contra la que te has vacunado: conoces sus efectos y estás inmune.

—Además, aunque tuviera novia o mujer y yo me enrollara con él tampoco pasaría nada.

Planeamos mi encuentro con Juan Carlos en el restaurante chino en el que en teoría nos encontrábamos cuando sucedía algo verdaderamente grave pero al que acudíamos un par de veces por semana, casi siempre porque Amparo se había peleado con Vicente, porque Amparo estaba harta de Vicente o porque Amparo no soportaba ni un día más su relación con Vicente. La comida era buena, apenas había gente y estaba cerca de Isadora Duncan. Silvana y yo llegábamos juntas después de que ella dejase en el colegio a sus hijos y allí nos reuníamos con Amparo, casi siempre decidida a dejar a Vicente hasta que hacíamos chocar nuestras copas con licor de manzana y melocotón.

—Por nosotras —decíamos.

—Eso, por nosotras y por las que no valen ni para romper matrimonios.

Con el último trago, Amparo ya había olvidado que Vicente la había dejado plantada la noche anterior, que Vicente se marchaba a esquiar con su mujer o que Vicente le había dicho que nunca se separaría de Soledad, una vez más.

—¿Estoy guapa? —nos preguntaba—. ¿Sí? ¿De verdad? Pues me marcho corriendo, que Vicente estará a punto de llegar al despacho.

Se levantaba deprisa y nos daba la espalda para marcharse. A veces miraba las cortinas que cubrían las ventanas del restaurante, rojas, bordadas con hilos que simulaban los de plata y oro de los brocados.

—Son como yo —decía, y sonreía—. Parecen buenas, pero no son más que un engaño.

A veces, para variar, nos reuníamos allí para comentar que el hijo mayor de Silvana había suspendido cinco asignaturas, que Ramón llevaba varios días sin querer hacer el amor con ella, que mi jefa se resistía a subirme el sueldo o que mi exnovio había reaparecido después de un lustro sin saber nada de él.

—¿Verdad que no pasaría nada? —repetí mientras Amparo partía por la mitad su rollito y Silvana se servía con desgana una cucharada más de fideos de arroz—. Una de mis mejores amigas tiene un lío con un hombre casado, y la otra es una mujer casada: para mí es tan normal caer en un lado como en el otro. Soy como esos pobres niños que viven en barrios marginales y que igual salen ladrones que policías.

—Claro que no pasaría nada, es lo más normal del mundo: hoy en día la mayoría de los hombres casados tienen una amante. Está demostrado estadísticamente —

contestó Amparo.

—No creo que tú estés capacitada para hablar de normalidad en las relaciones por más estadísticas que domines.

Las tres nos reímos.

—Es verdad. Si puedes elegir, es mejor que caigas del lado de Silvana. Puedo asegurar que ella duerme todas las noches al lado de un hombre que la acompaña a comprar los sábados por la tarde y le cambia las bombillas cada vez que se funden, Silvana vive una vida mejor, qué duda cabe —bromeó.

—Ya os he dicho que no quiero nada con él, sólo saber que está bien, que la vida le va bien. Sólo quiero eso.

Y era cierto. No quería nada más que eso. Pero a veces la vida nos da mucho más de lo que deseamos, y al principio nos alegramos, torpemente, porque no nos damos cuenta de que lo que nos entrega no es más que un regalo envenenado.

También fue allí donde nos reunimos cuando Vicente dejó a Amparo. Nunca la había visto así, tan desvalida, tan derrotada. No había ido a trabajar ni tampoco había dormido. Vestía con descuido unos vaqueros y una camiseta de manga corta, arrugada, con la que probablemente había pasado la noche dando vueltas en la cama o en el sofá.

No quiso que la consolásemos. Amparo quería ser fuerte, quería ser paciente, quería esperar, quería creer que eso no sería más que un paréntesis, que la última palabra aún no se había dicho y que sería ella misma quien la dijera cuando Vicente volviera a buscarla, atormentado por el desastre de vivir sin ella.

—Ojalá a ti nunca te pase algo así —me dijo.

Y con esa frase, Amparo abrió mi caja de Pandora y trajo a mi vida los otros peores momentos, porque por alguna razón que escapaba a toda lógica, yo había pasado años negándome a ver la realidad: Juan Carlos podía dejarme. Hasta ese momento, vivía con la firme convicción de que si nuestra relación terminaba sería por mí, porque yo no podría más, porque me cansaría, porque conocería a otro. Estaba segura de que el amor de Juan Carlos era firme, sólido, eterno. Creía que una persona que se había pasado la vida amándome tenía que amarme para siempre jamás. Cristina no era más que la decisión desesperada de un hombre desesperado que lo da todo por perdido. Hubiera apostado mi vida: en caso de tener que escoger, sería a mí a quien eligiese porque era a mí a quien amaba. Y además, había diseñado mi plan con mente fría de estrategia: nunca un reproche, ni una mala cara, ni una lágrima, ni una duda. Eso se lo dejaba a Cristina para que a mi lado Juan Carlos no tuviese más que alegrías.

—Te envidio: eso no he sido capaz de hacerlo ni yo... Las broncas que yo tengo con Vicente son tremendas. Bueno, las que he tenido. Ya no estamos juntos, tengo que acostumbrarme. —Amparo sonrió tristemente—. Soy muy idiota, no me extraña

que al final se haya quedado con su mujer.

—En primer lugar, lo tuyo no ha acabado aún. ¿Cuántas veces habéis roto tú y Vicente? Yo lo veo así: esto es una carrera de fondo, la que aguanta gana.

—Pero tienes que tener claro qué es lo que vas a ganar. —Silvana dijo esto sin mirarnos a ninguna de las dos.

—¿Cómo que qué vamos a ganar? La felicidad.

—¿La felicidad? ¿De verdad crees que la felicidad te la va a dar una persona que te hace daño? ¿Crees que para ser feliz hace falta estar obsesionada, o dejarlo todo de lado, o sufrir como si fueras una heroína de folletín?

—Parece mentira que nos digas eso a estas alturas —le contesté, enfadada.

—Yo sólo digo que a veces ganar y perder no es lo que pensamos. Las cosas que pasan en la vida hay que verlas con perspectiva. Amparo lleva más de cinco años con Vicente, puteada a más no poder, perdiéndose un montón de cosas bonitas. Ya sé que os parece que mi vida es muy aburrida, que creéis que es muy triste quedarte dormida a mitad de un polvo. Y es verdad: es mucho más emocionante vivir pendiente del teléfono, aprovechar hasta el último segundo, estar siempre subida en un tobogán de sensaciones, todo es maravilloso, todo es una mierda. Pero, ¿sabéis qué?, puede que mi aburrida vida sea mucho mejor que tener a alguien que te deja tirada a la primera de cambio. Aparentemente, Amparo ha ganado todos estos años, ¿no? Todos estos años que Vicente seguía con ella, y sin embargo, su victoria era una mentira porque él nunca tuvo intención de dejar a su mujer. Para Vicente tú no eras más que un entretenimiento.

—Gracias, Silvana, haces que me sienta mucho mejor —Amparo sonrió, a pesar de todo.

—Recuerda que estás de nuestro lado, no del de ellas —traté de bromear.

—No hablo como mujer casada, sino como vuestra amiga, y por eso te digo que no ganabas más que las sobras de otra. Y ahora, parece que has perdido...

—No lo parece: he perdido.

—Parece que has perdido —insistió Silvana—, y parece que Soledad ha vencido, pero lo que ha ganado es un marido que se queda con ella porque la ha dejado preñada, que la ha tenido engañada toda su vida, y que en cuanto se descuide le estará poniendo los cuernos con la primera que le ponga un buen par de tetas delante. En cambio tú te has quitado de encima a un cobarde, a un mentiroso, a un manipulador, a un hombre que no estaba a tu altura, que en todos estos años no ha hecho nada más que hacerte infeliz y que no llevaba camino de hacer otra cosa por ti, por más que follase como nadie, algo que dudo, fíjate lo que te digo, porque era tan egoísta que seguramente sólo se preocuparía de su propio orgasmo. Lo que más deseo en este momento, Amparo, es que Vicente nunca vuelva contigo.

Amparo se puso a llorar.

—No llores... —le pedí.

—¿Por qué no? Déjala, que llore —dijo Silvana—. Llorar no es malo. No pasa

nada por llorar —insistió—. Al principio llorarás todo el tiempo; después llorarás un rato cada día, por las noches, seguramente. Luego, cada vez que veas algo que te lo recuerde, o de repente, sin más ni más; pero un día al acostarte te darás cuenta de que no has pensado en él, de que ya no le echas de menos, y da igual si ese día tarda diez años en llegar.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le pregunté.

—¿Es que tú no te das cuenta? ¿No te das cuenta de los años que llevamos así, igual, detenidas en el tiempo? Ya no somos tres adolescentes. Vicente siempre se ha portado como un cabrón, como un cobarde, con alguien demasiado gilipollas como para que sigamos bailándole el agua. Joder, ¡si ha dejado preñada a su mujer! Esto no podría ser más patético.

—Ahora nos parece que Vicente es un cobarde, pero ¿y si hubiera dejado a Soledad? —dijo Amparo—. El pasado sería el mismo, las putadas estarían ahí, el sufrimiento estaría ahí, pero pensaríamos que Vicente es un hombre cojonudo.

—A mí me seguiría pareciendo un cabrón porque nunca te ha tratado bien. Y tú —me miró— no dudes ni por un momento que Juan Carlos te quiere con locura, pero tampoco pienso que vaya a dejar a Cristina.

—No deberíamos volver a pedir esta comida nunca más... Seguro que es el menú familia feliz o algo así —bromeé, sin que me hicieran caso.

—¿Eso es lo que piensas de verdad? —Amparo había dejado de llorar. Silvana asintió—. ¿Por qué nos has apoyado entonces todo este tiempo? Nunca nos has dicho «no hagáis esto» o «no os metáis en este lío». Siempre has justificado todo lo que hacíamos, nos has aconsejado que tuviésemos paciencia, nos has animado a seguir adelante para conseguirlo, nos has dicho que no actuábamos mal porque al fin y al cabo estábamos enamoradas... Y hoy mismo, parecía que ibas a consolarme, has intentado abrazarme, y resulta que no dices más que cosas que hacen que me sienta peor.

Silvana guardó silencio unos segundos.

—Antes creía lo que os decía; creía de verdad que saldría bien, que todo saldría bien porque vosotras os merecíaís que las cosas os fueran bien —suspiró—. Pero ahora es como si todas las piezas encajaran: lo que no os merecéís es estar con unos hombres para los que no sois lo más importante y que os hacen dudar de vosotras mismas continuamente. Eso no os lo merecéís vosotras, ni tampoco se lo merecen sus mujeres. No soporto veros sufrir, pero también me da pena pensar en ellas. Pienso que hay personas por las que nadie siente amor verdadero y ellos no se merecen que les quieran como les quieren dos mujeres. Me parece muy injusto.

—¿Va todo bien con Ramón?

Se encogió de hombros.

—Yo ya no mido mi vida con Ramón en términos de bien o mal, ya sé que esto también es patético. No soy la más indicada para decir nada de lo que estoy diciendo, ya lo sé, mi vida es más penosa que la vuestra. Ya ni me acuerdo la última vez que

Ramón y yo hicimos el amor —rio—. Por eso al principio lo vuestro me parecía tan divertido, como si fuera un juego, pero la verdad es que en esta mierda todo el mundo sale perdiendo, y lo peor es que no hemos querido darnos cuenta de nada.

—No creo que hoy sea el mejor día para hablar de esto y mucho menos en estos términos —dije— Amparo está hecha polvo, no necesita argumentos para hundirse más todavía, sino dos amigas que la ayuden a sentirse mejor.

—Pero todo lo que dice Silvana es verdad —protestó Amparo—. No somos más que dos gilipollas, tú y yo y también Soledad y Cristina. Cuatro gilipollas colgadas de dos hijos de puta. Menuda juerga podíamos montar.

—¿Verdad? ¿Qué es la verdad? ¿Quién dice lo que es verdad y lo que no? Porque la verdad también puede ser que Soledad se ha quedado embarazada adrede para retener a su marido, al más puro estilo de su programa. O puede que se lo haya inventado, mira lo que te digo. La verdad también podría ser que Vicente no sea un cobarde, sino un hombre presionado que no sabe qué camino escoger. Puede que ellas no sean tan tontas, pero también puede ser verdad que no sean tan santas: las dos saben que sus maridos no las aman, y ahí están, aguantando carros y carretas para salvar una relación que, la verdad, también es una mierda. Nosotras, al menos, seguimos en esto porque sabemos que nos quieren. Ellas no son mejores que nosotras.

—Ni peores, Ana —respondió Silvana.

—Es posible. Pero no me pidas que sienta compasión por Cristina o por Soledad, y menos hoy.

—No te pido nada. Sólo te digo que...

La detuve con un gesto.

—No me digas nada.

Silvana me miró, ofendida. Amparo hundió sus ojos en los restos de comida que manchaban el mantel.

Terminamos la comida en silencio. Nos despedimos en silencio.

El silencio, a veces, es un aliado. La gente suele pensar que es un enemigo, que cuando callamos más de lo que decimos estamos en peligro, que las relaciones han de basarse en la confianza y que la confianza se manifiesta sólo con las palabras. Te quiero, te creo, te necesito. Que la sinceridad es una virtud. Eso piensan. Están en un error. No siempre hablar es bueno. No siempre callar es malo. No todo lo que se dice es siempre verdad. No todo lo que se escucha hace siempre bien. Pasa lo mismo con el silencio que con la sinceridad: queremos controlarlo todo, queremos que nos digan la verdad, que no nos engañen, y no nos damos cuenta de que casi siempre es peor conocer que ignorar.

Por eso nunca quise saber nada de Cristina. No existía. Sólo era una palabra, ocho letras que nunca ocuparon ningún renglón en ninguna de mis libretas. No era mi

enemiga, ni un fantasma, ni una pesadilla: no era nada para mí. No era nada porque de otra forma no hubiera podido soportar ni un segundo la ausencia de Juan Carlos cuando me despertaba a media noche y me echaba a llorar de desesperación porque me había dejado en sueños, o porque también ese mes tendría que pedir dinero prestado para pagar el piso que había alquilado única y exclusivamente para que él y yo tuviésemos un lugar en el que vernos, para comprarme esos vaqueros que tan buen culo me hacían en el probador, para tener la despensa llena de cosas ricas, por si él quería abrirla cualquier tarde, después de hacer el amor. Porque a Juan Carlos, después de hacer el amor, se le llenaba la boca de sabores peregrinos, torta del casar, *confit* de pato, bombones de azafrán, pan de Cádiz, licor de ratafía para los dulces, vinos de malvasía para lo demás.

—Qué bien me cuidas —me decía con la boca llena.

Y me reía, orgullosa.

—En esta casa sólo encontrarás lo mejor de lo mejor —le respondía yo.

Sólo podía pensar que era verdad, que en esta casa, Juan Carlos, que en esta cama, Juan Carlos, sólo encontrarás lo mejor de lo mejor así que quédate, quédate un poco más, quédate y no te vayas hoy, no te vayas más, no te vayas nunca. Me daba cuenta de que también ese día se iría, pero sabía que en ese momento estaba ahí, que no era mío pero que era de mí, ahí estaba, tan cerca que si quería extender la mano podía tocarle, y la extendía y le tocaba, le acariciaba el hombro y era tan feliz por ese simple contacto que me sentía absolutamente idiota, aunque no podía evitar que el pecho me doliese, ni que me entrasen tantas ganas de llorar que no podía ni hablar ni tragar saliva. A veces, él lo notaba. «¿Te has puesto triste?», me preguntaba. Pero yo nunca le decía la verdad, nunca le decía lo que pensaba, nunca era sincera con él. Y sin embargo, le amaba. Lo que son las cosas.

Entonces, cuando las tardes se acumulaban sin que él llegase, o cuando por más que quisiera quedarse un rato más, una hora más, una vida entera, tenía que marcharse volando porque había venido a verme en el único minuto que había tenido libre en el día, sesenta segundos que parecían no valer nada pero que eran suficientes para cruzar la ciudad, llegar a mi casa, meter la llave en la cerradura y después metérmela a mí casi sin hablar, deprisa y corriendo en el sofá. Y yo, que me había pasado la tarde entera sin salir, por si aparecía, no era capaz de reprocharle aquella prisa, aquellas excusas: un trabajo de última hora, un editor que venía a cenar para ver cómo llevaba el libro, un compromiso en cualquier caso ineludible. No era capaz de decirle que había dejado plantada a mi madre que quería que la acompañase para ir al médico, que había mentido a Amelia cuando me había pedido que me quedase unas horas más porque era preciso hacer inventario, que tenía tanta prisa que me había dejado a medias y que antes de que él hubiese salido por la puerta yo tendría que masturbarme y seguramente lloraría mientras lo hacía porque echaría de menos su mano, ay, su mano, su boca, su cuerpo que se iba del mío de aquella manera tan perversa. Tampoco le decía que con todas las cosas que bullían en mi cabeza él

podría sacar adelante esa novela que se le resistía, pero que todas las cosas que bullían en mi cabeza no iban a gustarle porque mi silencio disfrazaba mi angustia, mi miedo, mi cansancio, mi resentimiento. Por eso, cuando él me decía que con nuestra historia se podría escribir un libro yo le retaba: «escríbelo».

—Ahora no —me contestaba—. Lo escribiré cuando todo se arregle, para que tenga el final feliz que te mereces.

—Y ¿cuándo podré leerlo?

—Pronto.

Eso me decía: pronto. Y se marchaba con la sonrisa satisfecha en la cara, porque no sabía que el tiempo no era el mismo para él y para mí: para él era una suma y para mí una resta, cada vez menos amor, cada vez menos paciencia. Ni que vivía en perpetua esquizofrenia, porque le quería tanto como le odiaba, eso tampoco lo sabía, ni que lamentaba el día en que me había encontrado con él, ni que le culpaba de haberme jodido la vida, a mí y a Cristina, a las dos, cuánta razón tenía Silvana, cabrón, hijo de puta, cobarde, que no se merecía que hubiera dos mujeres como nosotras amándole así habiendo como había en este mundo tantas personas que no conocían el amor; ni que eran tantas las veces que estaba tentada de llamarla para susurrarle desde el otro lado del teléfono «tu marido te engaña», sólo para que le echara de casa y poder rechazarle cuando volviese a la mía, hundido, con el rabo entre las piernas; ni que fantaseaba con la idea de dejarle. Eso tampoco lo sabía. Juan Carlos sólo sabía que le bastaba con marcar mi número y decir que venía para que yo ya estuviera, para que le perdonara, para que creyera sus palabras, para que siguiera guardando las mías.

—Eres peor que su mujer —me dijo Amparo una de las veces que tuve que pedirle dinero para llegar a fin de mes—. No vives nada más que para eso, para complacerle. Y menos mal que me hiciste caso y te alquilaste aquí el piso, y no en Valencia, como él quería.

—Pero él quería por el bien de los dos, para que estuviésemos más tranquilos —le defendí.

—¿Sí? ¿No crees que él estaría mucho más tranquilo y tú mucho peor si tuvieses que pagar más por el alquiler y encima te gastases dinero en venir a trabajar en lugar de poder ir caminando, tranquilamente? ¿De verdad crees que él te aconsejaba eso por el bien de los dos?

—Perdona, pero que yo sepa la calle Bonaire no está en Pinelló.

—Efectivamente, está en pleno centro de Valencia. Pero, dime, ¿cuántas veces me has oído decir en mi vida que en cuanto pudiera me iría lo más lejos posible de mi madre?

—Muchas.

—Muchas, muchísimo tiempo antes de conocer a Vicente. ¿O no? —Dije que sí—. Pues entonces... ¿Crees que así elegirá quedarse contigo? ¿Para qué? Si a tu lado tiene lo mismo que le espera en su casa. ¿Por qué no le pones las cosas un poco más

difíciles? No sé... Quizá no perdería tanto tiempo si pensara que a la que puede perder es a ti. Hazme caso: mira cómo he acabado yo con Vicente.

—Pero es que yo hago lo que me apetece, él no me obliga a nada ni me pide nada. Lo hago porque quiero, porque lo que quiero es hacerle feliz... —protesté.

—¿Y qué pasa contigo? Mírate —me señaló—. Estás consumida.

—Yo soy feliz... bueno, relativamente feliz... Sé que Juan Carlos dejará a Cristina tarde o temprano. Sé que me quiere. Confío en él, ¿me entiendes? Esto es sólo cuestión de tiempo, de un poco más de tiempo y luego... todo saldrá bien.

—Mientes. Y lo peor es que eso no te lo crees ni tú.

No siempre era así. A veces, Juan Carlos me buscaba como buscando refugio y se abrazaba a mí como si lo hubiera encontrado, como si estuviera en casa, y me miraba de aquella manera, con aquella mirada de los quince años, entregada, generosa, enamorada, y me recitaba a sus autores favoritos, los García, el poeta Luis García Montero y Gabriel García Márquez, que sabía que tanto sufrimiento había valido la pena, con aquella voz a un paso de quebrarse que hacía que yo volviese a quererle, porque era la verdad desnuda: tanto sufrimiento valía la pena aunque sólo fuera por aquel instante. Tan sencillo, tan fácil, tan frágil.

Inventaba congresos de escritores, reuniones de jóvenes creadores, viajes a lugares exóticos para hablar de literatura y se plantaba en mi casa con una maleta que nunca se abría, porque nos pasábamos el día entero desnudos, cambiando la cama por el sofá, el sofá por la mecedora, la mecedora por la mesa, la mesa por la cama. Veíamos todos los programas de la tele uno detrás del otro, como los matrimonios, y cuando caía la noche salíamos de casa para pasear las calles vacías cogidos de la mano, como los enamorados.

—¿Sabes una cosa? —le conté una de esas noches—. He leído que hay sitios en los que una amante no es la querida de nadie, ni la otra, ni nada de eso.

—Me parece muy bien. No sé por qué una palabra tan bonita tiene que significar algo tan feo.

—¿Te parece feo?

Se detuvo y me miró a los ojos.

—Yo sé que esto es desagradable para ti, Ana.

—Desagradable... es una forma muy suave de decirlo. Sí, es bastante desagradable tener que esperar a que se haga de noche para salir a la calle porque tu madre y tu mujer piensan que estás en Albacete. Es bastante desagradable, efectivamente.

—Pero esto va a acabar pronto, Ana, te lo juro. Tampoco yo soporto más tiempo esta situación. Sólo estoy esperando un momento en el que decírselo a Cristina no resulte tan duro.

—Ese es el problema, Juan Carlos, porque tú esperas un momento que no va a llegar, porque siempre va a ser duro. Cristina sabe que lo vuestro va mal, que no sois felices, y seguramente sospecha que tú no la quieres y que la vas a dejar un día u

otro... pero las personas nos engañamos cuando nos conviene, y cada día que pasa y no la dejas se aferra más a la idea de que quizá vas a cambiar de opinión, de que tal vez esto no sea más que una crisis pasajera.

—No puedes imaginar lo difícil que es la situación en casa. No hablamos más que de asuntos domésticos, cuatro frases de cortesía y poco más. Por la noche me quedo horas en el despacho, finjo que escribo pero me paso el tiempo pensando en ti, preguntándome qué estarás haciendo, si te habrás dormido, si habrás salido, si te estarás acostando con otro... —rio, pero luego se puso serio de nuevo—. Tendrías todo el derecho del mundo.

—No se trata de tener o no derecho, es que no me apetece serte infiel. Es más, me parece que ponerte los cuernos sería una gilipollez —no le mentí: era verdad que no me apetecía y era verdad que me parecía una gilipollez—. ¿Qué sentido tendría? ¿Si te confesara que voy por ahí follándome a otros tíos tú te decidirías antes a dejar a Cristina?

—Sé que tú lo pasas mal, que te sientes sola, que tienes dudas... pero te suplico que tengas un poco más de paciencia... No me dejes.

—Nunca he pensado dejarte —mentí.

Porque las mentiras no siempre son malas, igual que el silencio.

Sí he pensado dejar a Juan Carlos. Muchas veces. Todos los días desde que Silvana le hizo las mechas a Cristina, la mañana de una Nochebuena en la que la madre de Juan Carlos la llevó a rastras hasta su peluquería.

—Es de pueblo, nada de lujos, como esas a las que tú vas, pero verás cómo te dejan hecha un primor —le susurró la suegra al oído mientras le tiraba de la mano hasta Silvana—. Mira: esta es Cristina, mi nuera —le dijo a Silvana—. Está un poco mustia y dice que no le apetece arreglarse para esta noche. No es que no tenga motivos para estar tristonza. —Le acarició el pelo con ternura—. Es que su madre no está entre nosotros —bajó levemente la voz—. Murió de un infarto. Fulminante. Estaba tan bien, y mira... ¿No lo leísteis en el periódico? —les preguntó a las clientas—. Pues fue de lo más sonado: se cayó muerta en la calle, enfrente de una óptica de la calle de la Sangre. ¿No? —les preguntó de nuevo—. Normal, hace ya unos añitos, nosotros nos acordamos porque nos toca de cerca, porque si no cómo te vas a acordar, con las cosas que pasan hoy en día... —reprendió con la mirada su nuera—. Que no llores te digo, Cristina.

Las clientas de Silvana enmudecieron. Silvana miró hacia otro lado.

—El caso es que yo siempre he pensado que una mujer arreglada es una mujer animada, mírame a mí, viuda desde los treinta años y nunca me ha faltado el colorete en la cara ni la ropa bien puesta. Ya sé que esto es un atraco a mano armada, Silvana, bonita, pero estoy segura de que no te va a trastornar demasiado una más aunque no tenga hora.

—Es que sin hora...

—Si ha sido pensado y hecho, mujer, cómo voy a pedirte hora. Ten un poco de compasión. Si no nos ayudamos entre nosotras, ¿quién nos va a ayudar? Pues nadie. Más solidaridad es lo que hace falta, sí señor. No pongas esa cara, anda, y piensa que haces una buena acción por Navidad, porque si Cristina está guapa se va a sentir mucho mejor esta noche. ¿Verdad, Cristina?

—Si no es por mí, es por las señoras que saben que nunca atiendo a nadie que no tenga hora y seguro que no les parece bien que haga una excepción ahora.

—¡Uy, por las señoras! —Se volvió hacia ellas. Las miró. Algunas esperaban dentro del secador, otras hojeaban el *¡Hola!*, y el *Pronto* mientras aguardaban su turno—. ¿A que no os importa? Cristina es la esposa de mi hijo, el escritor —rio—. Bueno, qué tontería, el escritor digo, ¿cuál va a ser?, si no tengo otro.

Las mujeres, que ya la conocían, sabían que era inútil oponerse porque de todas formas acabaría saliéndose con la suya y, además, tampoco les importaba: ya habían dado la mañana por perdida y se habían dejado la comida hecha antes de ir a la peluquería, así que se encogieron de hombros.

—¿Lo ves?

—Tendrá que esperar a que acabe con todas...

—No le importa.

Cristina no había abierto la boca en todo el rato. Mantenía la mirada clavada en el suelo y guardaba las manos en los bolsillos. Seguramente estaba avergonzada de su suegra y de su aspecto, ciertamente lamentable, y apretaba con fuerza los puños dentro del abrigo. Silvana estuvo a un paso de sentir lástima por ella, pero su fidelidad a mí se lo impidió y se conformó con dejar de ignorarla por primera vez.

—No sé a qué hora podré atenderte...

—No me importa, de verdad —repitió—. Y si te viene muy mal, lo dejamos para otro día. Ya sabes cómo es mi suegra...

—¿Qué vas a hacerte?

—No sé... ¿qué puedo hacer?

—Las puntas, algo de color... Tenemos donde escoger, la verdad, porque lo tienes todo hecho una pena, perdona que te lo diga.

—Es que desde que murió su madre, cuando llegan estas fechas... No hay manera de que levante cabeza. Hace varios días que no ha salido a la calle... Hoy la he tenido que arrastrar hasta aquí. Ella no quería, pero yo le he dicho, venga, nos vamos las dos aprovechando que Juan Carlos no está. Porque mi hijo, el pobre, tampoco la puede ayudar mucho, como trabaja tanto, todo el santo día encerrado escribiendo...

—¿No está? —Silvana no pudo impedir que la pregunta saliese de su boca.

—No. ¿No me has oído, chiquilla? Ya te he dicho que está en su despacho, escribiendo.

Silvana recordó que yo le había pedido el día libre a Amelia para comprar regalos, yo, que nunca regalaba nada por Navidad, y supuso que a esa misma hora

estaría en mi casa, en mi cama, seguramente con él, y entonces ya no pudo evitar sentir pena por ella.

Por un extraño sentido de la amistad la tuvo esperando varias horas, para no ponérselo fácil del todo. De vez en cuando, la miraba de reojo por el espejo y trataba de imaginar qué era lo que yo tenía que a ella le faltase para que Juan Carlos, en ese mismo instante, estuviese conmigo y no consolando a su mujer en un día como ese, el muy cabrón, en un día como ese, con su mujer añorando a la madre de esa manera tan evidente, qué hijo de puta. Se le ponían los pelos de punta sólo de pensar que Ramón no estuviese a su lado en un trance como ese, y eso que ella no quería a su madre ni la mitad de lo que Cristina parecía haber querido a la suya, que no había más que verla, ahí sentada, haciendo como que leía las revistas, pasando las hojas una tras otra sin prestarles atención, probablemente pensando en la madre todo el tiempo, en qué haría para cenar si estuviera viva, en qué pensaría del último vestido o del último novio de Ana Obregón si estuviera viva, en qué le diría por la actitud de Juan Carlos si estuviera viva, sin imaginar que su marido la estaba engañando con otra tres calles más arriba. O quizá sí. Quizá sí lo imaginaba, y por eso estaba tan desolada. Tuvo ganas de llamarme por teléfono para contármelo, para decirme «baja y verás a la mujer de Juan Carlos, a ver si se te cae la cara de la vergüenza de una vez», pero no lo hizo porque esa mañana no se puso de mi parte, sino de la suya, y quiso regalarle ese momento de intimidad, quiso regalarle que la amante de su marido no la escudriñase desde la esquina de enfrente para hacerse la misma pregunta que en ese momento la martirizaba, qué tendrá ella, qué tendrá ella, pero qué tendrá ella que yo no tenga.

Así que cuando le tocó el turno le puso un tinte de su color, castaño, pero del bueno, no del barato que le ponía a las viejas de sus clientas, le sacó mechones más claros con papel de plata, le lavó el pelo, le puso una mascarilla para que le quedase suelto, sedoso, brillante, le repasó el corte, se lo escalonó, se lo secó con esmero y la dejó guapa para esa tristísima Nochebuena sin madre sin cruzar ni una sola palabra con ella. No quería conocerla más de lo que la estaba conociendo. No quería que le contase por qué detrás del cepillo se le escapaban mechones enteros del pelo, arrancados sin esfuerzo y sin dolor desde la raíz, ni quería saber por qué los pantalones le estaban tan grandes, ni quería escuchar por qué no le quedaban uñas, por qué fumaba sin parar, por qué su marido no la había llamado ni una sola vez en toda la mañana, por qué estaba tan sola, tan sola, tan a punto de echarse a llorar cada vez que sus miradas se cruzaban por un instante en el cristal.

Silvana tardó varios días en contármelo. Primero, porque no quería que me hiciese mala sangre pensando que Juan Carlos estaba ahí, tan cerca de mí, pasando las fiestas en su casa, como tantas veces habíamos estado los dos, la Nochebuena en mi casa, la Navidad en la suya, con los regalos debajo del árbol, con el turrón en la bandeja, con el champán, con su madre que se ponía alegre con la segunda copa y melancólica con la cuarta y que se recostaba en el sofá para dormir la mona sin dejar

de susurrar el nombre de su marido, «Andrés, Andrés, ay, Andrés», y acto seguido, lanzarle un reproche hasta el más allá, «qué pronto te fuiste de mi lado, bandido». Juan Carlos y yo nos mirábamos en silencio, para no despertarla. Él sentía ternura. Yo, fastidio. Y ahora sería Cristina quien la tataría con la manta de cuadros rojos y verdes para que no cogiera frío y quien le devolvería una mirada cálida a su marido, mientras yo ayudaba a recoger la mesa a mi madre, sola, más sola que la una, sin saber que estaba tan sola como Cristina.

Por eso tampoco me lo dijo enseguida, para que no empezase a odiar a Juan Carlos.

—Yo sé que vosotros os queréis, que os queréis de verdad, que tú eres la única mujer a la que Juan Carlos ha querido toda la vida, desde que era un crío... pero no puedes imaginar la tristeza que desprendía Cristina...

—Cállate, por favor... Yo no puedo permitirme pensar eso, Silvana, ¿no te das cuenta? Si empiezo a compadecerme de ella no podré seguir con esto.

—Es que a lo mejor deberías plantearte si deberías seguir...

—¿Cómo que si debería seguir? ¡Pues claro que debería seguir! ¿Tú sabes el tiempo que llevo con Juan Carlos, esperando a que se separe? No voy a tirar la toalla. No voy a sentir lástima de Cristina, y mucho menos ahora.

—Precisamente por eso. Tú eres una buena mujer, y Cristina también. Tal vez el que no sea tan buen hombre como tú crees sea Juan Carlos.

—No empieces otra vez, Silvana, te lo pido por favor. No empieces con este nuevo sermón en el peor momento, como hiciste con Amparo cuando la dejó Vicente.

—Mira, Ana, yo no puedo limitarme a decir las cosas que quieres oír para que te sientas mejor. De verdad creo que Juan Carlos te quiere a ti —repitió—. Creo que te quiere con locura, pero también creo que está prolongando esto de una manera innecesaria. Llevo años viendo cómo adelgazas, cómo te cambia el humor, cómo pasas sola las vacaciones, los días de fiesta, los fines de semana, los puentes, las noches, cómo te haces vieja y te vuelves amargada... Y el otro día tuve delante de mí tu propio reflejo, una mujer destrozada, derrotada, consumida... No estoy en tu contra. No te estoy atacando... ¿No te das cuenta de lo que quiero decirte? ¿No piensas que estás echando a perder todo este tiempo, que tienes una vida que no eres capaz de disfrutar, que estás obsesionada, estás totalmente sometida a él? ¿No te sientes una idiota? ¿No ves cómo está Amparo? ¿No te da miedo ser tú la próxima, que te deje, que pase más tiempo sin que nada cambie? ¿No te da miedo?

Sí. Me daba cuenta de lo que Silvana quería decirme. Pensaba que estaba echando a perder todo este tiempo, que tenía una vida que no era capaz de disfrutar, que estaba obsesionada, totalmente sometida a él. Sí. Me sentía una idiota. Veía cómo estaba Amparo. Me daba miedo ser yo la próxima, que pasara más tiempo sin que nada cambiase. Me daba miedo. Tanto, que me paralizaba. Tanto, que me paralizó desde ese día y me incapacitó para sentir ninguna otra cosa más que eso, miedo, miedo inmenso, intenso, miedo a que me dejase, a que no la dejase, a hacerme vieja

esperando, a ser como Cristina, yo, que me creía tan lista, más lista que nadie, tenía miedo de ser como Cristina, que estaba ciega, que no quería ver la realidad, que se negaba a aceptar que su marido no la quería. ¿Qué explicación le daba Cristina a todo lo que le pasaba, a todos esos años, tantos, tantos años, sin que Juan Carlos la acariciase como antes, a la falta de ternura, de afecto, a la tristeza infinita? ¿Cómo justificaba ese desinterés, esa apatía, esa desgana por todo cuanto tuviera que ver con ella, con sus anhelos, con sus deseos? ¿Cómo disculpaba que Juan Carlos llegase a casa siempre tarde, siempre cansado, siempre de mal humor? ¿Y los hijos? ¿Harían con él de tener hijos? ¿Y de los sueños que habían entretejido, juntos, cuando se amaban, hablarían? ¿Harían de cuando ella le animaba a que se dedicase a escribir, de cuando le consolaba si se sentía solo, o afligido, o desanimado, o todo a la vez, y acudía a ella en busca de alivio y sus palabras eran eso, un bálsamo que le calmaba, que le curaba, que le hacía sentir bien? ¿Le exigiría alguna vez que le devolviese a esa otra Cristina, a la Cristina feliz a la que había engatusado para que se casaran cuando nadie daba un duro por él, cuando no era más que un profesor de literatura con ínfulas de escritor, cuando no todo el mundo era capaz de comprender que esa distancia que interponía entre él y el resto no era arrogancia sino dolor, cuando se despertaba llorando por las noches y se aferraba a su cuerpo y susurraba su nombre, Cristina, Cristina, como un conjuro que le devolvía a lugar seguro, y le suplicaba que no le dejase nunca, que ella no le dejase nunca, y ella le juraba que no, que antes muerta que dejarle? ¿Se imaginaría Cristina que era yo la que aparecía en sus sueños, la que le atormentaba, la que le causaba ese llanto inconsolable, cada noche, cada vez que cerraba los ojos y el cansancio le vencía? Cuando le torturaba la idea de que Juan Carlos tuviese una amante, ¿intuiría mi dolor? ¿Cómo podía resistir la imagen de Juan Carlos con otra mujer, desnudo, abrazándola, dándole a ella todo lo que le negaba, acariciándola con arrebatos, con urgencia, con la certeza de que sin esa caricia estaría muerto, sin remedio?

¿Y yo? ¿Era yo tan diferente a Cristina? ¿Qué explicación le daba a todo lo que me pasaba, a todos esos años, tantos, tantos años, sin que Juan Carlos me abrazase cada noche antes de dormir, a su ausencia, dolorosa como nada en ese mundo, a la nostalgia tramposa, a mi soledad? ¿Cómo justificaba su abandono, su cobardía, su miedo? ¿Cómo disculpaba que Juan Carlos me dejara plantada cuando me había jurado que vendría, una vez, y otra vez, y otra vez más? ¿Y los hijos? ¿Por qué no hablaba con él de tener hijos? ¿Y de los sueños que habíamos entretejido, juntos, cuando éramos libres, hablaríamos alguna vez? ¿Haríamos de cuando le consolaba si se sentía un fraude, un embustero, o un hijo de puta, o todo a la vez, y acudía a mí en busca de alivio y mis palabras eran eso, un bálsamo que le calmaba, que le curaba, que le hacía sentir bien? ¿Le exigiría alguna vez que me devolviese a esa otra Ana, a la Ana feliz a la que había engatusado para que se acostase con él unas horas antes de irse a buscar a su mujer para celebrar su aniversario de boda, cuando no era más que un pobre hombre que juraba que no era como los demás, que no era como Vicente,

que su matrimonio no iba bien, que todo se arreglaría, que se arreglaría pronto, cuando no todo el mundo era capaz de comprender que esa falta de decisión para romper con Cristina no era cobardía sino prudencia, cuando se despertaba llorando si se quedaba dormido después de hacer el amor, y se aferraba a mi cuerpo y susurraba mi nombre, Ana, Ana, como un conjuro que le devolvía a lugar seguro, y me suplicaba que no le dejase nunca, que no le dejase nunca, y yo le juraba que no, que antes muerta que dejarle? ¿Me imaginaba que era Cristina la que aparecía en sus sueños, la que le atormentaba, la que le causaba ese llanto inconsolable, cada vez que cerraba los ojos y el cansancio le vencía? ¿Qué sabía yo de Cristina? Cuando me torturaba la idea de que Juan Carlos nunca la dejara, ¿intuía su dolor? ¿Cómo podía resistir la imagen de Juan Carlos en la cama, dormido, dándole a ella todo lo que a mí me negaba, la tranquilidad, la paz, la calma de las rutinas compartidas, los paseos al atardecer, la compra de última hora, la cena en el sofá mientras en la tele ponen una película mala que les provoca una risa floja, tonta, y hace que se miren y se sonrían, que se besen con esa mirada, que se quieran porque comparten la certeza de que sin esa calma estarían perdidos, sin remedio?

Cristina me daba miedo porque me convertía en una mujer como ella, una mujer ciega, una mujer que mira hacia otro lado y finge que todo se va a arreglar por arte de magia, porque el amor es lo que es, magia, una fuerza prodigiosa que convierte en reales las fantasías de los que aman, de los que no se dan cuenta de que no son más que unos necios, unos ilusos que creen que el amor es suficiente, para todo, para siempre. Y Cristina amaba. Y yo amaba. El amor nos volvía la misma mujer, igual daba que fuese por el mismo hombre o que hubiera sido por hombres distintos. Nos igualaba, en lo bueno y en lo malo, pese a no habernos visto ni una sola vez. Ojalá no hubiera sido así.

Podía no haber sido así. Podíamos haber sido tan distintas como Amparo y Soledad. Amparo siempre supo que Vicente nunca dejaría a su mujer, y Soledad tenía la seguridad de que su marido la engañaba con otras. Incluso se lo dijo a Amparo. Las dos estaban solas en la productora. Era temprano y repasaba con desgana el guión del programa de la tarde.

—Fíjate, qué novedad —refunfuñó Soledad. Amparo levantó la vista de su ordenador y la miró—. Hoy volvemos a hablar de mujeres engañadas. ¿Pero es que no hay otro tema?

—A mí tampoco me gusta, si te sirve de consuelo, pero no podemos hacer nada: la infidelidad tiene mucho éxito. Al público le gustan estos testimonios —dijo Amparo.

—¿Pero qué testimonios ni qué testimonios? A estas tías habría que darles dos bofetadas.

—Yo no creo que nadie merezca que le peguen.

—Es una forma de hablar. Me refiero a que habría que espabilarlas a todas.

—¿Y eso?

—Ay, bonita... por tantos motivos... Primero por venir a la televisión a contar que se sienten unas piltrafas a cambio de que las maquillen, les peinen y les den dos pinchos de tortilla. Luego, por sentirse unas piltrafas justamente ahora, cuando ya les han pillado, y no antes, cuando podían haber sido más listas.

—¿Cómo más listas? ¿Más listas para descubrir que sus maridos las estaban engañando?

—¡Noooo! No te enteras de nada. Más listas para saber con qué tipo de persona se casaban. Eso es lo fundamental. Y no hace falta ser Einstein para saber que, en lo referente a cuernos, sólo hay dos tipos de hombres, ni mejores ni peores, sólo diferentes. Diferentes nada más.

Amparo no pudo evitar reírse.

—Sí, sí, tú riéte, pero es como yo digo. Está el hombre que nunca sería capaz de ser infiel y está el hombre que nunca sería capaz de dejar de serlo. Pero el primero no es mejor que el segundo. Seguramente, el que no engaña es por miedo a que le pillen... —Soledad se repantigó en la silla e hizo un gesto de fastidio—. ¡Qué incómodo es esto! ¿Cómo podéis trabajar aquí tantas horas? Tendría que decirle a Vicente que se gastase algo de dinero en mejorar vuestro lugar de trabajo. Dime, ¿os paga bien?

—¡La productora también es tuya! —Trató de bromear para disimular que se sentía incómoda—. ¿No sabes cuánto pagan en Isadora Duncan?

—No. Ni idea. Lo confieso: soy lo peor, me desentiendo absolutamente de mi negocio. Venga, dime, ¿os paga bien o qué?

—Pse...

—¡Lo sabía! Hablaré con él, y le diré que os suba el sueldo y, por supuesto, que os cambie las sillas. Yo seré la Evita Perón de las redactoras. Construiré un mundo más justo para vosotras —rio. Se levantó de la mesa de redacción y se dirigió hacia el despacho de Vicente, casi siempre vacío—. Fíjate: nunca viene aquí, y sus cosas son de primerísima calidad —se quedó pensativa—. No es mala persona, sólo es muy egoísta.

Entró y se sentó en el sillón de piel de Vicente. Reclinó el respaldo y se recostó cómodamente en él. Se entretuvo mirando los cuadros que colgaban de las paredes, algunas serigrafías numeradas de Manolo Valdés, Andreu Alfaro, Yturralde, y del Equipo Crónica y varios originales de Jarr, su favorito; las plantas que morían en una esquina, las fotografías sobre la mesa, ella, él, sus hijos, el cielo. Después, durante unos minutos, leyó con atención los papeles que Amparo le había dado al entrar, ajena a su mirada desde el otro lado del cristal. La envidiaba. La odiaba. De pronto, levantó la vista, se incorporó y se asomó a la puerta.

—Vicente es de los segundos.

—¿Cómo dices?

—Digo que Vicente es de los segundos. Vicente es infiel, a veces con más de una al mismo tiempo, aunque cada una de ellas cree que es la única. No puede evitarlo. Es su naturaleza, como la del escorpión que mata al hipopótamo que le está ayudando a cruzar el río aunque se ahogue él mismo. No puede evitarlo —Soledad insistió—. Nunca me ha dicho nada, no te pienses que somos de esas parejas liberales que se lo cuentan todo. Qué va. Pero yo lo sé, ¿me entiendes? Yo conozco a mi marido, sé cómo es. No me engaña. Nunca me he encontrado ropa interior olvidada en el asiento de atrás del coche, o mal escondida en la guantera. Nunca he descubierto restos de pintalabios en su camisa. Vicente no es tan vulgar. Nunca he detectado un olor distinto en su ropa ni en su cuerpo. No sé cómo son, ni a qué huelen, ni cuál es la talla de su sujetador, ni a qué se dedican. Supongo que son jóvenes, alumnas, en su día, menos guapas que yo, casi siempre. Podría ser cualquiera. Podrías ser incluso tú...

—¿Yo?

—Es broma, mujer. Eres sólo un ejemplo. No sé quiénes son, ni me interesa saberlo. Me da absolutamente igual.

—Bueno me parece una curiosa filosofía, pero no sé por qué me estás contando todo esto a mí —objetó Amparo, que seguía disimulando su temor con un tono aparentemente jovial.

—No sé —se encogió de hombros—. Por nada, supongo. Porque ha salido el tema... A veces, las que me dan pena son esas pobres incautas, porque son ellas las que viven engañadas, las que creen que esto es una guerra de la que saldrán victoriosas. Una guerra... Serán idiotas...

—Yo no podría soportar una traición. —Amparo lo dijo por decir, tal vez para escabullir su culpa, para disimular que a ella las traiciones la traían sin cuidado.

—Venga, no digas tonterías, Amparo. Primero tendríamos que definir qué es traición. A ver ¿qué es, en tu opinión?

—Que la persona en la que más confío me mienta, me engañe, se burle de mí...

—Bueno, en eso estamos de acuerdo. No es una mala definición. Pero déjame decirte que Vicente nunca me ha traicionado, nunca me ha dicho «yo no te he sido infiel» o «yo no te sería infiel en la vida». Tampoco se esfuerza en disimularlo. Inventa excusas absurdas, que sabe que yo no me creo. Algunas noches llega tarde y ni entra en nuestro dormitorio: se queda en un sofá del despacho para ahorrarnos las explicaciones innecesarias. Y si soy yo la que desaparece con un pretexto increíble, o la que pasa en el sofá las pocas horas de noche que quedan, no se burla de mí preguntándome si yo le he sido infiel a él. Nosotros estamos en otro nivel. Siempre estaremos unidos.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Vicente nunca me dejará. Nunca dejará lo que hemos construido juntos.

—Sí, pero, ¿cómo puedes estar tan segura? ¿Y si un día se enamora, o te enamoras tú?

—Eso no va a pasar nunca. Nosotros no podemos enamorarnos de otras personas

porque ya estamos enamorados en todos los sentidos. Estamos enamorados el uno del otro y también de nosotros mismos, y ninguno de los dos seríamos iguales si nos faltásemos. Seguramente tú no puedes entenderlo. —Hizo un gesto con la mano, el mismo que solía hacer Vicente, como quitándole importancia a Amparo. Ella se hundió—. Yo no sería lo mismo sin él, ni él sin mí, y los dos lo sabemos. Por eso sé que nunca me dejará. Porque le conozco. Porque somos iguales.

Amparo guardó silencio. Soledad siguió hablando.

—Además, una infidelidad no es necesariamente mala. Es más, puede llegar a unir a un matrimonio —rio—. Una pareja cerrada corre el riesgo de caer en la rutina sexual, ¿me sigues? Sin embargo, dos personas abiertas pueden experimentar con otros y luego su relación se enriquece de una manera espectacular.

—Veo que te marcaron los años de amor libre.

—No digas tonterías. Yo era muy pequeña entonces. —Se ofendió, pero continuó hablando—. Lo que sí me ha marcado es la píldora... ¿Tú sabes lo que sería de nosotras sin ella? La píldora nos ha dado la capacidad de elegir, de disfrutar, de vivir el sexo de la misma forma que los hombres, sin tener que pagar las consecuencias.

—Ojalá un embarazo no deseado fuera lo peor que te puede pasar.

—Ya, ya... Está claro que hay que tomar otro tipo de precauciones, pero no es de eso de lo que estoy hablando ahora. Lo que quiero decir es que los cuernos de los que tú hablas, de los que hablarán todas las mujeres que se sienten esta tarde en el plato, pertenecen al siglo pasado. Yo nunca dejaría a Vicente por una infidelidad. Y él no me abandonaría por nada de este mundo. ¿Qué te parece mi testimonio? ¿Podría venir esta tarde al programa?

—A ti no te gustan los pinchos de tortilla.

—Sí, es verdad. A mí me va más el *sushi*. ¿Y a ti?

A esas alturas, Amparo ya no tenía ninguna duda: Soledad sabía que ella era una de las amantes de su marido.

—El pincho. Yo soy de pincho.

—Nunca llegarás a ningún lado con esos gustos.

—Es posible, pero tampoco quiero ir muy lejos. A mí también me gusta el lugar en el que estoy, como a ti.

—Pues eso es lo importante, Amparito: saber el lugar que una ocupa en el mundo. Ya lo dice Sabina, ese gran filósofo de las relaciones humanas: si dos no se engañan no puede haber desengaños.

Si yo hubiera sabido que Juan Carlos nunca había pensado dejar a su mujer, probablemente no hubiera podido estar con él tanto tiempo; Amparo, sin embargo, mantuvo su relación pese a saber que no había ninguna esperanza. Durante años creí que era una insensata que sólo pensaba en el aquí y el ahora, una egoísta a la que no le importaba cuántas personas podrían salir heridas por su aventura, Vicente, Soledad, ella misma. Ahora me doy cuenta de que ha sido la más generosa de todas, más generosa que yo y que Cristina, y, desde luego, más generosa que Soledad. Ella ha

sido la única que ha dado su amor sin esperar nada a cambio, sabiendo de antemano que todo lo tenía perdido, que lo único que recibiría cuando todo terminara sería esa nostalgia que la consumía desde que Vicente la dejó.

—Obviamente, no puedo decir que no lo viera venir —bromeaba—. Lo que más me jode, bueno, lo único que me jode es cómo ha sido, por qué ha sido, por dejarla preñada. Me parece algo tan rastrero...

—No hace falta que me desprecies a mí también —contestaba Silvana.

—No es lo mismo. Tú no eres como ella, tú el pescado lo cocinas antes.

Amparo trataba de reír, pero muchas veces no podía. Tampoco lloraba. Era sólo que la vida le pesaba demasiado. Ir a trabajar, ver cada día cómo avanzaba el embarazo de Soledad, y lo peor de todo, soportar el desprecio absoluto de Vicente cada vez que se cruzaban, como si nunca hubiera habido nada entre ellos, como si de verdad fuera una más, una de tantas, como si hubiese olvidado todo cuanto habían compartido, la complicidad, las mentiras, el sexo. Empezó a llamarle, primero a horas prudenciales; después, en cualquier momento del día o de la noche, a menudo con la esperanza de que descolgara Soledad para insultarla y para maldecir al hijo que llevaba dentro. Lo mismo le daba: Vicente nunca atendía al teléfono. Amparo suponía que le quitaba el volumen al llegar a casa, lo mismo que hacía cuando estaba con ella y no quería que nadie les molestase. Llegó a llamarle más de veinte veces en una hora, hasta que Vicente colgó un escrito en el panel de comunicados de empresa en el que informaba a los trabajadores de que había perdido su móvil, por lo que rogaba a todos que no intentasen llamarle y que se lo devolvieran si lo encontraban. Desde entonces, cada vez que marcaba el número estaba apagado. Por eso se decidió.

Un domingo por la mañana esperó en la puerta de su casa escondida entre los coches, con la esperanza de que saliese sin Soledad a pasear al perro, a comprar el periódico, a por el pan, a jugar al tenis con los vecinos. Tuvo suerte. Después de dos horas agazapada entre un Porsche y un BMW, Vicente abrió la vega de su jardín y salió de la casa vestido con un chándal azul y zapatillas de deporte. Empezó a andar deprisa y Amparo le siguió unos metros, rezagada, hasta que él comenzó a correr despacio. Ella se sorprendió. No sabía que le gustaban otros deportes aparte de follar. Le llamó, apenas un susurro, para que nadie más que él pudiese oírla. Vicente se giró y la miró, contrariado.

—¿Qué coño haces aquí? —le dijo, y la empujó entre dos coches aparcados—. ¿Estás loca?

—Sólo quiero hablar contigo un momento... Por favor.

—Estás loca —ya no era una pregunta.

—Sólo será un minuto... Te lo suplico... No podemos terminar así, después de todo...

—¿Después de qué, Amparo? No me esperaba esto de ti...

—¿Esto? Eres tú quien ha roto conmigo. Yo tampoco esperaba que te comportaras así.

—Exacto. Lo hemos dejado.

—No lo hemos dejado: me has dejado tú a mí.

—Bueno, da igual. No estamos juntos, y punto.

La cogió del brazo y la obligó a alejarse un par de calles.

—¿Por qué me persigues? ¿No te he puesto las cosas lo bastante claras? Ya no quiero estar contigo, nunca más. ¿Tanto te cuesta aceptarlo? Yo no te engañé, no te dije que dejaría a Soledad por ti. ¿Te prometí algo, alguna vez? Claro que no. Jamás te prometí nada. Tú también sabías de qué iba esto. Te lo digo sinceramente, Amparo, pensaba que tenías mucha más clase.

—Más clase... Eso es justo lo que esperaba de ti. Más clase. Hemos estado juntos, juntos, por más que tú ahora trates de borrarlo, por más que pases por mi lado como si no fuese nada más que una mierda. Y yo no soy una mierda. Yo soy alguien. Soy alguien que ha estado muy cerca de ti.

—¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Que te ascienda? ¿Que te despida? ¿Qué? ¿Qué, si puede saberse, maldita sea? —Vicente gritó.

Amparo rompió a llorar.

—No soporto a las tías que lloran —se quejó Vicente—. Ni yo ni ningún hombre, así que te aconsejo que cambies de táctica.

—Eso es lo que quiero.

—¿Qué? —bajó la voz—. ¿Qué quieres, pedazo de loca?

—Eso —señaló hacia su boca y hacia sus brazos—. Quiero que no me trates como una mierda —repitió—. No soy una mierda, joder...

Amparo lloraba tanto que las lágrimas y los mocos se le colaban por la boca y apenas si la dejaban hablar. Se ahogaba. Sentía la mirada de Vicente sobre ella como una condena y sabía que nada de lo que pasara después podría borrar lo que estaba pasando en ese momento, esa humillación, esa rendición total y absoluta, absurda, ese fracaso, otro fracaso, tantos fracasos, todos juntos de pronto sobre ella. Y lo peor es que le daba lo mismo. Le daba lo mismo haber perdido los papeles de aquella manera, le daba lo mismo que Vicente nunca volviera a verla como lo que había sido, independiente, brillante, divertida, sensual, y que sólo la recordara como lo que estaba siendo, patética, mocosa, derrotada, rendida. Le daba lo mismo.

Mantuvo silencio unos segundos. Al cabo de un rato, cuando recuperó algo de su prestancia, volvió a hablar.

—Quiero que no me ignores. Que me mires cuando pases por mi lado, que me hables si nos cruzamos, que me felicites si hago algo bien o que me echas la bronca si me equivoco o si falto al trabajo sin ninguna explicación. Eso es lo que quiero. Quiero sentir contigo que lo nuestro existió y que valió la pena que existiera aunque se haya acabado.

Vicente no dijo nada. Amparo continuó.

—Es verdad que nunca me has mentado. Es verdad que siempre supe que nunca te habías planteado la posibilidad de tener que elegir entre Soledad y yo. Es verdad que

yo sabía que este momento tenía que llegar tarde o temprano. Yo puedo vivir sin tu amor, quiero que lo sepas. Puedo hacerlo, pero para vivir sin tu amor necesito saber que me has querido.

Vicente siguió en silencio. Miraba alternativamente a su reloj y a la calle que subía desde su casa. Estaba molesto y no se esforzaba en disimularlo.

—Puedo seguir trabajando contigo, y con ella. Puedo hacerlo, te lo juro. Puedo guardar la compostura, igual que la he guardado todo este tiempo, pero para hacerlo necesito tu complicidad, necesito que seamos amigos, como antes...

—Eso es imposible.

—¿Por qué es imposible?

—Porque yo no quiero ser tu amigo. No me apetece ser tu amigo. Además, nosotros nunca hemos sido amigos. Lo nuestro era otra cosa, no sé... Era otra cosa, pero no era amistad. Lo hemos pasado bien, es verdad, y es verdad que quizá he dejado que se prolongara demasiado tiempo, puede que debiera haberlo parado hace mucho...

La miró por primera vez con cierta ternura y Amparo creyó que iba a abrazarla.

—No sabía que esto te hacía tanto daño, Amparo, créeme. Yo no soy tan hijo de puta.

—Claro que no, si lo fueras no me habría enamorado de ti.

—Pero es que nosotros nunca hablamos de amor, Amparo. Todo esto me desborda, no sé cómo enfrentarlo.

—¿Estás enamorado de Soledad?

—¿Qué importa eso ahora? No estamos hablando de mí y de Soledad, sino de ti y de mí. Y de ti, desde luego, sí que no estoy enamorado. —Amparo se puso a llorar otra vez—. No llores más. No lo soporto. No quiero lastimarte. No quiero hacerte daño, nunca he querido hacerlo. —Levantó la mano, le acarició el brazo suavemente, levemente, y se recostó, cansado, contra el muro de un chalé pintado de color caldera—. Hace quince años que estoy casado con Soledad. No puedo decirte que no la quiera. Lo compartimos todo, nos compenetramos, nos parecemos tanto... Tenemos los mismos intereses, y están nuestros hijos... Soledad y yo tenemos una forma muy parecida de ver la vida. Me va bien con ella. Si me esforzara mucho... —Se quedó pensativo unos instantes y después sonrió—. Si me esforzara, podría decirte que no concibo la vida sin ella. Así que es posible que sí esté enamorado, lo que ocurre es que de un mal hombre no puede salir un buen amor.

—Tú no eres un mal hombre.

—Sí lo soy. No soy un buen hombre, Amparo, y lo sabes bien. Soy un egoísta, un cobarde, un oportunista, un envidioso, un resentido de mierda con la vida entera, con cualquiera que pueda ser mejor que yo en lo que sea, que, por otra parte, son tantos... —Los dos rieron con tristeza—. Soy incapaz de ilusionarme, no puedo por más que lo intento, casi nada me emociona. Sólo pienso en tener más programas, más dinero, más prestigio. Y todo, ¿para qué? No lo sé... Me molesta que a Soledad le vaya bien,

que le vaya bien a la gente, en general. No soporto la idea de que no me respeten, de que alguien pueda pensar que todo lo que tengo se lo debo a ella, aunque sea verdad: antes de estar con Soledad no era más que un mierda. Tú eres mucho mejor periodista que yo. No es un halago: casi todo el mundo es mejor que yo, eso es un hecho incontestable porque yo sólo soy un fraude. Tú no me conoces. No sabes nada de mí.

—Sé más de lo que piensas. No tienes que decirme cómo eres: te conozco. He pasado años observándote, no porque me gustase mirarte, sino porque no podía hacer otra cosa más que eso, verte pasar, vigilar desde el otro lado del cristal qué era lo que te alegraba, qué te entristecía. Cuando alguien te produce fastidio, sé qué gesto vas a poner al mirarle. Sé cuál es tu actitud frente a las personas que te gustan y cómo tiendes la mano hacia quien te incomoda. Cómo mueves el brazo para quitarle importancia a las cosas o a las personas, un gesto que me crispa, por cierto. Sé cómo levantas la ceja derecha para mostrar esa indiferencia que muchas veces no sientes. Nada te ilusiona, es verdad, pero pocas cosas te dejan indiferente. Eres egoísta, cobarde, oportunista, envidioso, y seguramente también es verdad que estás resentido con la vida entera. Pero yo te conozco. Sé cómo se te vencen los hombros hacia delante cuando algo te preocupa; sé que dejas caer todo tu peso sobre la pierna izquierda y que caminas abatido hacia donde quiera que sea que vayas cuando la vida te cansa; sé que te toca los huevos ese carácter tuyo, que te gustaría ser de otra forma, ser otro, porque sabes que eres tu mayor enemigo, tu único enemigo.

—Aun así, aunque sepas todo eso, aunque hayas pasado todos estos años sin perder detalle de lo que hago o no hago, no sabes nada de mí. No sabes qué es lo esencial, las cosas que hacen de mí el hombre que soy. Sabes cómo se me vencen los hombros, pero desconoces el por qué; sabes qué postura tomo cuando la vida me cansa, pero no el motivo que me fatiga. No sabes de qué humor me despierto por las mañanas, no sabes qué me hace llorar. Ni siquiera sabes si hay algo que me haga llorar. No serías capaz de anticiparte a nada que no guarde relación con lo que sucede en la oficina, no sabes cómo reaccionaría si sorprendiese a un ratero robándole la cartera a una vieja en la escalera mecánica del Corte Inglés. No sabes si sueño por las noches, si me imagino una vida distinta, una vida mejor, para entretenerme en los atascos o me conformo con mirar el escote de la del coche de al lado, o me saco un moco con disimulo. No sabes nada de mí. No es un reproche. Yo tampoco te he facilitado la labor, porque no tenía ningún interés en que conocieras más de lo que conocías. Tú y yo no somos como esa amiga tuya, ¿cómo se llama?

—Ana.

—No somos como Ana y su amante... —le pidió con un gesto que recordase su nombre.

—Juan Carlos.

—No somos como Ana y Juan Carlos, por más que tú hayas querido verlo así. Tú tampoco me quieres, tampoco me has querido nunca. —Se adelantó a la protesta de Amparo—. No digo que me estés mintiendo. Digo que te has mentido a ti misma. Es

imposible querer a alguien a quien no conoces, a quien pasas más tiempo observando que conversando con él. Tú te has imaginado cómo soy, y te has enamorado de esa fantasía. Nunca he sido generoso contigo, nunca he sido bueno para ti, ni para nadie. Pero esto que te estoy diciendo te lo digo por tu bien, aunque me convierta en un ser mucho más ruin de lo que soy habitualmente, porque es cierto que la verdad hace daño. A veces, el mejor regalo que puedes hacerle a alguien es ese, decir la verdad, sacudirle con la verdad. Y mi verdad es esta: yo no soy el hombre al que tú querías. No me querías, porque no soy como en tu imaginación. A mí no puede quererme más que alguien que me conozca y no me desprecie, y eso sólo puede hacerlo alguien que sea como yo.

—¿Alguien como Soledad?

Vicente ignoró la ironía de la pregunta de Amparo y le respondió.

—Pues sí... ¿Por qué no? Es probable que alguien como Soledad sea la única persona que pueda quererme.

Amparo dio un par de pasos hacia atrás, como si el regalo de Vicente, esa verdad, su verdad, la verdad, la hubiera golpeado físicamente. Retrocedió hasta que el muro del chalé pintado de color caldera en el que Vicente se había recostado antes detuvo su movimiento. Le miró, y deseó verle como si le viese por primera vez, como si el hombre que tenía frente a ella fuese un hombre nuevo, diferente, distinto al que había amado durante todo ese tiempo. Quiso levantar la mirada del suelo, adoquines grises que formaban semicírculos y que rodeaban a otros adoquines grises que formaban semicírculos, y descubrir que Vicente no era el mismo, que algo en él había cambiado, porque no podía ser, no podía ser que ella se hubiese enamorado *así* de un hombre *así*, pero cuando le miró no encontró nada que no hubiera visto antes. Sintió pena, lástima de sí misma. Sintió rabia. Sintió vergüenza. Se odió por el tiempo que había pasado, que se había perdido, que la había convertido en esa estúpida que pisaba esos adoquines grises que formaban semicírculos y que rodeaban a otros adoquines grises que formaban semicírculos. Fue entonces cuando lo supo, sin más ni más, que es como se descubren las grandes verdades que han estado frente a tus ojos sin que hayas sido capaz de prestarles atención hasta que estallan ante ti, brillantes como el sol del mediodía. Así fue, de repente, como supo lo que tenía que hacer: terminar. Y terminó.

Amparo y yo siempre hemos sido distintas.

Amparo y yo siempre hemos sido distintas. Cuando se marchó de aquella calle, aquella mañana, aquel domingo, ella miró hacia atrás. Yo nunca lo hubiera hecho, pero Amparo lo hizo porque quería ver cómo Vicente empequeñecía poco a poco; quería comprobar cómo se dividían sus caminos, como lo que había sido uno se convertía en dos irreconciliables caminos, separados para siempre. Quería asegurarse de que cada paso que ella daba en una dirección él lo daba justo en la contraria para

tener la prueba palmaria de que su relación había terminado. Si consiguió su objetivo, no lo sé. Sólo sé que tuvo la valentía de volver la cabeza, ver lo que tenía que ver y después continuar hacia delante, seguir, seguir avanzando, siempre, imparable Amparo, invencible en su última derrota. Yo nunca he podido. Nunca he sido capaz de volver la vista atrás ninguna de las veces que me he separado de Juan Carlos para un día, para una semana, para siempre. Él me lo ha reprochado continuamente; me ha echado en cara que no me importa alejarme, que no se me rompe el corazón cada vez que nos decimos adiós, que no sufro ese dolor indescriptible que a él le paraliza en cada despedida, cada vez que se va de mi lado para irse al lado de su mujer.

No es cierto. No es cierto que no me importe. Lo que ocurre es que me da miedo no encontrarle esperando a que me dé la vuelta con los ojos velados en lágrimas, como tantas veces me ha descrito su desolación; me da miedo girarme y descubrir que su boca no se ha convertido en una mueca imposible, triste, vacía, huérfana sin mi boca; darme la vuelta y comprobar que sus manos no se quedan abiertas arañando el aire que nos desune. Me da miedo descubrir esa mentira, otra mentira, porque si eso no es verdad, entonces, cualquier otra cosa podría también no serlo. ¿Y si no es cierto que piensa dejar a su mujer? ¿Y si me ha mentido todas las veces que me ha jurado que no la toca? ¿Y si sus sueños no son castos cuando no son míos, ni su convivencia insoportable, ni su vida un infierno? ¿Y si no tiene otra intención más que tenernos a las dos al mismo tiempo, besar dos bocas, abrazar dos cuerpos, hincarse en dos sexos? ¿Y si no es el hombre que yo creía que era?

Al menos, Vicente nunca había engañado a Amparo: siempre le dijo las cosas a las claras, a la cara; Amparo siempre supo el suelo que pisaba. Pero ¿y yo? Yo no soy como Amparo. Yo no podría soportarlo como lo soportaba ella, aunque decir que lo soportaba serían ganas de echarle literatura al cuento, porque Amparo reaccionó como se reacciona al despertar de un sueño largo y absurdo. «¿Cómo es posible que haya estado enamorada de él?», nos preguntaba a veces, y otras nos decía: «¿De verdad le quise tanto? ¡Pero si es patético!». Silvana y yo nos reíamos con ella, contentas, porque nos dábamos cuenta de que ni fingía estar alegre ni ocultaba su dolor ni usaba los defectos de Vicente, los pelos que le sobresalían por la nariz, la barriga que se desparramaba sobre la cintura de sus pantalones de cuero negro, sus intentos denodados por aparentar menos edad, más seguridad, más mundo, para sentirse mejor, sino que, simplemente, los descubría uno a uno, uno tras otro, o todos a la vez, según el día: era maleducado, déspota, incompetente, indeciso, plano, mezquino, mentiroso, traidor. A veces ni siquiera había fallos, sólo el estupor de haberle querido, de haberle esperado, de haber detenido la vida por él. A las pocas semanas de haber decidido dedicarse en cuerpo y alma al hijo que su mujer llevaba en las entrañas ya se había Hado con otra redactora mucho más indiscreta que Amparo. Todos lo sabían. A Soledad no le molestó. A ella, tampoco. Había dejado de pertenecerle, y sin tener que ser de nadie no tuvo más remedio que ser de ella misma.

—Nunca me había dedicado tanto tiempo sólo para mí —me decía, admirada del

hecho en sí—. Hace meses que ni me apetece acostarme con nadie... —Se reía—. Estar sola no es el peor escenario posible. Que te dejen no es lo peor que te puede pasar, créeme.

La creía. La entendía bien: es mucho peor tenerle miedo al abandono. Yo había pasado años sintiendo ese miedo, sintiendo ese miedo como si fuera lo más importante que había en mí, lo más evidente, lo más auténtico, lo único. Sabía bien a qué tipo de miedo se refería Amparo, a un miedo infinito que se renovaba cada mañana, a un miedo con principio pero sin final, miedo a no estar atenta y perderme las señales, todos los días, un día tras otro, escudriñando en sus gestos de disgusto, en su mirada cansada, en su tristeza, hoy me dejará, y si hoy no ha sido, será mañana, y vuelta a empezar, hasta que de pronto, sin que nada lo presagie, a pesar de tus intentos por anticiparte al desastre, llega el día en que te deja, como le pasó a Amparo, o el mismo miedo desaparece de tu vida, como pasó conmigo.

De repente, también sin que nada lo anunciase, querer a Juan Carlos, temer a Juan Carlos, se convirtió en algo demasiado doloroso, demasiado duro, y empecé a inventar excusas para no verle. Me daba pereza tenerle delante, escuchar sus lamentos, asistir a sus vacilaciones.

—¿Es por lo de Amparo? —me preguntó Silvana.

—No.

—¿No? ¿No te has agobiado porque temes que acabe pasándote lo mismo que a ella, que Juan Carlos elija quedarse con su mujer?

Me quedé pensativa un segundo.

—No.

—Dime la verdad —insistió—. ¿No te habrás dejado influir, aunque sea un poquito, por la ruptura de Amparo?

—Si eso me influyera, también tendría que haberme influido que estuviera con Vicente. ¿Es eso lo que quieres decir, que me lie con un hombre casado para imitarla?

—Claro que no. Pero tú misma lo dijiste una vez, que era tan fácil que cayeras en un lado como en el otro, en el de las casadas o en el de las amantes... Lo dijiste tú misma.

—Fue una broma —le aclaré.

—Lo dijiste en broma, ya lo sé, pero ¿no crees que es verdad que lo que les pasa a las personas de nuestro entorno nos influye de alguna manera?

—¿Tú crees? Si eso es cierto, menos mal que seguí el ejemplo de Amparo y no el tuyo. Esto aún tiene arreglo...

Silvana ignoró mi comentario.

—¿Es por lo que te conté de su Cristina, lo de la peluquería?

—No, tampoco es por eso.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué?

—Pues qué va a ser... ¿Ya no le quieres?

—No, tampoco es eso —Silvana me miró, esperando que continuase hablando—. Es que es complicado de explicar... No es que no le quiera, ni que no quiera que todo se arregle... Es sólo que estoy muy cansada. Puede que sí me haya afectado lo de Amparo —reconocí—. Hasta que pasó lo de Vicente, estaba completamente segura de que si tuvieran que elegir, nos escogerían a nosotras.

Tenía esa certeza, ¿me entiendes? —se encogió de hombros—. Tenía esa certeza —repetí—. La certeza de saber que tanto dolor no podía ser en balde.

—¿Y qué pasa con el dolor de Cristina?

—Tú me conoces desde que éramos unas crías, tú sabes mejor que nadie que no soy capaz de ver sufrir a nadie, pero con Cristina tengo que protegerme, ¿no te das cuenta? No puedo consentir que su dolor me afecte, porque esto es una cuestión de supervivencia, de vida o muerte. Pero lo de la peluquería... —La voz se me quebró y Silvana sonrió, como si se sintiese orgullosa de mí y de mis buenos sentimientos—. No soy tan hija de puta como para quedarme igual, pero tampoco puedo retirarme y decir «perdona, Cristina, no quería hacerte tanto daño, lo siento en el alma». No podría decirle eso, aunque sea verdad. Tú no puedes entenderlo, no puedes entender esta esquizofrenia, esta mierda. No sabes la suerte que tienes.

—Sí puedo entenderlo, Ana. Puedo entender más cosas de las que crees. Pero, al margen de mí y de mi capacidad de comprensión, tú no puedes permitirte negar la evidencia más tiempo.

—Ya lo sé. Cristina existe, está ahí, y sufre, igual que yo, y puede que ella también piense que este sufrimiento no puede ser para nada, puede que ella también crea que al final, si aguanta, si no se va, si no tira la toalla, tendrá su recompensa, y puede que la tenga, porque ¿por qué voy a tenerla yo y no ella? ¿No es posible que una noche Juan Carlos se acueste con ella y se quede preñada, como Soledad? ¿Y si tiene un accidente de coche, o le cae una maceta en la cabeza, o tiene un amago de infarto, y él comprende que no puede resistir la idea de una vida sin ella? ¿Y si un día Juan Carlos llega a la conclusión de que yo no valgo la pena, de que yo no valgo ese sacrificio?

—¿Lo mismo que te está pasando a ti?

—Pues sí, lo mismo que me está pasando a mí. Justo lo que me está pasando a mí, que ya estoy harta de esperarle, de compadecerle, de alentarle, de decirle que no pasa nada, pobrecito mío, porque sí pasa. Pasa que estoy hasta las narices y que tengo miedo de que me deje, pero también tengo miedo de que no me deje, de que se quede conmigo y entonces yo descubra que detrás de este Juan Carlos imposible está el Juan Carlos pelmazo de antes. Estoy aturdida. No tengo ganas de verle, ni de hacer el amor con él, me cansan sus bromas, ya no me hacen gracia. No soporto sus lamentos, todo el santo día quejándose sin hacer otra cosa. Qué tristeza, Silvana, qué tristeza y qué pereza de hombre... —Ella sonrió. Yo también—. Pienso cosas horribles de él, cosas que no me atrevo ni a pronunciar en voz alta. Me cae mal, muchas veces. Le miro y pienso: ¿pero este de qué va?, y me entran ganas de decirle que ya no le quiero, que a

veces finjo los orgasmos y que está tan pendiente de sí mismo que no se da ni cuenta, que pienso que nuestro futuro será tan penoso como nuestro pasado y que sin nada que nos separe no tendremos nada que nos una.

—Pues díselo. Díselo. ¿A qué esperas?

—Es que eso también me da miedo, porque ¿y si estoy equivocada? ¿Y si sólo estoy cansada, y enfadada, y resentida con él porque me da miedo que me pase lo mismo que le ha pasado a Amparo? Y además, no puedo estar desenamorada así, de un día para otro...

—¿Y qué tendría eso de raro? ¿No existe el amor a primera vista? Pues también tendrá que existir el desamor a primera vista, el antiflechazo.

—Estoy hablando en serio, Silvana.

—Yo también hablo en serio. ¿Por qué no hablas con él, en serio igualmente, y le cuentas todo esto?

—Sí, claro. Le llamo, le hago venir a mi casa, le digo que tenemos que hablar y le suelto que creo que ya no estoy enamorada de él.

—Tú has aguantado sus dudas, que han sido muchas; él tendría que estar a la altura y aguantar también las tuyas.

—No sé —titubeé—. Es que no me parece que haya llegado ese momento. No creo que Juan Carlos esté preparado para escucharme decir eso. Y además, tampoco estoy segura de querer decirlo.

—Entonces no te precipites. Tómate tu tiempo. ¿Por qué no te vas fuera, de vacaciones?

—Porque no tengo adonde ir, porque estoy arruinada y no me quedan vacaciones: he gastado todo mi dinero y todos mis días libres de los próximos dos años en pasarlos con Juan Carlos, cada vez que él se inventaba un congreso...

—Haz como él, invéntatelas —me interrumpió—. Dile que te vas con Amparo al lugar que más rabia le dé, al sitio al que más ha fantaseado que viajaba contigo. ¿No te escribió un poema que hablaba de eso, de las ciudades a las que le gustaría ir contigo?

—No era suyo, era de Luis García Montero. —Lo recité para Silvana—. Aunque tú no lo sepas te inventaba conmigo, hicimos mil proyectos, paseamos por todas las ciudades que te gustan...

Tuve ganas de llorar. Tuve ganas de llorar ese día y todos los días que pasé en Lisboa acompañando a Amparo para que se alejase de Vicente.

—¿Tan mal está? —me preguntó, apenado, cuando le dije que me marchaba con ella.

Se lo dije por teléfono. No he sido capaz nunca de decir una mentira mirando a los ojos de la persona engañada.

—No puedes hacerte una idea. Son los peores momentos de toda su vida.

—Anímalala mucho... Y no se te ocurra pensar que a nosotros nos va a pasar lo mismo, que te conozco. Yo te quiero tanto... Esto va a salir bien, ya lo verás.

—¿Cuándo?

—Pronto... Muy pronto. Te lo juro.

Tuve ganas de llorar cuando colgué. Tuve ganas de llorar mientras salía de mi casa, entraba en mi trabajo, salía de mi trabajo, entraba en mi casa. Tuve ganas de llorar cuando encendía el móvil para comprobar si tenía mensajes. Tuve ganas de llorar cuando dejé de encender el móvil para comprobar si tenía mensajes. Tuve ganas de llorar cada vez que Juan Carlos me encontraba en un descuido y conseguía que mi teléfono le diese tono. «Tienes el móvil siempre apagado, ¿ya no quieres hablar conmigo? ¿Te has enamorado de un portugués?», «Cuánto me gustaría estar contigo, paseando en tranvía por la ciudad, bebiendo en los mismos bares en los que bebía Pessoa», «¿Me echas de menos?», «¿Me quieres?» Tuve ganas de llorar los días que comprendí que seguía enamorada de Juan Carlos. Tuve ganas de llorar los días que me daba cuenta de que ya no le quería. Tuve ganas de llorar, todos los días, un día tras otro, todas las noches, una noche tras otra, pero ni los días ni las noches me encontraron llorando ni una sola vez. Sólo lloré ese domingo, ese domingo nublado que amenazaba con llover desde las primeras horas del día, que amaneció frío como si estuviésemos entrando en el invierno en vez de en la primavera, brumoso como si de verdad la luz clarease sobre Lisboa, ese domingo que a mí me apeteció tomarme un café con leche y leer el periódico en la terraza de un bar, a pesar de que había amanecido frío y brumoso cuando nadie lo esperaba, como si fuera la novela que trataba de escribir Juan Carlos, esa que se le resistía, y no la realidad. Porque en las novelas la meteorología parece estar irremediabilmente ligada con los acontecimientos: desgracias, diluvios; alegrías, sol radiante.

En la vida real no nos fijamos en esos detalles. Y ese domingo, no se me ocurrió pensar que, creyéndome en Lisboa, a Juan Carlos le apetecería comer paella de marisco, y albóndigas de bacalao, y tellinas, y naranja con nata, y que aceptaría por fin esa invitación de su madre que llevaba años rechazando, y que no le importaría ir en coche y dejarlo lejos de casa para tomar un aperitivo con su mujer en un bar del pueblo al que llegaba el olor del mar, aunque fuera de refilón. Ese día yo estaba de viaje, acompañando a mi mejor amiga para aliviar sus penas de amor.

Él no tenía nada que temer. Por eso aparcó junto al bar en el que tantas veces habíamos merendado patatas bravas y dos cañas cuando no éramos más que una aburrida pareja de novios que no tenían nada que decirse. Se bajó del lado del copiloto y abrió la puerta de atrás para coger su chaqueta y una bandeja de pasteles que habían comprado en Lambert camino de casa. Bueno. Camino de casa, no. Habían tenido que desviarse, pero a su madre no había otro chocolate en el mundo entero que le gustase más que el que hacían en ese salón de té de la calle Pintor Benedito y a Juan Carlos le costaba tan poco complacerla con esos pequeños detalles que ni le importaba atravesar media ciudad, aunque fuera a contramano, con tal de ver ese brillo de satisfacción en los ojos de ella. El bueno de Juan Carlos. Cristina también era buena. De hecho, era ella la que más había insistido en llevar los

pasteles.

—Tu madre está tan sola, la pobre, que qué importa que hayamos tenido que esperar media hora a que nos atendieran —le dijo mientras se sentaba en la terraza y se echaba una chaqueta de cuero granate por los hombros y se colgaba un bolso negro de pana fina, con lentejuelas y flores verdes, rojas, blancas y azules bordadas con hilos brillantes.

Es curioso los detalles que flotan a tu alrededor cuando todo se hunde, como los tablones que se resisten a ir al fondo del mar con el barco que naufraga; ese bolso, esa chaqueta, esos hilos brillantes, esa pareja, esa vida que se iba por la borda. Ellos siguieron hablando, ajenos a todo cuanto les rodeaba, sostenidos el uno en la mirada del otro, sin necesidad de ver nada más. Incluso les costó trabajo prestarle atención al camarero cuando llegó a tomar nota de la comanda, así que mucho menos se fijaron en que yo estaba justo en la mesa de al lado, frente a Cristina, que no podía reconocerme porque no me conocía, con mi café con leche en la mesa y mi Levante en las manos, como si el periódico fuera el único salvavidas al que pudiera agarrarme mientras a mi alrededor todo se iba a la mierda. ¿Cuántas veces habrían hablado de su madre, de sus pasteles, de su soledad? ¿Cuántos domingos de calma me había perdido? ¿Cuántas conversaciones como esa, sin gritos, sin peleas, sin reproches? ¿Cuántas mentiras?

—No, si tienes razón. Lo que pasa es que quería llegar pronto para que diésemos un paseo antes de comer, sentarnos un rato en un banco, ver el mar... —respondió Juan Carlos.

—¿Con este tiempo? Tu madre no sale ni loca. Desde la gripe que pilló después de Navidad le ha cogido pánico a las corrientes. Bueno, a las corrientes y a casi todo. Está más hipocondríaca que nunca.

—Pobre mujer. Este invierno se ha hecho vieja de golpe, con lo que ella ha sido —Juan Carlos sonrió, con un atisbo de tristeza—. No paraba en casa, ¿te acuerdas? Siempre andaba presumiendo de que estaba como una rosa a pesar de haberse quedado viuda tan pronto —rieron los dos—. Y ahora no quiere ni pisar la calle. Por eso iba a tratar de convencerla para que diera una vuelta. Además, a mí también me apetecía pasear por aquí, que siempre venimos con prisas.

Cristina miró al cielo, luego a Juan Carlos.

—Igual escampa.

—Sí. —Juan Carlos alzó también la vista—. Igual escampa.

—¿Has cogido la bolsa con la funda?

—¿Qué funda?

—La del respaldo del sofá, la que tiene rota la cremallera. Tu madre me dijo que la trajésemos hoy para que la arreglara. La dejé en la puerta para que no nos olvidásemos. ¿La has cogido?

—Ah, sí. Ahí está —señaló con la mano—, en el maletero.

Cristina sacó la llave del bolso, ese bolso tan precioso, tal vez regalo de él, y

volvió al coche para sacar el paquete.

—Yo quería llevarlo a una de esas franquicias de La Yaya Costurera, que lo arreglan en un instante, pero tu madre se enfadó, ya sabes cómo se pone —dijo cuando volvió a la mesa.

—Sí que lo sé, sí: no me cuesta nada, así me entretengo, que siempre he tenido gracia para las cremalleras. —Juan Carlos imitó la voz de su madre—. ¿Me he dejado algo?

—¡No señora!

Los dos rieron. Rieron. Inmóviles. Tranquilos. Ciegos.

—Tenemos que estar mucho con ella, ¿sabes? Tenemos que pasar con ella todo el tiempo que podamos, porque ahora está bien pero el día menos pensado... —Cristina, seguramente, pensó en su madre—. Y entonces lo único que lamentarás será todos los momentos que has desperdiciado, que no has podido disfrutarla.

—No te pongas triste... —Juan Carlos le habló con una ternura infinita.

—Ya...

Guardaron silencio. Miraron hacia el cielo de nuevo, esta vez recorridos por un escalofrío incómodo.

—Igual escampa.

—Sí. Igual escampa.

Se levantaron. Se movían al unísono, como si sus pasos estuvieran guiados por una coreografía secreta reservada sólo para ellos. Juan Carlos andaba mirando al suelo, tal vez cansado de tanto vigilar a lo alto, por si escampaba. Cristina pasó por mi lado. Casi me rozó.

—Perdona —me dijo sin mirarme.

No me vieron. Continuaron caminando. Ya no hablaban. Quizá Juan Carlos estuviera pensando que esa mañana era más propia de Lisboa, donde me encontraba, que de Valencia, donde me extrañaba; quizá pensaba en ese día rebelde que se amotinaba y se presentaba frío y lluvioso cuando todos esperaban que estallase la primavera como estalla un clavel reventón, que ese día, quizá pensara, merecería estar en su novela, en esa que siempre se le resistía, sin saber que si aquella escena hubiera sido descrita en su novela ningún editor hubiese permitido que se publicase, por absurda y cruel.

Y yo, que nunca había querido darme la vuelta en ninguna despedida por miedo a encontrarme con lo que no quería ver, no pude evitar ver cómo Juan Carlos empequeñecía poco a poco, cómo se dividían nuestros caminos, cómo lo que había sido uno se convertía en dos irreconciliables caminos, separados para siempre. «Perdóname tú a mí», le dije a Cristina. Y entonces me eché a llorar.

*... aprendiendo los dos a convivir
entre la realidad y el pensamiento.*

*Espiada a la sombra de tu horario
o en la noche de un bar por mi sorpresa.
Así he vivido yo,
como la luz del sueño
que no recuerdas cuando te despiertas.*

El amor de Silvana

*«Yo sé que existo
porque tú me imaginas.
Soy alto porque tú me crees
alto, y limpio porque tú me miras
con buenos ojos,
con mirada limpia.
Tu pensamiento me hace
inteligente, y en tu sencilla
ternura, yo soy también sencillo
y bondadoso.
Pero si tú me olvidas
quedaré muerto sin que nadie
lo sepa. Verán viva
mi carne, pero será otro hombre
—oscuro, torpe, malo— el que la habita...»*

Muerte en el olvido.

ÁNGEL GONZÁLEZ

Cuando era pequeña estuve tres meses sin hablar. No me pasaba nada, sólo que había perdido las ganas. Fue al poco de cumplir doce años, la noche en que me bajó la regla por primera vez. Era martes, y fingí el mismo dolor de tripa que fingía todos los martes para irme pronto a la cama; mi madre tenía muy mala memoria y demasiadas preocupaciones como para reparar en ese embuste. Además, se decía, lo mejor que le podía pasar era que me acostase pronto, así ella tendría un quebradero de cabeza menos. Bastantes le daba la Nuri, las horas que eran y sin venir aún, que si lo llegaba a saber no hubiera puesto tantas trabas a aquel chico de Málaga que tan mal le parecía entonces y que ahora le sonaba a gloria bendita, desde luego, el drama que montó mi hermana cuando empezó a esconderle las cartas para hacerle creer que se había olvidado de ella y ahora, nada, ni recordar cuánto había jurado quererle y morirse si les separaban.

—Nadie te está separando de él. Si no te escribe será porque se habrá liado con alguna —aseguraba—, que los hombres son así de hijos de puta.

Pero la Nuri se revolvía contra ella como si la poseyera un espíritu maligno, como si intuyera que la culpable de su berrinche no era otra más que nuestra madre.

—¿Qué sabrás tú de los hombres, si no conoces a ninguno?

—A tu padre no le faltes, que te arreo una hostia.

A veces se la arreaba, pías, y le dejaba los cinco dedos marcados en la cara aun sabiendo que su hija tenía razón, que su marido muy hombre no es que fuese, aunque ella no se podía quejar: siempre se lo había dado todo, dinero, cariño, hijos. Nunca le había faltado de nada. Para que el diablo no se le riese de la mentira, a veces echaba de menos algo de crema en el bote de antiarrugas que le preparaban en la farmacia, una fórmula magistral en la que creía más que en Dios, y de vez en cuando descubría alguna carrera en medias sin estrenar. Sospechaba de él, pero tampoco había nada de malo en que se echase potingues para mantenerse joven y juguetease con la ropa interior de su mujer. Había hombres peores, que se iban de bares o de putas, o las dos cosas a la vez; había hombres que les escatimaban el dinero a sus mujeres, que les decían que no valían para nada. A la vecina de abajo le cascaba su marido sin que nadie la defendiera, y por si eso fuera poco cada dos por tres le robaba el dinero que la pobre escondía en la olla exprés.

¿Qué pega tenía ella que ponerle a mi padre? Ninguna. No había nada de malo ni siquiera en las cartas que guardaba en la caja de hilo de algodón Tridalia Súper en el fondo del armario, escondida debajo de los calzoncillos largos de felpa que no se había puesto ni una vez porque aquí nunca hacía frío para tanto aunque se irritaba si ella insistía en tirarlos y le decía que algún día podría necesitarlos.

—¿Si viajas o si hiela? —preguntaba ella, con retintín.

—Si me sale de los huevos —contestaba él, enfadado.

No se lo tomaba en cuenta, porque no había nada de malo en que se pusiese como una fiera cada vez que se acercaba a ese estante. No había nada de malo en los dibujos. Ni en las fotos. No había nada de malo. Porque, a ver, ¿qué pasaba porque

tuviera un amigo que le escribiese un par de veces al año sin poner remite en el sobre y le mandase dentro retratos dedicados? «A mi mejor amigo José, de su mejor amigo Juan Antonio, que le quiere y no le olvida», «A mi mejor amigo José, que no se figura cuánto le añoro», «A mi mejor amigo José... a mi mejor amigo José, en quien no dejo de pensar ni un solo día». En las cartas no había nada comprometedor, ella lo sabía bien porque de tanto leer a escondidas había aprendido a interpretar lo que significaban las palabras que no habían sido escritas, que casi siempre decían más que las que mancillaban el blanco del papel; era capaz de descifrar el lenguaje secreto de los amantes, de los adolescentes, de los enamorados, y las cartas que escribía el tal Juan Antonio, aparte de escuetas, estaban limpias como una patena. A veces le preguntaba por los hijos y le decía las ganas que tenía de conocerlos, sobre todo al que se llamaba como él. De ella ni una palabra, o sea, que Juan Antonio o era un maleducado o estaba celoso de que su mejor amigo José tuviera una familia, o las dos cosas a la vez, y motivos no le faltaban para ese resquemor, que había que ver lo guapísimo que era, y ahí estaba, soltero, más solo que la una, sin nadie que le hiciera compañía. Casi tan guapo como José, aunque su marido había envejecido mejor y todavía tenía el mismo pelo espeso y negro que cuando se casaron. Cuando se casaron, hacía tantos años ya. Tanto tiempo juntos y ni idea de quién sería ese Juan Antonio. Ella, mujer de acción que casi nunca pensaba, a veces se sorprendía con la idea de que su marido era un desconocido. «¿Con quién duermo?», se preguntaba algunas noches, mientras miraba de reojo la puerta cerrada del armario y le escuchaba roncar suavemente. «¿Qué sé yo de este hombre?» No mucho, en realidad. Fueron novios cuatro años, se casaron sin encomendarse a Dios ni al diablo, después de que él intentase ser camarero en Mallorca. Volvió a las dos semanas de haberse marchado, más triste y cabizbajo que nunca. Decía que era porque le daba pena no haber aprovechado esa oportunidad, pero a ella esa explicación le olía a cuerno quemado.

—¿Qué oportunidad ni qué oportunidad, hombre de Dios? Si tú nunca has querido dedicarte a la hostelería —le decía en vano para animarle.

Él, que tampoco es que fuera la alegría de la huerta antes de irse, parecía un alma en pena desde que se bajó del barco con una maleta en una mano, tres cajas de ensaimadas rellenas de cabello de ángel en la otra y ni un céntimo en los bolsillos.

—Como me he venido antes no me han pagado —se justificaba con la mirada huidiza—. Te digo la verdad —insistía sin que nadie insinuase que estaba mintiendo.

A menudo le partía la garganta un sonido extraño, ronco, como si ahogase un gemido. Ella se desesperaba.

—¿Se puede saber qué te pasa, hombre de Dios?

Él respondía con frases ambiguas, que si le daba miedo no servir para trabajar, que le apenaba haber quedado mal con quienes le consiguieron el trabajo, que no era por ella, que estaba muy triste.

—No, si de eso ya me he dado cuenta —suspiraba ella.

—¿Qué te parece si nos casamos, Juana? —le preguntó una tarde mi padre, muy

serio.

—¿Así, de repente? —le respondió sorprendida.

Muchas veces había soñado con que él hincase la rodilla en la tierra, le cogiese la mano y le pusiera un anillo de compromiso, como en las películas, mientras le juraba su amor y le confesaba que no podía pasar una noche más separado de ella. Y no es que ella no pudiese pasar una noche más separada de él, la verdad, porque a ella la idea de acostarse con José la dejaba más bien fría. Si se besaban, bien. Si no se besaban, también. Nunca le había metido mano ni mucho menos le había propuesto que se pasaran los mandamientos por el forro y se fueran a la cama sin más miramientos. Nada de eso. Pero lo que tampoco se esperaba era que se lo pidiese así, de esa manera, tan fría, y encima con esa cara de avinagrado.

—¿Crees que esto te alegrará?

—Es que así no hay manera de ahorrar: tu padre se lo queda todo. A este paso no nos casamos ni en diez años, y yo necesito casarme o no sé de lo que soy capaz.

Dijo «necesito» como si en realidad sintiese auténtica necesidad, y a ella, el que no supiese de lo que sería capaz si le llevaban la contraria le pareció el colmo del romanticismo. No vio ningún motivo para decirle que no. A la ceremonia fueron muy pocos invitados. Juan Antonio, desde luego, no era uno de ellos.

La noche de bodas no fue para echar cohetes. Su madre le había avisado para que estuviera preparada para lo peor, «puede que te duela, pero tú cierra los ojos y piensa en otra cosa», le dijo, pero él había bebido más de la cuenta y estaba cansado, torpe, y, como siempre, triste.

—A lo mejor esto no es como te esperas —le advirtió.

—No espero nada, José, sólo que no me hagas daño —dijo ella, con aterradora sinceridad y sin poder quitarse a su madre de la cabeza.

Él se puso más triste todavía, tan triste que ella pensó que se echaría a llorar como un niño chico. Carraspeó.

—Yo nunca te haré daño. —La abrazó, y lo repitió entre sollozos—. Nunca te haré daño, yo no me he casado contigo para hacerte daño, no quiero hacerle daño a nadie, a nadie más.

—¿Pero a quién le has hecho daño tú, hombre de Dios? Si tú eres hasta tonto de puro bueno, si tú no serías capaz de hacerle mal a nadie ni aunque quisieras.

Él negó con la cabeza y espantó algo en el aire vacío con las manos vacías. Después la abrazó con los ojos cerrados y al poco rato ella notó algo duro que se restregaba contra su vientre. De esa noche nació José, mi hermano mayor. A la Nuri la encargaron en la cuarentena de José, y a Juan Antonio, el ojo derecho de mi padre hiciera lo que hiciera, en la de Nuria. Conmigo tardaron siete años más, porque ya había aprendido la lección y no quería pasarse la vida pariendo, como las conejas.

Así que, ¿quién era la Nuri para decir que ella no conocía a ningún hombre? Nadie, nadie, nadie. Una desagradecida. Una ingrata. Una fresca, que nada más que por fastidiarla se había Hado con un sinvergüenza que iba por la calle espantando a

las viejas y atropellando a los gatos con esa moto que hacía un ruido del demonio. Ay. Qué desgracia para una madre como ella que lo único que había querido en esta vida era que la casa estuviera como los chorros del oro, que antes de que se manchara nada ya lo estaba limpiando otra vez, siempre con el trapo del polvo enganchado en el mandil, que una mujer no era limpia en limpiar si no en tener cuidado de no ensuciar, cuánta razón tenía su madre; que ella no se había preocupado nunca de lo que pasaba más allá de su puerta, que ella no había ido más que a lo suyo, a su marido, a sus hijos, que el aliciente de su vida había sido hacer de los chicos hombres de provecho y de las chicas mujeres de su casa. ¿Había sido eso tanto pedir? Pues sí. Parecía que sí: las diez de la noche y la Nuri sin venir. José y Juan Antonio tampoco habían llegado, pero ellos eran hermanos, estaban juntos y además eran hombres. Se reía en silencio. Eran hombres, luego tampoco sabría demasiado de ellos. Por más que figoneó, nunca encontró nada que delatase un rasgo de su forma de ser, así que no perdía ocasión de atosigar a su marido para que les descubriese. «Diles a los chicos que si no quieren tener su propia familia». «Diles a los chicos que dejen de toquetearse en público con sus amigos que les van a poner fama de mariquitas». «Diles a los chicos que se echen novia de una vez». Mi padre la miraba como si fuera un perro, como si la entendiese, pero tenía la cabeza en cualquier otra parte, lejos de su mujer y de sus hijos. Ella fingía que no se daba cuenta y seguía parloteando sin parar. Le dejaba pensar sin preguntarle «¿en qué piensas?» aunque le martirizaba la idea de que quizá pensara en cualquier otra mujer, o, peor aún, en Juan Antonio. A veces sentía lástima, de él, de nosotros, de ella, pero nunca decía nada: era su manera de demostrarnos su amor.

Por mí no se preocupaba. Pensaba que yo era como mi padre y de puro buena parecía hasta tonta. Nunca protestaba por nada, en la vida había dado ningún problema. Era estudiosa, callada, trabajadora, más fea que un pecado, las cosas como fueran. Los otros les habían salido guapos como ellos solos, los varones y la Nuri, pero yo había heredado lo peor de la familia. Tenía feo hasta el nombre, que también tenía guasa: Silvana, que a mi padre le encantaba. Porque mi padre había elegido los nombres de todos: Nuria, como su abuela; José, como él; Juan Antonio, entonces sin motivo aparente; Silvana, por la Mangano.

—Ya podías haber salido a la artista —me reprochaba mi madre de cuando en cuando.

—¿Y cómo, mamá, si no somos familia?

—¿Y qué tendrá eso que ver? Podías parecerte a tu hermana, al menos... Más te vale ser simpática o te quedarás para vestir santos.

Yo suspiraba. Me daba lo mismo ser guapa que fea porque entre mis planes no figuraba encontrar marido, para disgusto de mi madre, que no concebía otro destino para sus hijas que el del matrimonio. Tenía el pelo encrespado, ni liso ni ondulado, la boca pequeña, los dientes grandes, los ojos juntos, la oreja derecha salida. Era bajita y rechoncha, tenía tendencia a tartamudear cuando me ponía nerviosa y, tal vez por eso,

apenas hablaba con nadie.

Me gustaba peinar, y tenía tanta gracia para hacerlo que mi madre no se gastaba un duro en la peluquería desde hacía varios años. Le daba apuro, porque no era más que una cría y en lugar de salir a jugar con mis amigas me pasaba el sábado por la tarde haciéndole la toga, o poniéndole rulos, o cardándole el pelo, o enredándoselo con agua y azúcar para sacarle *rizos* de donde no los había *como* por arte de magia.

—¿Y de dónde has aprendido tú esto, criatura?

—Yo es que de mayor quiero ser peluquera —le respondía con aplomo, como si peluquera fuera lo mismo que médica o que abogada.

—¿Por qué no estudias y eres algo mejor, nena? que las peluqueras están todo el santo día con las manos mojadas —protestaba.

—No, no. Peluquera está bien. Así trabajaré en mi casa y podré cuidar de mis hijos sin separarme de ellos *nunca*, como tú —replicaba para contentarla.

Mi madre sabía que no pensaba tener hijos. La peluquería era mi pasión. Antes, había querido ser misionera, enfermera y monja de clausura. Lo sabía de sobra, aunque nunca se lo dije: lo escribía en un diario que me regaló cuando cumplí once años.

—Esto es para que apuntes las cosas importantes que te pasen. Cualquier cosa, tú la anotas aquí y ya está, como un secreto contigo misma —me dijo mientras me entregaba la caja, envuelta en papel de colores—. Mira, tiene hasta una llave, para que lo cierres bien cerradito y nadie se entere de lo que escribes —añadió con una sonrisa franca.

Con una sonrisa franca y falsa, porque antes de empaquetar su regalo había quitado del pequeño llavero una de las dos llaves del juego. No lo hacía por maldad: era sólo por proteger a los suyos, para entender los problemas que les quitaban el sueño y poder ayudarles. ¿Cómo hubiera podido conocerme, se decía, con lo callada que era? De ninguna otra manera. Así estaba más tranquila: no me gustaba ningún chico, no fumaba a escondidas, no tenía malos pensamientos, no había robado ni pegado a nadie y lo más cerca que estuve de darle un disgusto fue cuando se me metió en la cabeza que quería ser ermitaña y vivir con la única compañía de un oso, un perro de las nieves, una vaca y un par de ovejas. Era rara, pero era lista. A mi madre todavía se le encogía el estómago cuando recordaba la mañana en que abrió el diario y leyó unas frases que la dejaron fulminada: «Mamá, sé que estás leyendo este diario y quiero que sepas que no me enfado, pero a partir de ahora lo que necesites saber de mí me lo puedes preguntar». Se le cayó de las manos de la impresión, porque por un momento tuvo la sensación de que era yo quien la espiaba a ella. Aunque era rara, y lista, también era confiada y seguí escribiendo con la seguridad de que mi madre había aprendido la lección. De hecho, así fue durante unas semanas. Mi madre dejó de leer a escondidas. Dejó, incluso, de entrar a nuestra habitación y nos obligó a limpiar el cuarto, pero la cordura acabó por imponerse y al cabo de un tiempo volvió a estar puntualmente informada de todo lo que pasaba en su casa. Ella

no era más que una madre, una buena madre que lo único que quería era poder ayudar a sus hijos, como las lobas con los cachorros. No era nada más. Y bien orgullosa que estaba.

Por eso no reparaba en que todos los martes por la noche, después de cenar, sufría terribles dolores de cabeza, porque sabía que conmigo no tenía nada que temer: si decía que me dolía la cabeza era porque me dolía la cabeza. Y mejor si me iba a la cama, así se ahorrraba la molestia de tener que pedirme que me fuera a la habitación antes de que pusieran Dallas en la tele, porque en Dallas salía una borracha, una puta y varios asesinos y esos no eran ejemplos para una cría de doce años, menos aún para una tan pava como la suya. Mejor que durmiera.

Pero estaba equivocada. Yo sabía que los martes por la noche eran míos: mi madre se quedaba embelesada delante del televisor, mi padre trabajaba hasta tarde dando vueltas por la ciudad con el taxi, mis hermanos no llegaban hasta bien entrada la noche y la casa entera quedaba a mi disposición. Aunque no era la casa lo que me interesaba: a mí sólo me llamaban la atención los secretos que custodiaba: el libro de sexo del doctor López Ibor que mis padres escondían en la cómoda de su habitación, las revistas guarras que mis hermanos guardaban como oro en paño entre el colchón y el somier, las bragas casi transparentes, que la Nuri doblaba dentro de otras blancas, castas, de algodón.

Los martes eran mágicos. Por la noche, los martes me volvían invisible, liviana, delicada, hermosa. Por eso mi madre no me veía ni siquiera cuando salía del comedor para escudriñar por la ventana por si llegaban los que no estaban. Cuántas veces había tenido que contener la respiración acurrucada entre las cortinas prácticamente pegada a ella sin que nunca llegase a verme. Una noche, casi me delato. Parecía tan triste mientras miraba hacia la calle que sentí que una terrible congoja me nacía en el centro mismo del estómago. Hacía frío. Mi madre se arrebujo dentro del batín y se juntó las solapas alrededor del cuello con una mano. Se llevó la otra a la frente. Luego al pelo. Luego a la boca. Entornó los ojos, seguramente cansada de ver tanta oscuridad, y con los dedos trató en vano de amordazar un lamento, ay, suspiró al fin, como si sintiera un dolor tan inconsolable que extendí los brazos para acurrucaría en ellos, para decirle «no pasa nada, mamá», pero entonces levantó la mirada y vio a la gente que estaba en la calle a esas horas y que desafiaba a la noche, al invierno, al miedo, y de las mismas entrañas le salió una frase, «hijos de puta», una frase dirigida al mundo en general, a la pareja que se besaba dentro del coche mientras esperaban a que el semáforo se pusiera verde, al motorista que se lo saltaba en rojo, quién sabe si el novio de su Nuri, a los hombres que caminaban con prisa porque tenían ganas de llegar a su casa, con sus mujeres, con sus hijos, y que se despedían con una palmada afectuosa en la espalda.

«Hijos de puta», sollozó de nuevo. Esa fue la primera vez que sentí que no era mala, sólo infeliz, y tuve la certeza de que mi casa era un rompecabezas que sólo yo sabía descifrar, yo, yo sola, la que nadie tenía en cuenta, la que una vez se dejaron

olvidada en unos grandes almacenes porque estaba tan callada que pensaron que me había quedado en casa.

—Eso no es excusa, señora. Olvidarse de un hijo es lo último. Lo último. De buena gana le pondría una multa si pudiera, so mala madre —le reprendió el vigilante cuando fueron a recogerla horas después.

—Es que usted no sabe lo callada que es esta niña. ¡Si es que parece que no esté! —se justificó.

—Que no es excusa, le digo. Márchese antes de que dé parte a la policía. Qué vergüenza, con la de gente a la que Dios no les manda hijos y a ustedes... Qué injusto es el mundo.

En casa estuvieron enfadados más de un mes. Me culpaban del bochorno, como si me hubiera quedado aposta en la planta de menaje del hogar, como si a mí me hubiera gustado pasarme la tarde entera en un cuartucho con la única compañía de un aprendiz de delincuente que llevaba semanas robando uno a uno los episodios nacionales de Benito Pérez Galdós hasta que los guardias jurados habían frenado su carrera en el volumen treinta y seis y que esperaba avergonzado a que su hermano fuese a rescatarle, como si me hiciese feliz la idea de ser transparente para mi familia.

—La próxima vez te quedarás en casa —amenazó mi madre.

—De eso nada —protestó mi padre—. La próxima vez te ataremos un cencerro al cuello y se acabó. O mejor, nos lo atamos nosotros, que somos unos borregos por haberte olvidado —bromeó.

A mí no me hizo gracia, pero no lloré. Me daba vergüenza. De hecho, casi me daba más vergüenza llorar que hablar.

Por eso las noches de los martes me gustaban más que nada en este mundo: porque me convertían en la reina de la casa, en la que lo sabía todo, en un hada que pasaba de puntillas por el pasillo, sin hacer ruido, que se colaba en las habitaciones, que abría y cerraba cajones, que revolvía la ropa sin que nadie se diera cuenta, que se pintaba los labios y jugaba a hacer muecas frente al espejo, que se bajaba los pantalones del pijama y se buscaba entre las piernas los pliegues de los dibujos del doctor López Ibor. Así fue como me enteré de que me había bajado la regla, como empecé a sospechar que mi padre tenía un amante y como los martes dejaron de ser el mejor día del mundo para convertirse en el origen de mis pesadillas.

Ese martes, en concreto, el martes en el que todo cambió, estaba de lo más entretenida con un espejo de aumento en el cuarto de baño. Había colocado frente a mí el libro, me había separado los labios menores o ninfas con los dedos, había estado comprobando que lo tenía todo en el lugar preciso, el prepucio, el frenillo y el glande del clítoris, el himen, el orificio vaginal, el meato urinario, el monte de Venus, la fosa navicular, el rafe perineal, la comisura posterior de los labios, el esfínter y la hendidura anal, en fin, el conjunto de órganos genitales externos que constituían la vulva según el grabado de la página trescientos setenta y uno del libro, un grabado, por lo demás, de lo más horroroso, y me disponía a analizar con detenimiento la

profundidad de la vagina, puag, qué asco me daba, menudo nombre, vagina, incapaz era de repetir esa palabra delante de otras personas, no le había dicho a nadie que la sabía y sin embargo, cuánto me gustaba mirarla, mi vagina me tenía hechizada, qué engañosa, tan pequeña como parecía y por ahí salían los niños, por ahí, y no por el ombligo, como me había dicho mi madre. Me introduje un dedo para ver si era cierto lo que había oído en el recreo, que comunicaba directamente con el estómago, y lo saqué lleno de sangre. Primero pensé que me había perforado las tripas, pero luego me calmé y recordé que otras niñas de mi clase ya me habían hablado de lo que eso significaba: que me había bajado el cuerpo, la regla, el periodo, la menstruación, el tomate, el paquete, el primo que viene los viernes, que ya no podría hablar con los chicos si la tenía porque sólo por eso podía quedarme embarazada, que estaba prohibido mirar a mi madre mientras hacía la mayonesa porque la echaría a perder, adiós a bañarme, a lavarme el pelo, a mojarme las manos si quiera, que pronto me crecerían las tetas y dejaría de tener cuatro pelos *ahí* porque ya era una mujer. Sonreí. Ya era una mujer, como mi hermana, como mi madre, ya estaba un paso más cerca de poder cumplir mis sueños, de abrir mi peluquería, de convertirme en una persona de mundo, de conseguir que mi silencio no fuera una grosería, sino un misterio y dejar de ser tan sólo una niña sosa callada. Me sentí feliz, feliz, feliz, y salí al balcón para respirar el mismo aire de siempre que esa noche me parecía nuevo.

Quería mirar el mundo con la mirada de la persona mayor en la que acababa de convertirme, y me fijé en la luna y le pedí un deseo: que se haga pronto de día para poder contárselo a Ana y a Amparo, que sean ya las ocho de la mañana, que mis amigas me envidien por una vez en la vida porque soy la primera. Me apoyé en la barandilla y cogí una pinza del tendedero para hacer como que fumaba. Fingí que expulsaba el humo despacio, como hacían en las películas, y me dije que en esa vida nueva que empezaba esa misma noche no estaría mal que fuese distinta, más atrevida, más ocurrente, más expresiva, mejor, y cuando ya lo tenía todo decidido, mi nueva vida planificada al detalle, fue cuando lo vi.

Un coche se detuvo en la esquina, justo debajo de la farola que no alumbraba desde hacía semanas. Apagó las luces, pero dejó encendido el motor. Hacía un ruido suave, y en el interior a oscuras centelleaban las brasas de dos cigarros. Me imaginé que dentro se besaba una pareja de novios, tal como haría yo misma pronto, ahora que ya era una mujer. Se abrió la puerta y del coche salió mi padre con la expresión más triste que le había visto en toda su vida, y Dios sabía que le había visto muchas. Rodeó el coche y se acercó hasta la ventanilla del conductor. Puso su mano sobre el cristal, extendida y la persona que aguardaba dentro colocó la suya encima desde el interior; permanecieron así unos minutos, callados, inmóviles, acariciándose de una forma tan íntima que sentí vergüenza de estar acechándola de esa manera. Entonces lo supe. Si eso mismo hubiese pasado otro día, antes de que ya fuera una mujer, todo hubiera sido distinto. Pero esa noche no tuve duda ninguna: mi padre tenía una amante. ¿Cómo era eso posible? ¿Qué le faltaba en su casa, si mi madre estaba

siempre pendiente de él, si todo se hacía tal como él quería? Mi madre, ay, mi madre, ahora la comprendía, ahora más que nunca, ahora que yo también era una mujer, ahora entendía esa mortificación que siempre la acompañaba, siempre, hiciera lo que hiciera, pasara lo que pasara. ¿Cómo no iba a estar triste?

Sentía que me iba a desmayar, pero cuando la amante de mi padre bajó el cristal para despedirse de él, creí que lo que me rondaba no era el desmayo sino la muerte: una mano grande, fuerte, asomó por la ventana y agarró la de mi padre. A la mano le siguió una cabeza, y a la cabeza una cara de hombre.

Me escondí en el balcón. No quería que me vieran, ni ver a nadie nunca más. Sólo llevaba unos minutos siendo una mujer y ya había comprendido que mi madre tenía toda la razón del mundo: la vida no era más que una mierda y los hombres un hatajo de hijos de puta. Y entonces perdí las ganas de comunicarme con el mundo.

La primera vez que me enamoré tenía trece años. Él ya había cumplido los quince. Pepe. Era de Tenerife pero había venido a Pinelló para visitar a la hermana de su madre, porque su madre, que también era de Pinelló, había conocido una madrugada en Mercavalencia a un comerciante de plátanos de Canarias y lo había dejado todo para vivir plenamente ese amor prohibido. ¿Qué por qué era prohibido? Pues porque la familia de la madre, naranjera de toda la vida, odiaba con todas sus fuerzas a los que hacían negocios con otras frutas. La que se lio en esa casa fue la de Dios es Cristo, pero la madre de Pepe puso su amor por encima de todo, el mundo por montera se puso, y se casó por poderes con el canario para que él la reclamase desde las islas como su legítima esposa; luego, con el tiempo, cuando el plátano alcanzó el lugar que merecía en la pirámide nutricional y el marido amasó una auténtica fortuna, la familia de ella les perdonó, y recibía a la hija, al yerno y al nieto con los brazos abiertos cada mes de marzo, porque que pasara las fallas fuera de Valencia sí que no se lo hubieran perdonado jamás.

En verano iban ellos para allá, en agosto, porque el platanero, hombre bueno que no conocía el rencor, les pagaba los billetes de avión, en primera, que para eso estaba forrado, y las habitaciones en el mejor hotel de toda la playa de los Cristianos, la visita al Teide, el paseo en camello, y también las toallas, las mantelerías, las sábanas, los relojes, el tabaco y los frascos de colonia que compraban allí, que en esa época eran muchísimo más baratos que en la península. Él no era persona de escatimar el dinero, y los llevaba de isla en isla en sus aviones y barcos privados para que no se perdiesen detalle alguno. Eso me lo contó Pepe en las cartas que me enviaba con compás de enamorado, es decir, primero una al mes, después cada quince días, más tarde a la semana y al final, prácticamente a diario. Así nos pasamos un año.

Cuánto quise a Pepe. Eso nadie lo podrá saber jamás. Nadie que no haya sido como yo, al menos. Nadie que no haya tenido una vida como la mía, que no es que fuera el colmo de las tragedias, pero que no era una vida feliz. Para qué voy a mentir:

era una vida de mierda, porque las cosas no son como son, sino como a ti te lo parecen. Hoy ya sé que una mala infancia es la de los niños de Somalia, o, sin tener que irme tan lejos, la de los críos que vivían en chabolas a pocos metros de mi casa, que a mí me daban hasta envidia porque no tenían que ir a clase y se pasaban el día correteando medio en pelotas por la calle. El cuarto mundo, lo llaman ahora. El caso es que entonces me parecía que mi vida era el acabo de las desgracias porque me sentía condenada a vivir para siempre una existencia equivocada, como los transexuales que salen por la tele y cuentan que han nacido en el cuerpo que no les corresponde. Tenía tan poco que ver con mi familia que a menudo pensaba que en el hospital se habían confundido al entregarle el bebé a mis padres.

En el colegio las cosas no iban mejor. Todas las niñas eran más guapas y más listas que yo, y casi siempre llevaban la ropa que a mí me estaba vetada, no porque mis padres no me la pudieran comprar, que sí podían, sino porque me sentaba lo mismo que tres patadas en la boca del estómago, como esa vez que me empené en ponerme ese mono rojo que estaba tan de moda desde que Leif Garrett lo sacó en la tele. Barrilete me llamaron en todo el colegio desde ese día. Barrilete. Hijos de puta. Para que luego hablen de la inocencia de los niños. Me pusieron fama de lerda y de aburrida. Singana me llamaban. Cabronazos. No era verdad que fuese una sosa. Lo que ocurre es que era tan fea que quería pasar desapercibida. Por eso estaba casi siempre callada. Y luego estaba mi hermana, tan guapa que daban ganas de tirarle pétalos de flores a su paso, como si el destino quisiera no ya gastarme una broma sino reírse de mí directamente.

De no haber sido por Ana y Amparo, me habría suicidado. De hecho, una vez lo intenté. Me sentía tan triste, tan fuera de lugar, que cogí una cuerda del tendedero de la galería y pegué con cola cada extremo en la escalera de casa. Después, bajé corriendo los escalones con la intención de tropezarme con ella y desnucarme al caer rulando, pero la sogá se despegó en cuanto la rocé con el pie y mi intento de suicidio se saldó con un desconchón en la pared y una herida mortal en mi amor propio. Entonces llegó Pepe. Pepe y sus cartas con mi nombre en el sobre, Silvana Lozano Palau, calle San Juan Bautista, patio 11 puerta 2, Pinelló, Valencia, España. Pepe y su fotografía dedicada «A Silvana con amor», un retrato que fotocopié y que me plastifiqué para forrarme con él todas las libretas, la de matemáticas, la de naturales, la de lengua, todas, para que Pepe me quisiera en cada una, y gritara ese amor a las más guapas de la clase y a los chicos también. ¿Me despreciáis? No me importa. Mirad qué promesa de hombre me espera al otro lado del Atlántico, mirad qué mentón más recio, qué piel sin granos, qué pelo tan negro, qué labios, qué cejas, qué ojos. Mirad qué amor. Mirad qué amor del bueno, del que te ayuda, del que te convierte en una persona mejor, del que te da tranquilidad, y esperanza. Ganas de vivir. Eso me dio mi Pepe cuando tenía trece años y el mundo se hundía a mis pies cada mañana una vez más.

Lo nuestro no podía durar. Yo lo sabía. Éramos demasiado jóvenes, y la distancia

no era más que el menor de nuestros obstáculos. El principal se nos presentó una tarde de sábado, cuando Ana vino a casa con el *Super Pop* en las manos. Cada quince días lo compraba una de nosotras para que nos saliese más barato, y después lo leíamos juntas. Esa semana nos moríamos de ganas de tenerlo porque contaba cómo era la vida de Javi, el rubio de los Pecos, en la compañía de Zapadores, donde hacía el servicio militar.

—Esto es el fin —dijo cuando entró en mi habitación.

—¡Pero qué dices, tía! Cuando acabe la mili volverán a cantar como siempre —contesté.

—Hombre, luego tendrá que irse Pedro... Con tantos cantantes nuevos que salen, igual ya no pueden volver porque ya no les quieren —añadió Amparo, que era la menos fan de las tres.

—Eso también puede ser.

Ana abrió la revista por la página treinta y dos.

—¿Quieres irte a estudiar COU a Inglaterra? ¡Si aún estamos en octavo! —le pregunté.

—Noooo. Fíjate bien en el anuncio, tía —contestó.

—Qué fuerte... —Amparo fue la primera en verlo. Se tapó la boca con las manos—. Qué fuerte —repitió—. Con lo bien que nos estaba saliendo...

—Bueno... ¿Y qué? Pepe es un tío superguapo. ¿Por qué no va a ser modelo? —balbucí.

—Es que es modelo, Silvana.

—¿Y qué? —insistí—. Cuando recortamos la foto ya lo era y nadie se ha dado cuenta, nadie nos ha dicho nada.

—Pero es que ahora ha salido en el *Súper Pop*, no en una revista cualquiera, y en el colegio lo pueden ver, que se la compran todas, ¿o no sabes? No podemos seguir...

¡Que ha salido en el *Súper Pop*, tía, nuestra Biblia! —volvió a decirlo, por si no lo habíamos entendido a la primera—. Esto tiene que acabar, pero ya.

—Yo no quiero dejarlo... ¿Qué voy a hacer, si lo dejo?

—¿Y qué vas a hacer si se dan cuenta de que te lo has inventado? Todo el mundo se reiría de ti, y ahora con toda la razón del mundo. Y no sólo se reirán de ti: también se descojonarán de nosotras, porque todo el mundo se imaginará que te hemos ayudado en esta mentira.

—En esta mentira idiota —recalcó Ana—. Perdona que te lo diga, pero estamos en este lío por tu culpa, porque empezamos a hacer esto porque tú decías que los demás te despreciaban, y no es así.

—Sí que es así. Nadie quiere estar conmigo porque soy fea y gorda...

—Lo que eres es gilipollas por pensar esas cosas. Eres como todas las demás. No eres la más guapa ni la más fea, ni la más gorda ni la más flaca... Eres normal. Bueno, normal no eres. Eres especial y por eso nos tienes a Ana y a mí a tu lado siempre, por eso somos las tres mejores amigas del mundo... ¿Nunca lo has pensado?

Si fueras como tú crees, nosotras no seríamos tus amigas.

—Eso es verdad. Empezamos a escribir las cartas porque tú te empeñaste, para que te sintieras mejor. Pero tarde o temprano esto tenía que acabar.

—Pero es que yo *necesito* recibirlas... Me siento tan feliz cuando las leo, cuando tengo entre mis manos lo que alguien es capaz de sentir por mí...

—¡Pero si las escribo yo! —gritó Amparo—. Me preocupas, Silvana, te lo digo de verdad. Aunque el falso Pepe no hubiera aparecido en el *Súper Pop* esto sería el final.

Nos quedamos calladas. Yo no paraba de llorar.

—Pues que corte conmigo, por lo menos... —le supliqué—. Pepe no me dejaría así, sin más ni más.

Por más que Amparo protestó y protestó, al cabo de unas semanas en las que no tuve noticias de mi amor de ultramar, al fin encontré una carta suya en el buzón. Amparo las enviaba desde el edificio de Correos de Valencia, cuando una vez a la semana iba a una academia de informática en la plaza del Ayuntamiento. Yo ya sabía que era el final y, aun así, la abrí con dedos temblorosos y el corazón a punto de estallar. Pepe me dejaba porque ya nunca podría volver a Pinelló. Toda su familia había muerto en un accidente de teleférico cuando iban a pasar un domingo en la cima del Teide. Él había salvado la vida de puro milagro, porque se quedó agarrado a un banco del funicular hasta que llegaron los equipos de rescate. La última imagen que tenía de su familia era la de una cesta de *picnic* precipitándose al vacío, el potaje canario, el salpicón, el queso, el pan, el mantel de cuadros, los cubiertos, todo por los aires, y, al fondo, su madre lanzándole besos en su terrible caída mortal, gritándole que le quería con su último aliento. Esperaba que me hiciera cargo de que así ya no podríamos seguir con lo nuestro porque él no era capaz de perdonar a su familia valenciana como lo habían hecho sus padres en vida, aunque me juraba un millón de veces que nunca habría otra como yo en su corazón y que cuando se casara y amara a su esposa en las noches nupciales yo sería la que apareciese en sus pensamientos hasta el día en que se muriera, y que hasta el día en que se muriera maldeciría otro millón de veces al hombre que sí me llevara al altar, ese infame que no tendría la mala suerte que tenía él, no por perder a su familia, que el tiempo todo lo cura, sino por perderme a mí, herida abierta para siempre en sus entrañas.

Cuánto le lloré.

La vida sin Pepe ya no tenía sentido ninguno. Lo único que me confortaba era la hora del recreo, cuando alguien me pedía que le enseñase su última carta. Hasta ese momento, nadie me había querido leer ninguna, aunque yo ofrecía la posibilidad como prueba del amor que mi Pepe sentía hacia mi persona, pero la tragedia tiene un curioso poder de convocatoria incluso en los patios de colegio, y a veces hasta se formaba cola para leerla. Yo era como Isabel Pantoja después de morirse Paquirri, pero a pequeña escala: ella era la viuda de España y yo, la de la escuela. Duró poco tiempo. En un par de semanas, nadie se acordaba ni de mi Pepe ni de mi desgracia,

pero empecé a darme cuenta de que no me ignoraban como antes.

—Eso es lo que tú te crees —me dijo Amparo—. No te ignoran como antes porque antes no te ignoraban. Te trataban exactamente igual, y si no te han mandado a la mierda, a ti y a nosotras, es porque son un hatajo de descerebrados que no tienen idea de nada, porque esa carta no hay quien se la trague.

—¿Qué dices, tía? Si es una carta preciosa, hasta hay niñas que han llorado y todo, y yo misma me inflo a llorar cada vez que la leo...

—Claro que es preciosa. Sólo faltaba eso. Si voy a ser periodista tendré que escribir bien, por lo menos —contestó con orgullo—. Pero cualquiera con dos dedos de frente se daría cuenta de que lo que Pepe dice no tiene ni pies ni cabeza. Lo que tienes que hacer ahora es olvidarte de todo esto, de todas estas mentiras y de tus manías.

—Eso es verdad —Ana le dio la razón—. No vuelvas a pensar esas sandeces, deja de creerte menos que nadie porque no es cierto. ¡Tienes catorce años! Ya tendrás tiempo de comerte la cabeza cuando seas mayor... Ahora, diviértete, disfruta de la vida, y olvídate para siempre de Pepe y de sus cartas.

Pero no podía. En mis pensamientos, Pepe era real como la vida que, sin él, no era capaz de vivir. No comía.

No salía. No dormía. Se me hacía de día imaginando si a fuerza de pensar en él no habría sido capaz de crearlo, o, siendo más realista, si no existiría de verdad y yo lo había presentido. ¿Por qué no? ¿Acaso no decían que la realidad supera la ficción? Pues la ficción estaba llena de casos como el mío, de medias naranjas que vagaban por el mundo como almas en pena hasta que se encontraban, de personas que se descubrían por aparente casualidad cuando en realidad estaban predestinadas. El destino. ¿Qué tendría reservado para mí, el destino? ¿Habría algún Pepe añorándome en Tenerife, aún antes de conocerme? Fantaséaba con la idea de escaparme, coger un avión y plantarme allí hasta dar con él. Estaba segura de que le encontraría, de que me reconocería. Adelgacé cinco kilos de la misma pena. Aun así, seguían llamándome Barrilete. Hijos de puta. Era incapaz de concentrarme, mucho menos de estudiar. Repetí curso. Aun así, dejaron de llamarme Singana. Cabronazos. Y entonces conocí a Ramón.

—¿Cómo estás? —me preguntó el primer día de clase.

—Bien. ¿Por qué?

—Por nada. ¿Has sabido algo más de Pepe? ¿Ha venido?

—¿Y a ti que te importa?

—No, nada.

—...

—...

—¿Entonces?

—¿Qué?

—Que si ha venido.

—Ni siquiera sé quién eres, ¿para qué te voy a contestar?

—Sí sabes quién soy.

—No.

—Sí lo sabes. Vivimos en la misma calle. Somos vecinos. Lo que pasa es que nunca me has saludado.

—Es que eres un crío. ¿Cómo te voy a saludar?

—No soy ningún crío. Tengo la misma edad que tú, lo que pasa es que tuve glomerulonefritis aguda a los ocho años y perdí un curso, pero hasta entonces fuimos a la misma clase y todo.

—¿Glomeruqué?

—Glomerulonefritis aguda, una inflamación del riñón que no me dejaba filtrar la sangre. Casi me muero.

—...

—¿Entonces?

—¿Entonces, qué?

—Que si ha venido.

—No.

—Mejor.

—¿Mejor?

—Mejor.

—¿Mejor?

—Mejor. Ese tío era un mentiroso.

—...

—Leí su carta, la última. La leí varias veces. Todo lo que ponía era mentira, todo estaba mal. No sé como nadie te lo dijo a la cara.

—¿Ah, sí?

—Sí. En la cima del Teide no se puede merendar. Lo sé porque he ido de vacaciones con mis padres este verano. Y no hay teleférico, y si no hay teleférico nadie se puede matar en un accidente de teleférico.

—Pues vaya.

—Pues sí.

—Pues vaya.

—Si no quería seguir contigo podía haber sido más valiente.

—Más valiente, sí.

—Sí... Y además...

—¿Qué?

—No. Nada. Que no conozco a su familia de aquí.

—¿Conoces a todo el mundo, o qué?

—No, pero nadie que yo conozca conoce a nadie que se casara con un comerciante de plátanos de Tenerife...

—¿Y qué? Eres un crío. No me extraña que no haya querido saludarte antes.

—Bueno, pero ahora vamos a la misma clase.

—¿Y qué?

—Nada. Que creo que Pepe era un idiota.

—...

—Si quieres, yo también puedo escribirte cartas. Pero en las mías te diré la verdad.

—...

—Eres la más guapa de todo el colegio.

—Para mí eres la más guapa, de verdad.

—¿Puedo escribirte, entonces?

—...

No tenía ni quince años. Hoy tengo treinta y uno. Dos hijos. Un marido. Una peluquería. Setecientas sesenta y ocho cartas. La vida en el aire. Y nadie lo sabe.

La vida en el aire.

Eso es lo que tengo. No es tan malo. Saber donde pisas está bien cuando lo que pisas es suelo firme, suelo amable que te conduce en la buena dirección, pero cuando no tienes ni idea de qué es lo que te va a suceder en el siguiente paso lo mejor es desconocer también todo lo demás. Sé de lo que hablo. Hay noches en las que sueño que cojo un tren sin saber adónde va, y me siento tan feliz, tan ligera de equipaje, que cuando me despierto por la mañana tengo que hacer esfuerzos para no llorar. No es que sea infeliz. Es que la vida pesa demasiado. Entonces miro a Ramón, todavía dormido, y me pregunto con qué soñará él. Llevo dieciséis años durmiendo a su lado, y no sé con qué sueña. Eso también me da ganas de llorar. Muchas. Sé casi todo de él. Sé que gasta la cuarenta y cuatro de pantalón, la ele en las camisas y la ropa interior, que hay que cambiarle las suelas de los zapatos cada dos por tres porque desgasta más el lado de dentro porque tiene una desviación en la columna, una pequeña, que le provoca dolor de espalda hacia final del día y que le hace vencerse hacia la derecha cuando camina deprisa. Sé también que le agobia llevar corbata, que es del Levante y del Barça, que se muere de la risa con los chistes de Chiquito de la Calzada, que se pasa el día farfullando pecaorrr de la pradera no puedorrr no puedorrr, jarrrr; que todas las noches se queda como un tronco con un libro entre las manos aunque nunca sea capaz de pasar más que un par de páginas porque el cansancio puede más que sus ganas de no ser un patán descerebrado que no sabe más que hablar de deportes o del tiempo con los pasajeros; que le gusta cualquier cosa a la hora de comer menos los sesos y el hígado; que adora a sus hijos, que sabe que Tomás y José son lo mejor que ha hecho en esta vida, lo mejor, que disfruta llevándoles al fútbol, a pescar, a montar en bicicleta por la playa, que se vuelve un niño otra vez jugando con ellos. Sé que no es hombre de bares, que no le gusta su trabajo pero no se queja porque de no ser por el taxi yo no hubiera podido abrir la peluquería, ni podríamos irnos de vacaciones al

menos una semana cada verano. Sé que a veces disimula cuando llega a casa, cansado por un mal día, y que más de una vez me ha ocultado un atraco para que no me preocupase. Sé que nunca se duerme sin darme un beso de buenas noches aunque estemos enfadados, y que le duele en el alma no poder darme lo que me prometió. Sé que siempre me ha querido, incluso ahora, ahora más que nunca, porque sé que Ramón es una buena persona. Lo sé. Pero no sé con qué sueña. Antes sí lo sabía.

Los sueños de Ramón siempre estuvieron ligados a la tierra firme. Por querer, a él le hubiera encantado ser una estrella del fútbol, un banquero de éxito o un lobo de mar, pero sabía de sobra que se agotaba antes de acabar el primer tiempo, que los números se le emborronaban en la cabeza, que se mareaba cuando la golondrina que llevaba a los turistas a dar una vuelta por el puerto aún ni había salido de la bocana; por eso sus deseos se limitaban a estudiar mecánica o electrónica al acabar el colegio y, con el tiempo, abrir un taller de coches o uno de reparación de televisores y antenas. Ese era su sueño. Ese, y hacerme feliz todos los días de su vida. Así me lo dejó escrito en una carta el día de nuestra boda.

Todavía lo estoy viendo. Me pareció que no era más que un niño asustado fingiéndose hombre, con ese traje gris que le estaba grande porque había adelgazado desde que se lo compró, tres semanas atrás. Yo había engordado, pero era de lo más normal estando embarazada. Mis padres fueron a hablar con los suyos. Bueno. Mi madre fue la única que habló. Los demás fingíamos oírlo y tratábamos de pensar en otras cosas que nos aliviase la angustia y las ganas de salir corriendo. Yo pensaba en el cuerpo desnudo de Ramón, que era lo único que me quitaba esa tristeza aunque fuera la causa de todos mis males. Pero ahí, en el comedor de sus padres, sentada en la silla al lado de los míos, con la cabeza agachada para no ver ni a mi madre ni a la pareja de leones que mis suegros tenían colgados en un tapiz casi tan grande como la pared, lo único que me mantenía serena era recordar el momento en el que por fin Ramón había logrado vencer mis defensas, una a una hasta derrotarlas todas. Recordar. Como si no estuviese aturdido frente a mí. Recordar. Recordarle. En tiempos mejores. En esas otras tardes en que había tratado de convencerme para que nos acostásemos, a veces con promesas de amor inmortal, a veces mostrándome la evidencia en el bulto que se apretujaba contra mis piernas en el último abrazo. «No me puedes dejar así», me decía. Me suplicaba. Me cogía de las manos y trataba de acercárselas a la bragueta, pero yo las retiraba de inmediato. A cambio, le dejaba que me rozase las tetas por encima de la ropa y le abrazaba con fuerza, le estrechaba en mi pecho como si le acunase, y él se dejaba mecer suavemente, con la mirada perdida y las manos aferradas a mi nuca hasta que la respiración se le entrecortaba y se agitaba entre mis brazos. «No voy a poder esperar mucho más», me decía.

—Es verdad, tía. ¿Cuánto tiempo más crees que podrá conformarse con eso? — dijo Ana la tarde en la que les conté mis dudas.

Estábamos sentadas en un banco. Anocheceía. Olía a mar.

—Y, además, ¿esperar a qué? Después del tiempo que lleváis no me dirás que

tienes miedo a que no te respete.

—No es eso, Amparo.

—¿Qué es, entonces? ¿No te apetece?

—Apetecerme... No sé... Tengo curiosidad, pero también tengo miedo...

—¿Miedo a qué?

—A no hacerlo bien, a no gustarle... —miré a Ana en busca de comprensión—.

¿Y si no le gusto cuando me vea desnuda?

—¿Cómo no le vas a gustar? Si te ha visto un montón de veces en bañador, ya sabe cómo eres.

—¿Y si desnudos es distinto?

—¡Y tan distinto! Desnudos es mucho mejor —se burló Amparo.

—No tienes que hacerlo si no quieres. Yo tampoco lo he hecho con Juan Carlos todavía.

—Pero tú llevas menos tiempo que Silvana y Juan Carlos no tiene sangre en las venas. Si le dices que quieres llegar virgen al matrimonio ese no te dice ni mú.

—A mí lo tuyo tampoco me parece muy normal, qué quieres que te diga.

—Por lo menos yo no soy una estrecha reprimida como vosotras.

—Nosotras no somos ningunas reprimidas, ni Silvana ni yo. Y además, te recuerdo que ya lo he hecho. Lo que pasa es que volveré a hacerlo cuando esté preparada, y Silvana también, ni antes ni después. Ni cuando quieran ellos ni cuando quieras tú.

—Yo no quiero que lo hagáis si no queréis, ¿qué te crees? Yo lo que quiero es que no os comportéis como si fueseis vuestras madres. Y ya puestos, Silvana, me gustaría que fueras un poco más echada para adelante. No pasa nada porque le dejes que te toque un poco las tetas, tía, ni porque tú le toques a él. Eso no te va a convertir en una guarra, y, además, te adelanto que te va a gustar más de lo que crees.

Nos reímos.

No es que fuera una estrecha. Es que me daba vergüenza que Ramón supiese cómo era yo en realidad, porque por más que insistiera Amparo mi cuerpo no era lo mismo desnudo que en bañador. La belleza había pasado de largo conmigo. Me avergonzaban mis kilos de más, puestos uno detrás del otro justo encima de mi barriga, en el culo y en las tetas. Si hubiera sido como mi hermana... O tampoco. Puede que si hubiera estado tan buena como la Nuri tampoco le hubiera dejado a mi novio que pasara a mayores, porque mi propio deseo también me daba vergüenza. De hecho, era lo que más me avergonzaba. En el libro del sexo que tanto me gustaba quedaba bien claro que la mujer sólo debía mostrarse ante su esposo, y aunque mi educación sexual había ganado bastante gracias al *Súper Pop*, el *Nuevo Vale* y, a veces, al *Elle* y al *Marie Claire* que le tomaba prestados a mi hermana, yo no podía quitarme de la cabeza todo lo que había leído. Si era verdad lo que decía el libro y Ramón iba a verme sollozar y lloriquear en pleno acto sexual como una niña a la que le niegan algo, o, peor todavía, si delante de él iba a desvanecerme de puro placer, o a

caer presa de un ataque de llanto que me sacudiría completamente y que requeriría unos minutos de tierna y afectuosa confortación por su parte, si eso era lo que me esperaba, yo, sinceramente, prefería mil veces beber lejía.

A pesar de todo, un día, sin saber por qué, le dejé que metiese la mano por debajo de la camiseta, y otro, le permití que me desabrochase los botones de la camisa, y al siguiente, no supe impedir que me levantase la falda, me acariciase los muslos y juguetease con la goma de mis bragas. Después no le retiré la mano cuando una tarde la usó para acercar la mía a su pantalón. Se dejó acariciar con una ternura tan infinita, tan infinita, que supe que de verdad me quería.

Y entonces Teresa Camacho nos invitó a hacer espiritismo en el piso vacío que sus padres querían alquilar en la calle de la Paz, frente a las vías del tren. Era una casa pequeña, con una cocina larga y estrecha y un baño pequeño y oscuro. El suelo era negro con vetas blancas; tenía tres habitaciones, dos pequeñas que daban a un descampado lleno de polvo y de camiones aparcados en espera de un viaje, y una más grande que se precipitaba a los raíles por el que pasaban los trenes con el estrépito del fin del mundo; a ese lado también daban el balcón y el comedor, y el tablero, el vaso y las velas que habíamos llevado para nuestra sesión de espiritismo temblaban cada vez que pasaba el tren. «Si estás ahí, manifiéstate», le exigía Teresa Camacho al espíritu. Ramón me apretaba muy fuerte la mano, pero como ningún fantasma acudía a nuestra invocación al poco rato nos pusimos a beber cervezas de litro en vasos de plástico, a comer patatas fritas y a fumar cigarros de un paquete de Ducados que alguien había dejado olvidado en una esquina del salón. A mí ese piso me pareció el más feo del mundo. «No me extraña que sus padres no lo alquilen ni a tiros», le susurré a Ramón, sin saber que cuando todos empezaran a marcharse él iba a pedirle a Teresa que nos dejase quedarnos un rato más, ni que cuando ella le dijese que sí, a regañadientes, Ramón acercaría las velas que antes habían iluminado nuestro absurdo juego para alumbrar el momento en el que me desnudase despacio, sin prisa, deteniéndose en cada trozo de mi piel que quedaba al descubierto. Me ayudó con mi ropa, y cuando terminó, comenzó con la suya. Al quitarse la camiseta, se le despeinaron un par de mechones del pelo y yo levanté la mano para ponérselos de nuevo en su lugar, pero él me detuvo con un beso. ¿Cuánto tiempo llevaba Ramón pensando en ese momento? No lo sé, ni sé tampoco dónde aprendió a hacer todo lo que me hizo, de dónde sacó todas esas palabras, Ramón, mi Ramón, un Ramón nuevo, mayor, ay, mi Ramón, dónde había tenido escondidos esos brazos, todos esos brazos, imposible que fueran sólo dos, dos manos, imposible, tantos dedos, tantas bocas, tantos besos, tantas palabras. Ay, Ramón. ¿Cuántas? ¿Cuántas veces me dijo que era su dueña, que era su estrella, que era el faro que le guiaba? ¿Cuántas veces me dijo que mi cuerpo era su patria, su tierra, su religión? Que yo era su Dios, me dijo. Tantas veces me dijo todo lo que me dijo que me olvidé de todo lo demás, de todo lo que no fuera Ramón encima de mí, cerca de mí, a mi lado, dentro de mí, fuera, dentro, otra vez. Me dolió un poco, esa es la pura verdad. Pero fue mil veces

mejor que beber lejía.

En eso pensaba mientras mi madre no paraba de hablar y de organizarnos la vida. Nos casaríamos de inmediato, yo dejaría la academia de peluquería, Ramón empezaría a estudiar para ser taxista, como mi padre, y trabajaría con él en cuanto tuviese los dieciocho años y aprobase el examen del taxi. Los padres de Ramón no dijeron nada. Ramón no dijo nada. Yo no dije nada. Sólo le miraba, y lo recordaba como si no lo tuviera delante de mí. En otros tiempos. En tiempos mejores, y me decía que lo que viniese no podía ser tan malo si venía con él de la mano, con sus palabras, con su amor infinito y su infinita paciencia.

Todavía lo estoy viendo el día que nos casamos, con esa corbata que odiaba y que le apretaba la garganta, con esas manos anchas, con esos dedos largos que temblaban como hojas, igual que habían temblado aquella tarde que anocheció iluminada por las velas, en ese piso vacío que los padres de Teresa Camacho no consiguieron alquilar hasta que mi madre fue a verles y les pagó un año entero por adelantado. Todavía lo estoy viendo. Todavía estoy viendo la carta que me entregó la noche de bodas. Me prometía que a su lado nunca me faltaría de nada, que me querría hasta el último día de su vida, que yo y nuestro hijo le haríamos el hombre más feliz del mundo. Que éramos unos críos, me decía, pero que teníamos toda la vida por delante para crecer, para salir de ese lío. Que no me preocupara. Por nada. Que me quería. Que hacerme feliz era su único sueño. Pero hoy le veo dormir a mi lado. Y no sé con qué sueña.

*Desconocer a quien tienes al lado.
¿Qué es sino un matrimonio?*

Aunque Cristina era consciente de que desconocía muchas cosas de su marido, no vio venir el día en que Juan Carlos le dijo que se marchaba de casa. Fue un domingo, después de comer. Cristina había preparado ensalada de lentejas con vinagreta de mostaza y salsa de albahaca, uno de los platos favoritos de Juan Carlos. Era una receta de verano, pero la hizo aunque afuera estuviese lloviendo y el cristal de las ventanas estuviera helado porque pensó que, al menos, él se animaría al sentarse a la mesa y ver ese plato inesperado. De segundo había costillas asadas con pimienta negra y un poco de aceite y de postre pasteles del alma, unos dulces que habían tomado aquel fin de semana que pasaron en Morella. En realidad, no eran gran cosa para ese nombre tan fastuoso: harina, aceite, anís, miel, pan rallado y corteza de naranja, pero habían sido tan felices en ese restaurante donde los comieron que ella no paró hasta que consiguió la receta con la intención de hacerlos cada vez que tuvieran algo que celebrar. No los había hecho nunca. Pero ese domingo que llovía y que helaba los cristales ella arrastraba una pena grande y vieja, la misma que parecía cargar Juan Carlos, así que tuvo ganas de que el alma entrase en casa aunque fuese una farsa de miel y pan entre dos hojas de masa. Le pongo el alma en una bandeja, como siempre, pensó Cristina. Sonrió. Llevaba semanas sin sonreír. Ninguno de los dos.

Él apenas salía, aunque hasta hacía bien poco no paraba en casa; siempre tenía algo que hacer fuera, una comida, una cena literaria, una charla, la presentación de una novela, un coloquio en una librería, un debate en la radio, un colega que estaba de gira en Valencia con el que era preciso tomar unas copas. Pero desde ese domingo que fueron a comer a casa de su madre, ese otro domingo extraño en que él había querido pasear bajo una lluvia tan parecida a la de ahora, Juan Carlos se pasaba el día en pijama y sin afeitarse. Olía mal. Se tumbaba en el sofá con el mando de la tele en la mano y cambiaba los canales con desgana como cuando la miraba a ella, sin verlos, y cuando se cansaba de estar ahí se asomaba al balcón o regresaba a la cama, sin comer.

Cristina se desesperaba. Al principio, trató de hacerle hablar, de sonsacarle con zalamerías y mimos, recordándole cuánto le quería a pesar de esa mala racha que se empeñaba en no marcharse, lo bueno que era en cualquier cosa que hiciera como para dejar de hacerlo de esa manera tan impune; después apeló a su sentido de la culpa, porque la estaba matando con esa actitud, y más tarde se hizo la víctima, porque no se merecía lo que le estaba pasando, hasta que aprendió a ignorarle y se acostumbró a pasar cada vez más tiempo fuera de casa. Llegaba antes que nadie al instituto, se marchaba la última y comía en la sala de profesores con el pretexto de prepararse las clases, de corregir exámenes o de esperar a un alumno que nunca aparecía. Cuando sus compañeros se cansaban de insistirle para que se marchara con ellos al bar de la esquina, se encerraba en el cuarto de baño y lloraba hasta que le escocían los ojos porque estaba convencida de que Juan Carlos estaba así porque ya no la quería. Todos los días. Hasta que una tarde, cuando volvía a casa, se dio cuenta de que no había llorado por primera vez en casi un mes. Al día siguiente, tampoco lloró, ni al otro, ni

al otro, y entonces empezó a pensar que tal vez no importaba tanto que Juan Carlos ya no la quisiese, porque, tal vez, ella también estaba dejando de quererle; pero cada vez que llegaba a casa y se topaba con él y con su desconsuelo, el corazón se le encogía en el pecho de puro dolor. ¿Cómo no iba a quererle?, se preguntaba. ¿Cómo no iba a quererle, si desde que le conoció no había hecho más que eso, más que quererle con desespero?

Por eso le preparó esas lentejas que tanto le gustaban y ese postre que tan buenos recuerdos le había traído a ella, y puso la mesa con el mantel y las servilletas de hilo blanco que habían comprado en Trinidad, bajo la torre de los Iznaga, en aquel viaje a Cuba en el que Juan Carlos escribió parte de su novela en la terraza del *bungalow* de María la Gorda con la inmensidad del mar como único testigo, mientras ella se pasaba el día buceando y tomando el sol, sola y aburrida como una ostra para no molestarle, y sirvió la comida en la vajilla que les regaló su madre el día de la boda, y el vino en las copas de cristal de Cesárea que se trajeron de Israel en ese viaje que hicieron juntos para celebrar el éxito de la novela de Juan Carlos. Puso en la mesa lo mejor que tenía, el alma incluida, en un último intento de que Juan Carlos recapacitara y se diera cuenta de que su vida estaba llena de cosas buenas, de cosas bonitas, de que tenían un pasado que les unía y un futuro que les esperaba sólo a cambio de que reaccionase, de que volviese a quererla. Nada más. Pero Juan Carlos se sentó a comer con el mismo pijama verde que llevaba una semana sin quitarse, jugueteó con las lentejas en vez de tomárselas, apenas probó las costillas y se levantó sin tocar el pastel de alma.

—¿Dónde vas?

—A la cama. Me duele la cabeza.

—¿Te duele la cabeza? ¿Quieres que te traiga algo?

—No.

—Un paracetamol, o mejor ibuprofeno... Igual te duele de la espalda de estar todo el día tumbado en ese sofá. Está viejo. Deberíamos cambiarlo. ¿Prefieres un relajante muscular?

—Te he dicho que no quiero nada.

—Pero si no tomas algo, no se te va a pasar.

—Que no, te he dicho. No seas pesada.

—¿Pesada?

—Sí. No seas pesada. Te he dicho que no quiero nada.

—Ese es tu problema. Que no quieres nada. Que no sabes lo que tienes, ni lo que quieres.

Juan Carlos guardó silencio un segundo.

—Lo que quiero sí que lo sé.

—¿Qué has dicho?

—Lo has oído perfectamente: que lo que quiero sí que lo sé.

Cristina sintió una punzada de miedo y no quiso continuar por ese camino.

—No discutamos... No discutamos, por favor. Te duele la cabeza... No sigamos así...

—Es verdad. No sigamos así...

—No podemos seguir así, ¿no te das cuenta?

Juan Carlos se llevó las manos a la cara. Cristina pensó que iba a ponerse a llorar, a hincarse de rodillas delante de ella para pedirle perdón, y por un momento, sintió que todo lo que habían pasado juntos vaha la pena a cambio de ese final. Se sintió feliz. Pero cuando Juan Carlos se retiró las manos y le mostró de nuevo su cara, tenía los ojos secos y fríos.

—Es verdad. No podemos seguir así. Cristina...

—¿Qué?

—Lo mejor que podemos hacer es separarnos.

—Pero... ¿Qué dices? ¿Qué estás diciendo? ¿Cómo vamos a separarnos? ¿Ya no me quieres?

—Sí te quiero, pero no estoy enamorado de ti.

—¿Qué?

—Lo has oído, no hagas que lo repita, por favor... Lo siento. Lo siento mucho. Lo siento más de lo que te puedes imaginar. Yo no quisiera que esto hubiera pasado, no quisiera... Soy un hijo de puta... Pero no estoy enamorado de ti. Estoy enamorado de otra persona.

—¿Estás con otra?

—Sí —recordó que Ana le había dejado—. No.

—¿Sí, o no?

—No. Lo hemos dejado. Me ha dejado ella, en realidad. Pero siempre ha habido otra persona aquí —se señaló el corazón—. No. No digas nada. No es culpa tuya, no pienses eso nunca, porque el único culpable de todo soy yo, que debería haberte dicho esto mucho antes, que nunca tendría que haber permitido que llegásemos a este punto... Pero es que no quiero seguir con esta mentira, con esta mierda. No quiero seguir haciéndote daño, ni haciéndomelo a mí mismo...

—¿Vas a irte con ella?

—No... No sé lo que voy a hacer... Pero voy a coger mis cosas y me voy a marchar de aquí ahora mismo.

—¿Vas a irte con ella? —repitió Cristina.

—No... Iré a un hotel, o me iré de viaje, me tomaré un tiempo para pensar qué quiero hacer y cómo hacerlo...

—¿Vas a irte con ella? —volvió a repetir Cristina.

—No —quiso ser sincero por una vez—. Lo haría, pero no creo que ella quiera volver conmigo.

Lo creía sinceramente. Juan Carlos creía que Ana nunca sería capaz de perdonarle tantos años de indignidad y cobardía. Estaba firmemente convencido de que Ana, esta vez sí, había dicho sus últimas palabras cuando le llamó por teléfono para contarle

que nunca se había ido a Lisboa, que se había quedado en Pinelló, que le había visto pasarle el brazo por los hombros a su mujer, que era un cabrón y un hijo de la gran puta, que no intentase jamás ponerse en contacto con ella o le confesaría a Cristina todo lo que había pasado entre ellos en esos años. Que le odiaba, fue lo último que le dijo.

Juan Carlos fue a buscar a Ana no porque no tuviera otro sitio sino porque Ana era el único sitio, porque si Ana no estaba ahí, si sus brazos no se abrían para guarecerle dentro, no le quedaría más remedio que dejarse morir. Por eso fue a su casa, aunque estaba completamente convencido de que ella le daría con la puerta en las narices porque eso y no otra cosa era lo que él se merecía. Eso pensaba. Porque no la conocía lo suficiente aunque se había pasado toda la vida con ella dentro de la cabeza.

Llamó al timbre y esperó un rato que le pareció interminable, hasta que al fin ella le abrió.

—Ya está —le dijo.

Y Ana le dejó entrar.

*Dejar la puerta abierta.
¿Qué es si no el amor?*

En algún momento a mí el amor se me escapó por la puerta, porque las puertas que dejan entrar también sirven para dejar salir, por más que no lo queramos. En algún momento, mientras abría la peluquería después de dejar a Tomás y a José en el colegio, mientras dejaba la comida y la cena preparadas en la nevera, mientras trataba de no volverme loca haciendo números para llegar a fin de mes, mientras arañaba el tiempo para poder comer con mis amigas, mientras me esforzaba en pensar que mi vida era normal, que la vida era eso, que la vida era así, que mi vida era eso y que mi vida era así, a mí el amor se me escapó por la puerta. No es que yo dejara de querer a Ramón. Es que Ramón dejó de quererme. O tal vez no. Tal vez no ha dejado de quererme. Tal vez me sigue queriendo y sólo está desconcertado, cansado de esta monotonía que nada tiene que ver con la vida que esperábamos.

Es posible que él también pensara que al cabo de un tiempo podríamos cambiarnos de piso y comprarnos uno desde el que se viera el mar, uno más grande en el que no tuviéramos la absoluta seguridad de que nuestros hijos nos oían cuando hacíamos el amor; que nos iríamos de vacaciones, o a cenar, o al cine, los dos solos alguna vez; que yo no estaría siempre cansada cuando llegara la noche, que sería como al principio, que conservaría algo de ilusión, que querría escuchar todas las cosas que tenía que contarme sin que se me escaparan caras de agotamiento o de fastidio, que querría saber todo lo que le había pasado, que Mario Alberto Kempes se había subido en el taxi y le había firmado un autógrafo; que su madre se había caído en la escalera y casi se había roto la cadera, la pobre; que había llevado a un hombre a un puticlub del Romaní y le había pedido que le esperase en la puerta y mientras le esperaba, había pensado que por qué no mandábamos a los críos a casa de su madre, ya que no se había roto nada, y así nosotros podríamos jugar un poco a que él era un cliente y yo una *madame* que le presentaba a las mejores chicas de mi burdel; que no le calentaría la cabeza a cada rato con las historias de las señoras de mi peluquería, que eran todas unas viejas que me tenían harta con tanto tinte para las canas y tanto cardado y tanta permanente cuando llegaba el verano para estar bien fresquitas; que no daría por sentado que le interesaba que Amparo hubiera dejado la productora y se hubiera montado un gabinete de prensa para promocionar escritores cuando vinieran a Valencia con la ayuda de Juan Carlos, que al fin había dejado a Cristina para vivir con Ana; que me daría cuenta de que lo que él quería, más que nada, era que le preguntase por sus cosas y por sus amigos, que les invitase a cenar de vez en cuando, que dejara de criticarles porque cuando quedábamos con ellos se pasaran el rato tocándose los huevos y fumando porros delante de los niños, que me diera cuenta de que esos y no otros eran sus amigos, y, sobre todo, que comprendiera que eso era, con diferencia abismal, mucho más normal que ir rompiendo matrimonios, mucho mejor que aparecer en casa a las tantas de la madrugada borracha como una cuba, soltando tacos sin parar y jurando a gritos que nunca jamás volvería a acostarse con el hijo de puta de Vicente Palomar. No es que sintiese celos de Ana y Amparo, ni que le cayesen mal, pero puede que lo que Ramón quería era que le pusiera a él en primer

lugar, alguna vez, para variar, que le mirase con admiración, que le diese importancia, que agradeciese el esfuerzo de que siguiera ahí, a mi lado, de que cada mañana me despertase con una carta de amor en la mesita de noche, que me diese cuenta de que para garabatear esas cuatro frases que muchas veces no llegaba a leer porque se me pegaban las sábanas y tenía que salir corriendo, él había tenido que levantarse media hora antes, que me diese cuenta de que me seguía queriendo aunque le mortificara a cada instante con mis reproches cotidianos, no bebas a morro de la botella, cierra la nevera, apaga el gas, baja la tapa después de mear, y le castigase, aunque no fuera aposta, con mi indiferencia por todo lo suyo. Es muy posible que eso fuera lo que él pensara. Ahora me doy cuenta. Ahora te das cuenta, estúpida Silvana. Ahora que Ramón se te va como se va la luz del día cuando empieza a oscurecer, poco a poco, sin que lo notes hasta que desaparece por completo.

*Ahora que es de noche. Ahora me doy cuenta.
De la realidad.*

Pero ¿qué es la realidad, en realidad? Tengo la pregunta martilleando en mi cabeza, pero la respuesta se me escapa como se escapan las sombras que asustaban a José cuando era pequeño. Tomás se reía desde la cama de al lado, «Eres un bebé», le decía entre risas. José lloraba más todavía, asustado y avergonzado a la vez. «No soy un bebé», balbuceaba. «Claro que no es ningún bebé», le defendía yo. «¿Ya no te acuerdas cuando también tú tenías pesadillas?», le reprochaba a mi hijo mayor, y al menor le contaba que las sombras de la noche no eran de fantasmas ni de vampiros ni de ladrones, como él temía, sino de las estrellas que brillaban en el cielo o de las olas que se acercaban a la orilla del mar o de las risas de la gente que pasaba bajo la ventana. «Eres una horterera», me decía el mayor, pero el pequeño se conformaba por esa noche y volvía a dormir, tranquilo, convencido de que estaba rodeado de las sombras de cosas felices. Quizá sea porque las sombras que a mí me asustan sean las sombras de cosas desgraciadas, pero ahora no sé qué decir. Yo, que me he pasado la vida buscándola, a la realidad, que para que no se me escapara me he dejado la vista escudriñando caras, gestos, miradas, silencios, no sé qué decir. ¿Qué es la realidad? ¿Hay sólo una? ¿Hay muchas? ¿Cuántas? ¿Cuántas hay? ¿Cuál es la mejor? ¿La mía? ¿La de Ramón? ¿La de Amparo? ¿La de Ana? ¿La de ella? Ojalá fuese una niña pequeña. Por la noche, cuando siento este vacío, este terror, me echaría a gritar pidiendo ayuda y esperaría a que entrase alguien en mi habitación para consolarme, para quitarme el miedo, para decirme que esta sombra que me encoge el estómago no es más que una fantasía, algo que no existe y que mañana me hará reír. Pero sé que eso tampoco sería la solución. Si fuese una niña, la que vendría a mi cuarto sería mi madre, y mi madre no es un buen ejemplo. O quizá sí. Quizá es el mejor de los ejemplos porque quizá mi madre siempre supo que mi padre cerraba los ojos cuando le hacía el amor y se inventaba otro cuerpo mientras poseía el suyo, que cuando nos miraba con ese aspecto de tristeza infinita no era porque no nos quisiera, sino porque en la cabeza tenía la fantasía imposible de otra familia, de otra piel, de otra vida.

Tampoco Ana y Amparo serían la respuesta. Podría llamarlas, contarles lo que me pasa y escuchar cómo me dicen que todo son imaginaciones mías, que Ramón me quiere como el primer día, más aún que el primer día, que si le noto frío o distante es porque proyecto en él este miedo que me tiene paralizada, y que cuando es verdad que llega a casa nervioso o enfadado lo más probable es que yo no sea la causa. «Eres importante, pero no tanto», me diría riendo Ana. Me dirían que Ramón tiene una vida al margen de la mía, que otras personas pueden crisparle o ponerle contento sin que eso signifique ni que ya no me quiera ni que ande loco por mí. Me dirían que si hace meses que no hacemos el amor es porque nos hemos dejado vencer por la monotonía, por las prisas, por el cansancio, por la sensación de que mañana será mejor ocasión. «¿Ya no le quieres tú?», me preguntarían. Yo les contestaría que sí. «¡Pues entonces! Tú tampoco haces el amor con él, y sigues enamorada, ¿o no? Más enamorada que nunca, ahora que crees que le estás perdiendo, so patética». Me aconsejarían que mandase a Tomás a dormir a casa de una de ellas y a José a la de sus abuelos y que

esperase a Ramón desnuda en la cama, con la ropa interior desparramada por el pasillo. «Parece hortera, y lo es, pero verás cómo llega a la habitación tan empalmado que sentirá tanto dolor como ganas de follar», se reiría Amparo. «Ya lo he intentado», les confesaría avergonzada, y cuando me preguntaran entre risas si lo pasamos bien yo tendría que contarles que Ramón se dejó besar con la mirada ausente sin devolverme mis besos, que apenas me abrazó, y que fue incapaz de penetrarme. «Esas cosas pasan», me consolarían. «Estaría cansado». «Habría tenido un mal día». Y entonces me vería obligada a contarles la verdad, lo que habría callado hasta ese momento: que fingió quedarse dormido. «¿Cómo sabes que fingía?», me interrogarían mis amigas. «Porque no roncaba», les respondería. Se puso de lado y entornó los párpados. Yo le imité, en la postura y en la mentira, y cuando creyó que el sueño me había vencido se levantó, se encerró en el cuarto de baño y se echó a llorar. «Igual lloraba de la vergüenza», diría una de ellas. Igual. Eso pensé también, que igual le daba vergüenza haber tenido un gatillazo, por eso esperé a que volviese a la cama y cuando estuvo dentro, al cabo de tres cuartos de hora, le abracé por la espalda. Se había duchado.

—Ramón...

—...

—Ramón, ¿qué te pasa?

—...

—No te preocupes... Si te digo la verdad, a mí tampoco me apetecía mucho... Lo que pasa es que me he dado cuenta de que llevábamos mucho tiempo sin hacer el amor, y he pensado que si mandaba a los críos a dormir fuera igual nos animábamos un poco...

—...

—Yo también estoy reventada, pero para mí es más fácil: yo me abro de piernas y tú ni te enteras si tengo ganas o no —me reí—. ¿Es por eso? ¿Te sientes mal por eso? No seas tonto, si no tiene importancia... ¿Vuelves a llorar? ¿Estás llorando porque te da vergüenza?

Entonces Ramón dejó de llorar en silencio, dejó de tener treinta y un años y volvió a tener cuatro, cinco, siete, yo qué sé cuántos, sólo sé que ahí, en mi cama, dándome esa espalda que se estremecía, Ramón tuvo que volver a ser un niño para poder llorar de la forma que lloraba. El pecho se le quebró en un quejido desgarrado, de esos que los hombres no pueden soportar porque los hombres no están hechos para aguantar los dolores grandes. Eso es lo que mi madre siempre decía. «¿Por qué te crees que nos toca parir a nosotras?», me preguntaba. «Porque si tuvieran que hacerlo ellos la raza humana se extinguiría. Podrás ver a un hombre trabajar como una mula sin quejarse ni una vez, pero nunca, nunca, óyeme bien, lo encontrarás sufriendo como una mujer». No es cierto. Mi madre, que creía que lo sabía todo de la vida porque se había pasado la suya observando la de los seres a quienes más quería, ignoraba la verdad, y la verdad es esta: los hombres ocultan su dolor porque nosotras

no estamos preparadas para que se derrumben. Cuando me quedé embarazada fue la entereza de Ramón la que mantuvo a raya mi pánico, y cuando me puse de parto me hubiera muerto si él hubiese mostrado el menor signo de vacilación. «Todo saldrá bien», repetía cada vez que yo me ponía a temblar de puro miedo por si no sabía dar a luz y mataba al niño antes de que naciera. «Todo saldrá bien». Eso es lo que me ha dicho cada vez que hemos tenido problemas, cuando teníamos que hacer milagros con el dinero para llegar a final de mes, cuando los niños se ponían enfermos, cuando tenía que pasarse las noches conduciendo por la ciudad y los días cuidando de Tomás y José para que yo me sacase por fin el título de peluquera, cuando tuvimos que pedir un préstamo porque mi padre se jubiló para que Ramón pudiese comprarle la licencia y yo alquilase una planta baja. Todo saldrá bien, todo saldrá bien, todo saldrá bien. Y era como si Ramón tuviese magia en las manos, como si sus dedos pudiesen trazar nuestro destino sin vacilación, como si con un gesto consiguiese el dinero, la paciencia, la salud, la felicidad, el amor. Todo salía bien. Durante años, todo salió bien. Y si Ramón no se hubiese desmoronado esa noche, esa noche que se volvió de agua entre mis brazos, yo hubiera seguido creyendo que de alguna manera ocurriría el milagro y todo saldría bien, y al día siguiente, cuando nos despertásemos, encontraría aún caliente en la cama el lado de Ramón y, sobre la mesita, una carta con una frase escrita. «Todo saldrá bien». Si hubiese tenido esa carta entre mis manos, todo hubiera sido diferente. Hubiese pensado que por la noche había tenido una pesadilla, que en mis sueños Ramón había tardado más de una hora en dejar de llorar y otros treinta minutos en serenarse lo suficiente como para contarme que hacía mucho tiempo que no era feliz a mi lado, que por más que me quisiera, y me quería más que nunca, que por más que quisiera a nuestros hijos, y les quería más que a su vida, él, Ramón Burguete Fenollosa, él, no era feliz.

—¿No eres feliz?

—No.

—¿No?

—No.

—¿Así de sencillo?

—¿A ti te parece que es sencillo?

—...

—...

—¿Qué es lo que te falta? ¿Te falta algo? ¿No somos suficiente para ti yo y los críos?

—¿Eres feliz tú?

—¿Feliz?

—Sí, feliz. ¿Eres feliz?

Me encogí de hombros.

—Ahora no, desde luego. En este momento quisiera morirme.

—Pues no vas a morirme. Uno no se muere cuando quiere... —Ramón hablaba

para él mismo—. Yo no he deseado otra cosa desde hace bastante tiempo, y ya me ves...

—¿Morirte? ¿Es que piensas en la muerte? ¿Tienes ideas suicidas?

—Tú misma acabas de decirlo, has dicho que quisieras morirte... No es más que una frase hecha, una manera de mostrar tu desesperación, ¿no?

—¡Yo qué sé! No me líes... Sólo dime qué pasa, qué es lo que te pasa... ¿Quieres dejarnos?

—Deja de hablar en plural.

Me puse a temblar.

—¿Quieres dejarme, a mí?

—Quiero que te des cuenta de que somos personas, los dos. Que somos algo más que un padre y una madre, algo más que un matrimonio. Somos mucho más, en realidad. Somos personas, un hombre y una mujer. Somos personas —repitió, moviendo los brazos como para cargarse de razón—. Que existimos al margen de la familia que formamos, que tenemos otros sentimientos además de los que sentimos por nuestros hijos.

—¿Es que ya no me quieres?

—Claro que te quiero.

—Esta conversación me suena tanto... —dije pensando en Ana y Amparo—. Ahora tú me dirás que me quieres pero que no me amas, que te has enamorado de otra. ¿No es eso?

—No, no es eso. Te quiero.

—...

—Siempre te he querido, y ahora mismo, te sigo queriendo. Sigo queriendo a la mujer luchadora que eres, a la buena amiga, a la que cada día pone en pie el mundo entero, a la que siempre tiene una sonrisa o una palabra amable aunque tenga que tragarse su enfado o su mal humor, a la que fue capaz de sacar adelante sus sueños.

—Una peluquería, menudo sueño.

—Pero era el tuyo.

—Tenía tantos otros... Quería ser misionera, trapecista, ermitaña... Ser peluquera era el último en mi lista —bromeé.

—El taxi no estaba en la mía.

—¿Es por eso, entonces? ¿Es porque no te gusta tu trabajo? ¡Pues cámbialo! —Por un momento volví a pensar que todo acabaría saliendo bien—. Podrías vender la licencia por mucho más de lo que la compraste. ¿Qué era lo que querías? —Traté de hacer memoria—. ¡Ah, sí! Un taller de coches. Con lo que ganes podrías montar uno. ¿Te acuerdas cuando la compraste? Te costó tres millones de pesetas: mi padre no quería cobrarte, quería regalártela, pero mi madre no le dejó —sonreí—. A saber para qué quería ella el dinero... Lo que sí te regaló fue su Seat 131 hecho polvo... ¿Te acuerdas? Estaba tan viejo... y le hiciste más de doscientos mil kilómetros... Ahora podrías vender tu licencia por más de veinte millones, como ese compañero tuyo que

la vendió hace poco. ¿Te acuerdas? Tú mismo me lo contaste hace un par de meses, que se había forrado y se había quitado de encima este trabajo de mierda, eso fue lo que dijiste. ¿No te acuerdas?

Ramón me mandó callar con la mano.

—Estoy enamorado de otra mujer.

Hasta el final de la vida de un hombre no puede decirse si ha sido dichoso o desgraciado. De ser cierta esa frase que leyó siendo un niño, Ramón no hubiera necesitado que llegase el último día para decirlo. No necesitaba tanto tiempo: era desgraciado. Tanto. Tan desgraciado. Era desgraciado cuando se despertaba por la mañana, nada más abrir los ojos, y aun antes de abrirlos ya era desgraciado. A veces, estando dormido, se sentía triste, sin consuelo, porque presentía que el despertador estaba a punto de sonar, a punto de arrancarle de los brazos que le abrazaban y del cuerpo que le retenía, y se aferraba al beso que todavía le temblaba en los labios, a ese sabor, se aferraba a ese regusto a humo que le quemaba la garganta porque él no había fumado nunca y los besos de ella se le clavaban en la boca como si fueran agujas, mil agujas, mil besos que le daban la vida al mismo tiempo que se la quitaban. Que se la quitaba. Ella. La única que le devolvía la sonrisa, las ganas de vivir y de gritarle al mundo aquí estoy yo, la única que le hacía sentir ruin, hijo de puta, traidor. Ella era como sus besos. O peor aún: él era como los besos de ella, como los besos que le quemaban en la boca cuando los daba dormido. Despierto, no lo sabía. Se sentía un poco ridículo cuando lo pensaba: aún no se habían besado, aunque sí habían hablado de besarse. Fue una noche, poco antes de que tuvieran que separarse para irse a casa, cada uno a la suya, donde les esperaban otras personas, la soledad, y donde el único consuelo que les quedaba era añorarse. Se amaban, pero vivían su amor como una condena, como un castigo por algo que habían hecho mal y que ahora tenían que penar. Ella estaba sentada en el asiento del copiloto y le miraba en silencio. Casi nunca hablaban. Ya lo tenían todo dicho. Ramón le acarició la mano con ternura, y sin darse cuenta comenzó a acercarse hacia ella.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó.

—Voy a besarte —respondió él.

—Ni se te ocurra.

Ramón no supo qué hacer, si hacerle caso y detenerse o contradecirla y seguir adelante.

—¿No quieres que te bese?

—No quiero tener más cosas que echar de menos.

—No te entiendo...

—Cuando no estoy contigo echo de menos tu voz, tu sonrisa, tus manos. Echo de menos tus hombros, tus dedos, tan largos. Echo de menos tus ojos, tu forma de mirarme, tus labios, y la manera en la que me dices que todo va a salir bien. Pero si

me besas, si nos besamos —se corrigió—, tendría que añadir algo más a la larga lista de cosas que me duelen porque no estamos juntos. Y muchas veces pienso que una más, una sola cosa más, y me volveré loca del todo.

Ramón guardó silencio.

—¿Te parezco una calientapollas?

—No.

—¿Seguro?

Él le sonrió.

—Seguro. Por un lado, me muero de ganas de comerte a besos, de abrazarte, de hacerte el amor. Pero por otro... No me gustaría hacerlo así, en el asiento de atrás de un coche, como si fuésemos dos críos. Tú te mereces mucho más. Y además, sé que no podría soportar el remordimiento de hacerlo así, de dar un paso más en este engaño.

—¿Crees que estoy loca?

—Creo que los dos estamos locos...

—¿Porque estamos juntos?

—No... estamos locos porque no estamos juntos.

—Si alguien supiera el tipo de amantes que somos... —ella trató de bromear.

—No hacemos esto para que nadie nos juzgue. Y además, no somos amantes.

—Pero nos amamos.

—Eso sí.

—Si nos amamos, entonces somos amantes. Amantes son los que aman. Y yo a ti te amo desde el primer día que te vi.

No era verdad, pero ella se dejó llevar por el arrebató que hace mentir a los enamorados y él se dejó engañar por aquel embuste porque le hacía sentir bien, aunque sabía de sobra que cuando se conocieron ninguno de los dos había sentido nada hacia el otro. De hecho, ni se habían mirado; estaban demasiado nerviosos, absolutamente concentrados en cómo se rellenaban los recibos, o en el recorrido más corto entre Carteros y Floristas, Isabel de Villena y Amadeo de Saboya, San Bruno y San Juan de Dios, los límites de Barcas, Sogueros, En Llop, Marco Merenciano o Traginers. Más de tres mil calles tenía entonces Valencia. Todas le bailaban en la cabeza.

—No voy a ser capaz de acordarme de todo. No voy a aprobar este examen, y entonces ¿cómo voy a sacar adelante a mi familia? Sé que no voy a aprobar. Estoy seguro —le confesó a su suegro antes de entrar a examinarse. A Silvana le había dicho que todo saldría bien.

—Claro que sí. Eres joven y listo, y además, te dejan que tengas el callejero contigo, tonto —le animó José—. Yo sí que no hubiera dado ni una, porque soy tan burro que aun ahora me confundo de calle de vez en cuando. Menos mal que yo sólo tuve que sacarme el carné especial de transporte público y me regaló la licencia el Ayuntamiento... —Los dos se rieron—. Así está mejor. Tú relájate, tranquilízate, que

verás cómo vas a aprobar y dentro de poco podrás tener tu propia licencia, la mía cuando yo me jubile: la 2233. Te la dejaré a buen precio, si me deja mi mujer.

José tuvo razón. Aprobó. Aprobaron los dos. Ramón empezó compartiendo el coche con su suegro en un horario infame que le impidió ver a ninguna persona conocida durante años. A ella las cosas le fueron mejor. No quería complicaciones ni responsabilidades; sólo aspiraba a trabajar para otros y no llevarse problemas a casa, así que su padre, que también era taxista, le consiguió un empleo con un compañero que hacía varios turnos con su vehículo. Ella empezaba a las seis de la mañana y terminaba a las dos de la tarde. Le quedaba libre todo el tiempo del mundo, de modo que no tuvo ningún problema para frecuentar a todos los hombres que el destino le puso delante, hasta que conoció a uno que le pareció como su trabajo, fácil. Se casó con él porque supuso que a su lado nunca se llevaría los problemas a casa, y en parte atinó: nunca tenían problemas, aunque, a la larga, ese acabó siendo el mayor problema de todos y al cabo de siete años de matrimonio se separó de él porque comprendió que ninguno de los dos estaba enamorado. Fue un divorcio sin traumas. Se repartieron los muebles, los amigos y los recuerdos y se despidieron con la certeza de que nunca volverían a cometer el mismo error. Acertaron. La siguiente vez que ella estuvo con un hombre estaba enamorada de él hasta las trancas, para su desgracia.

A Ramón lo veía de vez en cuando. Al principio, coincidían tomando un café a primera hora para ella y a última para él. Después, cuando Ramón ya tenía su propio coche y era dueño de su horario, se encontraban a menudo en semáforos, paradas, gasolineras o talleres y se saludaban con un gesto de la cabeza. No sabían sus nombres, pero ella recordaba su número de licencia, no por nada en particular, sino porque tenía buena memoria para las cifras y se había aprendido las de muchos de sus compañeros, la 798 de Anastasio, la 2109 de Jesús, y así hasta más de un centenar. Un día a ella se le estropeó el coche, y cuando terminó de trabajar salió a la calle y paró un taxi con la mano porque le pesaba más el cansancio que los prejuicios que llevaban a muchos de sus colegas a tomar el autobús porque se negaban en redondo a pagar por un servicio que consideraban tan caro.

—Vaya, vaya... —le dijo Ramón cuando subió al coche—. Así que no es verdad que en casa del herrero hay cucharas de palo...

Ella se rio. Nunca había oído como sonaba su voz. Y aunque tampoco ese día sintieron nada el uno por el otro, al menos, aprendieron sus nombres. Ella dejó de ser ella y empezó a llamarse Milagros, y a tener el pelo rubio, a veces más largo, a veces más corto, a veces con mechas, a veces rizado; Milagros comenzó a tener tetas y un culo impresionante, y unas ganas de escuchar sus problemas que hacían que se sintiera mejor nada más que por habérselos contado a alguien, y un buen humor que le alegraba a cualquiera que se tomase un café a su lado en la barra del bar o que esperase el turno para que los mecánicos de la cooperativa del taxi les revisasen el líquido de frenos. Tampoco entonces se gustaron. Tuvieron que pasar años. Años, y

un aborto, y un robo, y una separación. Años, y otro hijo, y rutina, y decepción. Años y darse cuenta de que habían pasado la vida dando vueltas sin parar, y sin moverse. No hubo un momento concreto. O tal vez sí los hubo, muchos momentos concretos en los que Ramón se descubrió buscándola por la calle; o pensando en ella cuando menos se lo esperaba; o preocupándose por ella cuando le contaban que dos yonquis habían atracado a una taxista; o sorprendiéndose con el absurdo pensamiento de que sólo Milagros comprendería cualquier cosa que le estuviese pasando por la cabeza y que Silvana resolvía con una sola frase: «Eso es una tontería»; o deseando tener la oportunidad de contarle que hasta los dieciséis años había tocado el trombón de varas en la banda del Pinelló y que, aunque la gorra se le había perdido, todavía guardaba el traje en el armario, que cada vez sentía más vértigo y al mismo tiempo más ganas de vivir la vida que le esperaba, que le gustaban tanto los animales que de pequeño se había aprendido de memoria treinta y seis razas de perros con las treinta y seis láminas que le regaló su tía Amparín, que era su tía favorita porque era una buena mujer y también porque le daba algo de pena que se hubiera quedado solterona porque una mala operación la había dejado jorobada en el sentido literal de la palabra, que le entusiasmaba salir al balcón los domingos a las doce para escuchar el jaleo de las campanas de la iglesia que parecían anunciar alegrías a raudales, que le hubiera encantado aprender a revelar porque le gustaba fotografiar las manos, los pies y los cogotes de las personas y le daba vergüenza la cara que ponía el dependiente cuando le entregaba el sobre a cambio de su resguardo, que cuando llegaba a su casa y miraba a sus hijos se sentía satisfecho y al mismo tiempo miserable porque por primera vez ellos no eran lo más importante, que un día había llevado desde Fuencaliente hasta la calle Miñana al marido de la hermana de una amiga de su mujer y le había contado que se escapaba del trabajo para comprarle a su esposa un vestido de Roberto Cavalli y que como no se podía permitir comprarlo de temporada iba a un *outlet* donde los traían directamente de Milán a mitad de precio, y luego, sin venir a cuento, le había confesado que hacía eso aunque sabía que su matrimonio era una puta mierda y que comprarle ropa de marca no era lo peor que se le había ocurrido porque era tan estúpido que hasta había llegado a inventarse una amante que le mandaba mensajes al móvil y que le decía «Damián, eres la luz de mi vida» para ver si su mujer reaccionaba y que cuando Damián se bajó del coche y se quedó solo se preguntó cuánta gente infeliz habría en el mundo y se respondió que mucha, mucha gente, mucha gente que deja pasar la oportunidad de ser feliz y había tenido miedo de ser uno de ellos y no tener valor para remediarlo. Que sentía pánico, que sentía ilusión, que era desgraciado, que estaba loco, que era feliz.

Al principio, apartaba a Milagros de su mente como si le diera un manotazo, fuera de aquí, pero poco a poco la dejó quedarse dentro. No pudo hacer otra cosa. Milagros era obstinada, y se empeñaba en que pensara en ella, en que la recordara, en que supliera con su imaginación todo lo que desconocía de ella: si dormía con pijama, si invadía el otro lado de la cama, si se destapaba por las noches, si se despertaba de mal

humor, si sabía montar en bicicleta, si le gustaban los animales, si disfrutaba haciendo el amor, si había sido una niña enfermiza, si le gustaba ir al cine de verano, si se masturbaba, si pensaba dejar de fumar como un carretero algún día, si le desagradaba su trabajo, si esa tarde que a él le había parecido que le miraba por el retrovisor le había mirado por el retrovisor, si era golosa, si le parecía que el amor era lo más importante, si quería tener hijos, si le angustiaba la muerte, si sus padres vivían, si le disgustaba la idea de no haber viajado, si le parecía que la vida no le había dado todo lo que merecía, si era feliz, si hablaba dormida, si cantaba en la ducha, si le preocupaba la política, si pensaba en él. Luego se dormía con la conciencia cansada y tranquila, porque, al fin y al cabo, pensar no era nada malo, se decía. Pensar no es nada malo, se repetía. Él no hacía nada malo, insistía en su pensamiento. Y a la mañana siguiente, antes de salir de casa, le dejaba una carta en la mesita a su mujer. A veces, cuando la escribía, también pensaba en Milagros.

Un día, Ramón se preguntó qué diferencia habría entre preguntarse todas esas cosas y preguntárselas a ella. Otro, se preguntó qué diferencia habría entre pensar en sus ojos y mirarle a los ojos. Otro, se preguntó qué diferencia habría entre soñar con abrazarla y abrazarla. Otro, se preguntó qué diferencia habría entre desear besarla y besarla. Otro, se preguntó qué diferencia habría entre el hombre que piensa todas esas cosas con su mujer durmiendo al lado y el hombre que hace todas esas cosas con su mujer durmiendo al lado. Y con esa última pregunta, se dio cuenta de que él no era mejor que esos otros hombres, como Vicente o como Juan Carlos, a los que él no habría querido parecerse por nada del mundo. Al día siguiente, buscó a Milagros por toda la ciudad y cuando la encontró, se dispuso a convencerla para que tomasen un café. No le costó mucho: ella aceptó a la primera. Antes de empezar a hablar, jugueteó nervioso con el sobre de azúcar y se la desparramó encima del pantalón. Ella se rio. El no.

—Soy un torpe —dijo—. Me he enamorado de ti.

Ella dejó de reírse.

—Me he enamorado de ti —repitió—. Perdóname.

Ella siguió sin reír y tragó saliva.

—No sé qué hacer con esto. —Se llevó la mano al pecho—. No sé qué hacer con nada. Sólo quería que lo supieras. Yo no quería que me pasara, pero me he enamorado de ti como si tuviera quince años. Y no sé por qué. No tengo ningún motivo para sentir lo que siento, y sin embargo... Paso las horas recordando lo que hemos hablado y lamentando no haber pasado más tiempo contigo. No dejo de pensar en ti. —Tomó aire para seguir hablando—. A todas horas. Estás en mi cabeza todo el tiempo, no dejo de pensar en ti —insistió—, no dejo de preguntarme qué estarás haciendo, si estarás bien, de desear que nos encontremos por casualidad.

Ella tragó saliva otra vez y siguió sin reír.

—No sé ni por qué te lo cuento, pero necesito que lo sepas. No sé lo que voy a hacer, creo que debería alejarme de ti, debería dejar de tomar cafés contigo, tendría

que dejar de hablar contigo, y si lo hago, tú mereces saber el motivo, al menos —suspiró—. Eres la mejor amiga que tengo. —Se apartó más azúcar del pantalón—. Soy un torpe. Y un miserable.

Ella le detuvo la mano con la que se limpiaba la pierna. Tragó saliva, pero sonrió.

—No lo hagas —le suplicó.

Le miró a los ojos. Él respondió a una de sus preguntas: no había ninguna diferencia entre pensar en sus ojos y mirárselos.

—No dejes de tomarte cafés conmigo ni de hablar conmigo ni de buscarme por toda la ciudad, porque entonces me quedaría sola haciéndolo...

Ramón, que siempre había sido un hombre valiente pero lento, no comprendió a la primera lo que ella trataba de decirle.

—¿Qué quieres decir?

—Yo también me pasaría horas hablando contigo y después paso horas recordando lo que hemos hablado. Yo tampoco dejo de pensar en ti. —Miró la mano que todavía tenía reposando sobre su pierna y le apretó el muslo—. Yo también estoy enamorada de ti como si tuviera quince años, y tampoco sé qué voy a hacer con esto.

—No quiero engañar a mi mujer.

—Yo tampoco quiero que la engañes.

—¿Qué vamos a hacer, entonces?

Milagros se encogió de hombros.

—Esperaremos.

—¿Esperaremos?

—No podemos hacer otra cosa... —Volvió a acariciarle la pierna—. Sólo dime que todo saldrá bien y yo te esperaré todo el tiempo que haga falta.

Ramón le cogió la mano y se lo dijo mirándola a los ojos: todo saldrá bien. Eso fue lo que le dijo, y se lo dijo sin vacilar, porque sintió que si no se lo decía sería como dejar escapar todo el aire de sus pulmones y no volver a respirar nunca jamás. Eso fue lo que le dijo, pero por la noche no pudo dormir. Se preguntó qué era eso que le estaba pasando, porque por más que sintiera todo lo que sentía por Milagros no podía dejar de saberse un miserable por lastimar a la mujer que estaba dormida a su lado. Pasó la noche en vela, deseando que no amaneciera nunca más para no tener que enfrentarse a un día nuevo, y cuando la luz del alba iluminó el cuarto se sintió el hombre más desdichado que pisaba la faz de la tierra. De hecho, lo era.

*¿Quién tiene la culpa de que amanezca
todos los días?*

No fue culpa de ella. Ni de él. Ni mía. Milagros no tuvo la culpa, ni Ramón, ni yo. Eso es lo peor, porque siempre es preferible tener a alguien a quien culpar. Seguramente sería más fácil para mí pensar que Milagros sabía que Ramón estaba casado, que en algún lugar había una mujer que se llamaba Silvana que tenía una peluquería y dos hijos, uno que se llamaba Tomás como el padre de Ramón y otro que se llamaba José como mi padre, que no vivió lo suficiente para conocer al nieto que le heredó el nombre y que murió una noche mientras dormía, quién sabe si lamentando no haber tenido el valor para vivir la vida plena que le hubiera gustado vivir y no la existencia de mierda a la que se había condenado por pura cobardía. ¿Hubieran sido las cosas diferentes de haber sabido Milagros que mi padre tuvo la muerte mejor que la vida, más a su gusto, porque a mi padre le encantaba dormir? «Dormir es como morir», decía. «Cuando duermes es como si ya estuvieras muerto». «¿Pero es que tú quieres morirte, papá?», le preguntaba yo, acongojada, y él sonreía, indiscutible, como si la respuesta fuera el único de sus secretos que valiese la pena compartir con los demás.

Sí, me decía su sonrisa, claro que quiero morirme.

Hacía poco tiempo que habían cambiado los muebles de su dormitorio y que mi madre le había preguntado qué hacía con la caja de hilo de algodón Tridalia Súper en las que guardaba los retratos y las cartas de su mejor amigo Juan Antonio. Mi padre no cambió el gesto cuando le dijo: «Tíralas». Lo dijo como si no tuviese nada que ver con él, y mi madre fingió que las volcaba en la bolsa de la basura, pero en realidad las escondió en la cómoda de la que había sido mi habitación porque le daba lástima que el pasado de su marido, fuera el que fuese, acabase en un basurero. Con el tiempo habían aprendido a quererse. Ya nunca discutían, y a menudo, cuando se sonreían en silencio, ella se sorprendía sintiendo una pena infinita hacia él. Todos deberíamos tener la vida que deseamos. Eso era lo que pensaba, que la vida que merecemos debería ser la que soñamos. Y la vida de José, sin ser mala, no había sido la que él hubiera querido tener. Aunque sospechaba que sufría porque amaba a otra a la que no podía poseer, en realidad desconocía la naturaleza del sufrimiento de su marido; lo que sí sabía es que era profundo y amargo porque algunas noches le oía sollozar en sueños y otras, la mayoría, le escuchaba dar vueltas y resoplar agobiado hasta que se cansaba de estar en la cama sin dormir y se marchaba a trabajar aunque fueran las dos de la madrugada. Cuando se jubiló, seguía igual, pero como ya no podía coger el taxi se salía al balcón a fumar. Entonces sentía compasión por él.

Nadie debería sufrir así. Eso pensaba también, que quien inventó que el mundo era un valle de lágrimas debía de ser un amargado y un hijo de puta que no deseaba ningún bien para el prójimo. Conforme pasaban los años, conforme se daba cuenta de que, a pesar de ese sentimiento de profunda aflicción José no había dejado de ser un buen hombre ni un buen padre, le fue perdonando su falta de amor. Ella tampoco había tenido la vida que había querido, aunque para ser honesta, ella no tenía muy claro qué otro tipo de vida le hubiera gustado tener. No se imaginaba haciendo más

que lo que había hecho. Lo único que le daba rabia era la certeza de que había sentimientos que se le escapaban, tal vez porque nadie se había tomado la molestia de compartirlos con ella para que también ella pudiera sentirlos. Las personas tenían que sentir algo más que piedad, que cariño, que rabia, que desinterés, que ganas de limpiar la casa. Eso, seguro. ¿Había querido ella a José? Sí. Al final. Le quería.

El día que intuyó que la vida de su marido hubiera sido distinta sin esas cartas de Juan Antonio, le quiso. Por eso se las guardó, aunque se había pasado años elucubrando quién se escondería detrás de esos mensajes, si en verdad sería un hombre, o si sería un ardid para que los amantes se comunicasen sin que ella se enterase. De haber sabido que Juan Antonio Rodríguez Roca existía en realidad y que había malgastado la vida esperando a que José se decidiera a ponerse el mundo por montera para vivir con él ese amor que había nacido entre ellos hacía más de treinta años mientras hacían la mili, tal vez sí las hubiera tirado. O tal vez no. Tal vez de haber sabido que José se había pasado la vida sintiéndose diferente a los demás sin saber por qué y que cuando vio por primera vez a Juan Antonio supo la razón de sus diferencias con el resto, hubiera podido hacerse cargo de la profundidad del sufrimiento de su marido. Tal vez así habría sido capaz de suponer de dónde le venía el llanto, de dónde la tristeza, de dónde la mirada perdida, la melancolía, de cuánto podían pesar en la vida de un hombre tantas mentiras, tantas renunciadas, tanto sentido de culpa, de cuánta amargura tenía que dejar en el fondo del corazón saber la verdad: que la mayor dicha lleva siempre consigo el mayor tormento. Que cada abrazo de Juan Antonio, que cada beso de Juan Antonio, cada caricia, cada sonrisa, cada palabra, cada promesa, dejaba tras de sí un cuerpo huérfano y una piel desierta, una boca vacía, una mano asustada, unos labios tristes, un silencio, un alma dolida. Cada llegada, una despedida y un dolor. El dolor. Porque si mi padre había sentido algo en la vida, más que amor había sido dolor. Un dolor profundo que no le abandonó nunca. Le dolía estar con Juan Antonio y también su ausencia. Le dolía el deseo de huir con él a cualquier otra parte del mundo y también su miedo a hacerlo. Le dolía el valor de Juan Antonio, que no dejó que su amor por él se enfriase por más que conoció a otras personas, pero también le dolía ese afán por no dejarle ir, porque en el fondo de su corazón sabía que si él no regresaba su vida sería más sencilla. Se acostumbraría. Se conformaría. Pero Juan Antonio siempre volvía para recordarle cuánto le amaba, cuánto le añoraba, cuánto deseaba que se marchara con él a cualquier lugar. Para abrazarle, para besarle, para hacerle el amor sin tenerle en cuenta que él tuviese los ojos cerrados, medio muerto de delirio y de vergüenza. Así era Juan Antonio. Así era mi padre. Quién sabe por qué se amaban. Pero se amaban.

—¿Dónde vamos a ir nosotros? —le preguntaba mi padre.

—A cualquier lugar —insistía Juan Antonio—. Podrías venir conmigo a Londres.

—¿A Londres? ¿Y por qué a Londres?

—Primero, porque yo vivo allí, ya lo sabes, y segundo, porque las relaciones consentidas entre hombres mayores de 21 años son perfectamente legales.

—No te creo.

—Es verdad: la ley se reformó en el 67. ¿No lo has leído? La homosexualidad no es un delito.

—Lo que pasa es que aquí no hay homosexualidad. No existe, ¿no lo sabes? Aquí lo que hay son maricones, y los maricones son delincuentes que van a la cárcel.

—No es exactamente así, José. Hablas por boca del miedo. La verdad es que aquí mismo, en Valencia, hay montones de homosexuales que viven como pueden, medio escondidos, sí, pero felices. Conozco a un par de parejas que viven juntas. De vez en cuando les molesta la policía, y están fichados, es verdad, pero están vivos. ¿No lo entiendes? Vivos. Y también conozco gente que no tiene pareja, pero que va a fiestas, que se divierte, que disfruta de la vida. Eso es lo importante: vivir. Y nosotros no vivimos. Esto no es vida. Todo lo que yo tengo no vale nada porque a ti no te tengo. Vente conmigo. Podríamos intentar trabajar juntos, como cuando estuvimos en ese restaurante de Mallorca.

—Entonces nos fue fatal.

—Ahora las cosas serían diferentes: yo soy el jefe y nadie nos podría martirizar. Tampoco tendríamos problemas en ninguna pensión de mala muerte. Tengo un apartamento precioso encima del restaurante.

—Lo sé. Lo he visto en un periódico.

A veces tardaba años en regresar, pero siempre sabía de él porque los diarios informaban con frecuencia del curioso caso de Juan Antonio Rodríguez Roca, el español que hacía guardar cola a las celebridades más importantes de Europa en la puerta de su restaurante en Londres. Los periódicos, que callaban que Juan Antonio había tenido que salir de España porque no encontraba trabajo pues su familia había sido depurada por el régimen y se contaba que era sarasa, decían que incluso la familia real inglesa había probado su tortilla española, su paella valenciana y su fabada asturiana. Al principio guardaba los recortes, sobre todo por las fotos, pero dejó de hacerlo porque le daba miedo que su mujer los encontrase y le abrumase a preguntas. ¿Por qué coleccionaba notas sobre ese hombre? ¿Le conocía? ¿De qué? ¿Eran amigos? ¿Desde cuándo? ¿Por qué nunca venía a casa? No estaba preparado para contestar a nada que tuviera que ver con Juan Antonio. Bastante remordimiento tenía con conservar las cartas, pero no podía desprenderse de ellas porque él estaba ahí, en cada palabra, en cada espacio en blanco, en cada signo de puntuación, alegre en las exclamaciones, triste en los interrogantes. Como cuando hablaban. ¿Por qué no nos marchamos juntos a algún lugar?

—¿Y qué será de mí si me voy contigo?

—Serás feliz. ¿Te parece poco?

—Yo no puedo ser feliz. No va conmigo. Siempre me atormentaría la idea de no poder regresar nunca más a mi ciudad, a mi país.

—Eso es una barbaridad.

—¿Crees que serías tú feliz si me fuera? ¿Qué harías tú, en Londres, con un

taxista que nunca ha salido de Valencia?

—Quererte. Ser feliz. Enfadarme contigo. Cocinar para ti. Comer lo que tú cocines. Escucharte refunfuñar. Contarte cómo empecé con el restaurante. Salir al cine. Refunfuñar yo también. Escuchar cómo me cuentas tu vida. Quedarnos en casa. Ir a la ópera o a ver un musical. Reír contigo. Odiarte. Preguntarme cómo es posible que pueda haberte querido tanto. Oír música. Pedirte perdón. Viajar. Cuidarte cuando estés enfermo. Leer. Dejarme cuidar por ti cuando yo esté enfermo. Verte envejecer. Hacerme viejo. Decirte todas las cosas que llevo años pensando. Vivir. Quererte. Vente conmigo.

—No sigas. No puedo... Siempre me reprocharía haber abandonado a mi familia.

—¿Y no te reprochas abandonarme a mí?

—A ti no te abandono... Siempre estoy aquí cuando vienes, aunque tardes en volver.

Así era: siempre volvía, hasta que no volvió más. No es que se hubiera enfadado definitivamente, ni que hubiera conocido a otro hombre que le hubiese hecho olvidar a mi padre, es que murió. Ese recorte sí lo guardó. «Muere el aclamado restaurador Juan Antonio Rodríguez Roca en extrañas circunstancias». Las circunstancias extrañas no eran otras más que un par de envases de pastillas que se había tomado con una botella de *whisky* escocés. Del suicidio aquí no se supo más, por suerte para Juan Antonio, que se había quitado la vida para que su amante no supiese nunca que por más que su corazón le hubiese pertenecido desde el mismo día en que le conoció, su cuerpo tenía necesidades que mi padre no cubría y su alma custodiaba las heridas que le había causado. No le culpaba. Sólo necesitaba escapar de vez en cuando, abandonarse, huir de sí mismo, y para huir de sí mismo, de mi padre, de su recuerdo, de su impotencia, de su sufrimiento, utilizaba todo cuanto tenía a su alcance: drogas, alcohol, hombres, hombres, hombres. Sobre todo, hombres. Hombres que no le dijeran que no, que le acompañasen, que le devolviesen la sonrisa, que no supieran amargos. Hombres. A veces, varios al mismo tiempo. A menudo, apenas unos niños. Casi siempre pagaba por ellos, para no tener que verlos después. Un día le hicieron unas fotos sin que él se diese cuenta y le pidieron dinero a cambio de no divulgarlas. Pagó lo que le exigieron, pero al poco tiempo le reclamaron más. Pagó de nuevo. Le daba lo mismo que se supiera que era un homosexual depravado al que le gustaban las orgías y los chicos jóvenes de todas las razas y complexiones, mas por nada del mundo hubiera querido que José se enterase de cuántas personas podían haber en una misma persona. Estaba cansado. La tercera vez que le chantajearon fue al banco y al botiquín. Sacó el dinero y se tomó dos frascos de los tranquilizantes que usaba para dormir. Dormir era como morir. A él también se lo decía mi padre, así que cerró los ojos y descansó, al fin. Descansó.

La muerte de Juan Antonio fue la única traición que mi padre no había esperado por parte de su amante. Le odió. ¿Cómo puedes haberme hecho esto? Estaba tan enfadado con él y con su recuerdo que llegó a pensar que en realidad nunca le había

querido, que había vivido toda la vida confuso y desorientado, que se había dejado impresionar por la personalidad de Juan Antonio y que de quien en realidad estaba enamorado era de su mujer, pero por las noches la pena de saber que él no estaba vivo le despertaba y le mantenía en vela hasta que amanecía. Luego le daba miedo quedarse dormido por si pronunciaba su nombre en sueños, y se pasaba el día dando cabezadas en cualquier lugar. Al poco tiempo empezó a dolerle la garganta y cuando el médico no le encontró nada se dio cuenta de que lo que le pasaba era que en el pescuezo se le habían amontonado todas las palabras que no había sido capaz de decirle a Juan Antonio. Decidió dejar de hablar. No quería que saliesen todas en tropel y que nos enterásemos, así, de repente, de cuánto había amado a ese hombre que le hacía reír mientras le abrazaba, que le quiso con paciencia infinita, que le comprendió; de cuánto lamentaba haber sido tan cobarde no sólo por no haberse marchado con él, sino por no haberse atrevido a decirle que guardaba todas las cartas como si fueran su mayor tesoro porque a veces las sacaba y las acariciaba como nunca había sido capaz de acariciar la mano que las escribía porque el miedo le paralizaba, que le había puesto su nombre a uno de sus hijos para poder decirlo en voz alta sin sentir pánico, que los pocos momentos de felicidad que había tenido en su vida a él se los debía, como aquellos días que pasaron en Mallorca por los que nunca le había dado las gracias; que se arrepentía de no haberle dicho cuánto le admiraba, cuánto le recordaba, cuánto le quería, y que sobre todas las cosas, sentía en el alma no haberle pedido perdón por tanta tristeza. Entonces dejó de odiarle, y de odiarse. Luego se murió. Mientras dormía. Sin conocer al nieto que le heredó el nombre y sin contarle a nadie la pena que le atormentaba.

¿Qué sentido tiene, tanto silencio?

No creo que las cosas hubieran sido diferentes si Milagros lo hubiese sabido y, sin embargo, sé que tanto silencio no tiene sentido. Lo sé bien porque he pasado mucho tiempo callada. Sin parar de hablar, sin decir nada. Ahora mismo soy incapaz de contarle esto a nadie. Ni siquiera a Ana y Amparo, porque pienso que bastante tienen con mantener sus vidas a flote como para que yo las cargue con un problema más: yo soy Soledad, yo soy Cristina.

Yo soy Soledad, y mi marido me engaña con cualquiera que se le ponga a tiro para sentirse superior a mí. Superior al resto. Lo sé, y no me importa porque no me importa adonde vaya si al final vuelve conmigo. Eso es amor. Ese es el amor que yo siento, el que me vale. ¿Cuántos tipos de amor puede haber? ¿Quién dice cuál es el mejor? ¿Crees que fue preferible el tuyo, Amparo? ¿Crees que tú le amaste más, que tu amor fue más bueno porque te abandonaste, porque no vivías esperando un gesto para salir corriendo tras él? ¿Eso es lo que crees, que le querías más porque renunciabas a él para estar con él? Yo soy Soledad, Amparo, y aunque tú no lo creas también he sufrido por amor. También he llorado y también he maldecido mil veces el nombre de Vicente Palomar, el día en que le conocí, mi falta de valor para mandarle a la mierda. A ti no. Tú no eres nadie. No te desprecio. Sólo te digo la verdad. Si no fueses tú sería otra. Siendo tú, han sido otras. No me digas que tú fuiste la primera sorprendida por lo que sentías, que cuando te diste cuenta de lo que estaba pasando ya era tarde para que lo pararas. Esas cosas están bien para una canción, pero esto es la vida real. Y en la vida real se puede dar marcha atrás en el momento en el que te das cuenta de que eso es lo que tienes que hacer: dar marcha atrás. ¿No fue eso lo que hiciste, alejarte, el día en que comprendiste que Vicente no era el hombre que habías creído?

Yo soy Soledad. ¿Has pensado que lo que me está pasando a mí podría pasarte algún día a ti, o peor todavía, que podría pasarles a tus amigas? ¿Has pensado lo que les dirías? ¿Tú no tienes la culpa de nada? ¿Tú lo has hecho todo bien? ¿Son todas unas zorras? ¿Eres tú una zorra? ¿Lo fuiste, Amparo? No lo creo. No creo que te dedicaras a ir a la caza de cualquier hombre casado para destrozarse una familia. Hay otras mujeres que sí lo creen. No es mi caso. Lo que yo pienso es que te enamoraste como casi todas, es decir, del hombre equivocado, y supliste sus defectos con tu imaginación. Lo que yo creo es que cuando quisiste darte cuenta habían pasado los años, y ya habías aprendido a quererle. Lo que yo creo es que, en el fondo, piensas que no mereces algo mejor. No creo que seas una puta. No pienses tú que yo soy estúpida. No pienses que no me he dado cuenta de nada, que he dejado que mi matrimonio se enfriara hasta morir congelado, que mi mayor preocupación han sido las audiencias de mi programa, la ropa de mi vestidor, el color de mi salón, la raza de mi perro. No pienses que no he sido su amante, su amiga, su madre, su mujer. No pienses que no lo he dado todo. No pienses que le he dejado a un lado, que no me he preocupado por él, que no le he seguido hasta el fin del mundo, que no he sabido quererle. No pienses que lo único que me importa es tener un marido al que lucir en

las fiestas, que me lleve o que me traiga, que me acompañe. No pienses que no he tenido miedo, rabia, rencor. No pienses que no tuve dudas, que no quise abandonarle. No pienses que soy una mujer fría, calculadora, egoísta o cómoda. Yo soy Soledad, Amparo. Y si me quedé al lado de mi marido fue porque le conozco. Porque le quiero. No pretendo darte lecciones. No me las des tú a mí.

Yo soy Cristina. Lo que queda de Cristina. Llevo semanas llorando. Meses. He dejado de comer. No es por propia voluntad, es que la comida no me entra, no me pasa de la boca, y cuando consigo tragarla la tengo que vomitar. He adelgazado siete kilos. No es que sea anoréxica. Es que soy profundamente infeliz. ¿Te sientes culpable, Ana? Haces bien. Es culpa tuya. Todo iba bien hasta que tú descubriste que lo que antes habías rechazado era justamente lo que querías. No te hacía feliz. Por eso le dejaste y le arruinaste la vida. ¿Te hace feliz ahora? Sé que no. Sé que las cosas no son como tú esperabas. Sé que Juan Carlos apenas puede sobrellevar su sentido de la culpa, que se siente responsable de haberme engañado, de haberme dejado, de haberme traicionado. No es que quiera volver conmigo. Siempre ha estado enamorado de ti y no ha hecho otra cosa más que imaginarse tu vuelta. Yo sólo fui una solución de urgencia. Se casó conmigo para no morir de pena por ti. ¿Crees que no lo he sabido siempre? Toda la vida lo supe. Pero podía soportarlo. Podía vencerte. Tú eras sólo un recuerdo, una fantasía que no se le iba de la cabeza. Todas las noches soñaba contigo. A veces, me contaba sus sueños como de pasada, quitándoles importancia, pero yo sabía que le atormentaba la idea de no ser capaz de afrontar la vida sin ti. Ahora que te tiene sé que no te hace feliz. Me lo ha dicho mi suegra. Mi exsuegra. Se lo ha dicho a todo el mundo. Quizá tú también lo hayas oído. Va contando por ahí que tú no soportas verle tan triste, que te hiere su apatía, que no sabes qué hacer para que vuelva a escribir, para que retome su vida de antes. Pero es que yo era su vida de antes. Yo fui la que le recogió con el corazón roto en mil pedazos, la que se los pegó hasta dejarlo lo más parecido al que era, la que le hizo sonreír primero y reír después, la que le convenció de que era ocurrente, ingenioso, inteligente, la que no tenía que fingir los orgasmos, la que le daba los suyos, la que le devolvió la confianza, la que le cogía de la mano y le decía adelante, la que le animó a salir de ese lugar profundo y sombrío en el que se había escondido. ¿Sabes a qué me refiero? Sí. Lo sabes. Ese en el que ahora ha vuelto a encerrarse, ese que le lleva a no dirigirte la palabra en todo el día, hablarte mal cuando por fin saca la voz de su cuerpo, a mirarte de mala manera, como si tú tuvieras la culpa de todo. Yo soy Cristina. Yo le saqué de allí. Y tú tienes la culpa de todo.

Tienes la culpa de que Juan Carlos no sepa adonde ir ahora que ya ha llegado donde siempre quiso estar. Tienes la culpa de no saber decirle las palabras adecuadas. Tienes la culpa de no saber curarle. Tienes la culpa de haberme herido. Lo superaré. Estas cosas siempre terminan pasando, aunque ya nunca vuelva a ser la misma. La

misma Cristina. Yo soy Cristina. No lo olvides. Soy Cristina y saldré adelante. Yo también tengo amigas, amigas como las tuyas. Las tuyas te dicen que has hecho bien. Las mías me dicen que eres una puta. Juan Carlos se lleva la peor parte. Le llaman cabrón, miserable, rastrero, hijo de puta, cobarde. Dicen que lo vuestro no funcionará, y que volverá conmigo, suplicando mi perdón. Si eso pasa, no le perdonaré. Pero volveré con él. No puedo hacer otra cosa porque yo, a Juan Carlos, le he querido siempre. Siempre. No ha pasado un minuto sin que le quisiera, aun en los peores momentos. Le quería cuando él no me quería a mí, cuando me iba queriendo poco a poco, cuando me quiso, cuando dejó de quererme. Le quería cuando sabía que lo nuestro iba a empezar y cuando comprendía que estaba terminado. Le quería en los buenos ratos y en los enfados. Le quería. Le quiero. Por eso te odio. Porque le quiero. Porque no has jugado limpio. Porque has hecho que él jugase sucio. ¿Por qué no le exigiste que fuese valiente, que fuese honesto? ¿Por qué no le obligaste a que fuese feliz? ¿Por qué no has sabido quererle como le he querido yo? No voy a morir de esto. Voy a sobrevivir, a salir adelante, a conocer a otros hombres. Tendré hijos. Moriré de vieja. Y hasta el final de mis días te odiaré. Porque tendré otras vidas, pero tú me has quitado la única que hubiera querido vivir. Porque tú tienes la culpa. La culpa de todo.

Yo soy Silvana. Y esto es lo que pienso, aunque no tenga a quien odiar. Y nadie lo sepa.

Un día de agosto fui al restaurante chino. Eran las dos. Llegué la primera. De hecho, hubiera ido allí nada más levantarme porque no tenía otro sitio adonde ir. Había pasado la mañana de compras. Estuve mirando muebles de cocina, lavadoras y neveras. Me probé un par de vestidos y unos pantalones vaqueros, pero no había comprado nada. Llamé a Amparo. La invité a comer.

—Tengo cosas que contaros —le dije.

Ella se rio al otro lado.

—¡Qué bien! Yo también tengo novedades. Llamaré a Ana. ¿Nos vemos a las tres?

—¿No puede ser antes?

No podría ser antes, así que esperé. La peluquería estaba cerrada. José y Tomás estaban en el chalé de los padres de Ramón. Ramón estaba con Milagros. Seguramente. Hacía varios días que se había ido de casa. Cinco. Cinco días. Yo misma le hice la maleta y le pedí que se fuera. Antes, él me había propuesto que intentásemos retomar nuestra relación en el punto en el que lo habíamos dejado. Eso fue lo que dijo. Textualmente.

—¿En qué punto? ¿En el punto en el que éramos dos críos jugando a las casitas?

¿En el punto en el que te enamoraste de otra?

—No. En el punto en el que éramos felices.

—¿Sabes qué punto es ese, exactamente?

—Podríamos buscarlo juntos.

Llevábamos varias semanas sin hablar. Trece. Trece semanas. No es que no nos dirigiésemos la palabra. Hablábamos de las cosas cotidianas, del trabajo, de la peluquería, de las notas de los niños, de las vacaciones, del dolor de estómago o de cabeza, de lo que queríamos para cenar. A Milagros no volvimos a mencionarla. Primero fue por miedo, después por tristeza. Puede que los dos supiésemos lo que acabaría pasando y no quisiéramos ponerle palabras a nuestra despedida.

—¿Ya no estás enamorado de ella?

—¿Estás enfadada? Yo quiero que hablemos tranquilamente, y si estás enfadada...

—No. No estoy enfadada. Estoy triste. Estoy desconsolada.

—Pero esto se puede arreglar... Se va a arreglar...

—Todo tiene arreglo.

—No... Te lo digo en serio... Con Milagros no ha pasado nada...

—Somos adultos, Ramón... Tú dices que no ha pasado nada y yo te creo. Creo que no me mientes y que es verdad que no te has acostado con ella, pero... ¿cómo puedes decir que no ha pasado nada? Te has enamorado... ¿Te parece poco?

—Puede que haya estado confundido...

—Puede... Pero también puede que de verdad te hayas enamorado... Yo he visto tantas cosas, Ramón... He visto tantas cosas...

—No me culpes por lo que les haya pasado a tus amigas... Yo no soy como Juan Carlos ni como Vicente...

—No me refiero a eso...

—¿Entonces, a qué?

—He visto a mucha gente infeliz... Me da igual que tú seas o no como Vicente o Juan Carlos. ¿Sabes? Podría perdonarte que lo fueras, podría perdonarte que te equivocaras. —No quería llorar. Bebí agua—. Lo que yo no quiero es ser como mis padres.

—Pero yo te quiero...

—¿Y a ella?

Vaciló antes de contestar.

—También. Creo que la quiero también.

—Entonces tienes que elegir.

—Es que me siento incapaz... Me siento incapaz de dar un paso —reconoció—. A cada momento quiero hacer una cosa distinta, a veces quiero quedarme, otras veces quiero irme... Pero siento que ninguna decisión me hará feliz del todo. Si me voy, no podré perdonarme, pero si me quedo... Me siento muy triste, Silvana, y tengo miedo de que esta tristeza me acompañe para siempre, haga lo que haga. Estoy paralizado.

Su sinceridad era brutal, pero la agradecí.

—Tienes que elegir —repetí—. Y elegir es renunciar.

—Yo no quiero separarme de ti, ni de los niños.

—¿Ya no te acuerdas de lo que me dijiste? Dijiste que tú y yo éramos personas, que no sólo éramos un matrimonio o unos padres... Somos personas que merecen ser felices, y tú no lo eres. Y si tú no lo eres, yo tampoco lo soy.

—Pues entonces... volvamos a intentarlo —me suplicó—. Intentémoslo los dos.

—¿Y esa será tu última palabra?

—...

—¿Y Milagros?

—¿Qué?

—¿Te la sacarás de la cabeza? ¿Te harás una lobotomía para olvidarte de ella, para no preguntarte nunca qué hubiera pasado si hubieras tenido el valor de intentarlo con ella? —Guardó silencio—. ¿Dejarás de tener dudas? No. No podrás... Y así no podremos ser felices ninguno de los dos.

—...

—¿Entonces?

—¿Qué me estás pidiendo que haga? ¿Que deje el trabajo? ¿Que monte el taller? Estoy dispuesto, de verdad... Te juro que no voy a cambiar de opinión. Venderé la licencia y el taxi, tú también tenías razón cuando me dijiste eso.

—No. —Le acaricié la mano. Su mano. Logré no llorar—. Te estoy pidiendo que te vayas.

—¿Quieres que nos separemos? —Él sí se puso a llorar.

—¿Por qué lloras? —le pregunté—. No deberías. Vas a empezar una vida nueva, y eso debería bastarte. Deberías estar contento.

—¿Cómo voy a estar contento? No puedes imaginar cómo me siento.

—Tú tampoco serías capaz de hacerte una idea de cómo estoy yo.

—Es que no entiendo qué es lo que quieres. —Ramón estaba desorientado.

—Quiero que intentemos estar separados ahora que no están José y Tomás.

—¿Y adónde voy a ir?

—Vete a un hotel, o a casa de ella...

—¿Y si me equivoco? ¿Por qué no es de ella de la que me alejo? Estoy dispuesto a hacerlo... Era lo que yo quería hacer desde un principio, lo que he estado pensando, lo que llevo días pensando... Yo no quiero separarme de ti... ¿Por qué no podemos intentarlo tú y yo?

Ramón lloraba como si el mundo se fuera a terminar. En parte, el mundo, tal como lo conocía, se estaba terminando.

—Porque yo sólo he conocido a dos hombres en mi vida, y a uno me lo inventé para no sentirme mal. Porque yo te quiero tanto que me duele, pero no quiero acabar odiándote. No quiero que tengamos una conversación parecida a esta pero llena de gritos y de insultos, no quiero tener que pedirte que te vayas y luego suplicarte que te

quedes. No quiero romper vasos en el suelo, ni que nos emborrachemos y hagamos el amor aunque sepamos que vamos a terminar igualmente. No quiero que acabemos así, porque no puedo imaginar la vida sin ti, porque quiero hacerme vieja a tu lado y que cumplamos todas las promesas que nos hemos hecho, que compremos un piso, que nos vayamos de vacaciones, que seamos felices. Pero tú no puedes decirme que todo va a salir bien. ¿A que no?

Tardó unos minutos en contestar, y al fin dijo: —No.

Me tapé la cara con las manos.

—¿Y si me equivoco? —repitió.

—¿Estarás aquí, si me equivoco?

—Yo siempre estaré aquí. Soy la madre de tus hijos...

—¿Estará mi mujer, si me equivoco?

—He hecho tu maleta.

Así se fue Ramón. Sin saber que yo sí estaría ahí si se equivocaba. Sin saber que le dejaba ir esperando que se diera cuenta de que se equivocaba. Sin saber que, si se equivocaba, todo saldría bien.

Pasé varios días en el sofá. Cinco. Cinco días. Sin permitirme llorar. Sin dejar de sentirme una mierda. Sin dejar de decirme que era yo la que se había equivocado lanzándole en brazos de otra mujer. Por eso llamé a mis amigas, para que me dijeran que había hecho bien, que había acertado, que amar es arriesgar, que el amor verdadero es el que triunfa, que la vida es una carrera de fondo y de obstáculos y que el que más aguanta es el que llega a la meta, que los sueños están para soñarlos y no para hacerlos realidad y que en cuanto Ramón cumpliera los suyos se daría cuenta de que lo que realmente deseaba era lo que había dejado pasar. Pero también las llamé para que me recordaran que si Ramón no regresaba, lo que me esperaba era una vida nueva en la que, quizá, podría ser más feliz. Quería que me echasen en cara que mi vida tampoco me había satisfecho demasiado hasta ese momento, que me dijeran que el final no era más que el principio y que mi principio podía ser doloroso pero también esperanzados. Las llamé para que gastasen bromas sobre mi nueva situación, para que nos riésemos juntas. Tal vez para que llorásemos.

Ana fue la primera en llegar. Al poco apareció Amparo. Estaba radiante. Se sentó a la mesa y nos dio un beso a cada una.

—Tengo que contaros una cosa —anuncié con la carta en la mano.

—Yo también —dijo Amparo—. Estoy embarazada.

—¡Embarazada! —exclamó Ana—. ¿De cuánto? ¿De quién?

—De nada: esta mañana me hice el test de embarazo. Todavía no me lo creo. Sois las primeras en saberlo, después del padre, claro. Tú le conoces —le dijo a Ana—. Es Fernando Cano.

—¿El escritor? ¿El amigo de Juan Carlos? —Amparo asintió con la cabeza. Ana le dio un abrazo—. Qué fuerte... ¿estás bien?

—Estoy... No sé cómo decirlo... Estoy en las nubes.

Yo también la abracé.

—¿Estás enamorada?

Me dijo que sí.

—¿Eres feliz?

Me dijo que su relación con la felicidad había sido difícil por su culpa, porque siempre había pensado que si se le escapaba era porque no la merecía; me dijo que tal vez Carmina, su psicóloga, había tenido razón cuando le explicó que era infeliz porque no se permitía ser lo contrario, que ella era su peor enemiga, que estaba tan convencida de que no tenía nada que ofrecer que se escondía bajo mil capas, como si fuera una cebolla, para no ver la realidad.

—¿Y cuál es la realidad, Amparo?

Me dijo que era difícil saberlo, porque la realidad aislada pierde su significado. Me dijo que tratar de descubrir qué es la verdad es complicado cuando sólo eres capaz de ver una parte de las cosas que suceden, la tuya. Me dijo que era como si leyeras por partes el poema más hermoso del mundo. Ni lo más horrible ni lo más bonito, me dijo, tienen sentido sin el hilo que los une, que les da forma. Por eso, me dijo, hay tantas realidades, aunque casi ninguna era buena del todo salvo la que ella acababa de descubrir: todos, me dijo, todos merecemos un poco de felicidad. Y entonces, dejé de tener ganas de llorar.

*Como la luz de un sueño,
que no raya en el mundo pero existe,
así he vivido yo
iluminado
esa parte de ti que no conoces,
la vida que has llevado junto a mis pensamientos...*

*Y aunque tú no lo sepas, yo te he visto
cruzar la puerta sin decir que no,
pedirme un cenicero, curiosear los libros,
responder al deseo de mis labios
con tus labios de whisky,
seguir mis pasos hasta el dormitorio.*

*También hemos hablado
en la cama, sin prisa, muchas tardes
esta cama de amor que no conoces,
la misma que se queda
fría cuanto te marchas.*

*Aunque tú no lo sepas te inventaba conmigo,
hicimos mil proyectos, paseamos
por todas las ciudades que te gustan,
recordamos canciones, elegimos renunciadas,
aprendiendo los dos a convivir
entre la realidad y el pensamiento.*

*Espiada a la sombra de tu horario
o en la noche de un bar por mi sorpresa.
Así he vivido yo,
como la luz del sueño
que no recuerdas cuando te despiertas.*

Aunque tú no lo sepas.
LUIS GARCÍA MONTERO

Fin



CARMEN AMORAGA nació en Picanya, Valencia, en 1969. Es licenciada en ciencias de la información por la Universidad CEU Cardenal Herrera y ha trabajado como columnista en el diario *Levante-El Mercantil Valenciano*. También ha participado en tertulias en *Canal 9*, *Radio 9* y *Punto Radio*. Trabaja como asesora de relaciones con los medios de comunicación en la Universidad de Valencia y también publica en la Cartelera Turia.

Su primera novela *Para que nada se pierda* fue galardonada con el II Premio de Novela Ateneo Joven de Sevilla. Tras esta obra, publicó *La larga noche* premio de la Crítica Valenciana y también *Todas las caricias*. Con su obra *Algo tan parecido al amor* fue finalista del Premio Nadal de 2007 y con *El tiempo mientras tanto* fue finalista del Premio Planeta en 2010. En 2012 publicó *El rayo dormido*. En 2014 ganó el Premio Nadal por su novela *La vida era eso*.